SERAPHINA WILDEROSE



MI PREDESTINADO PROTECTOR ALFA

HOMBRES LOBO A LA LUZ DE LA LUNA 1

MI
PREDESTINADO
PROTECTOR ALFA

Almas Gemelas Predestinadas
Protector Alfa
Romance Paranormal

Hombres lobo a la luz de la luna 1

Seraphina Wilderose

Derechos de autor © 2025 por Seraphina Wilderose.
Todos los derechos reservados. Esta copia está destinada únicamente al comprador original del libro. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, escaneada o distribuida en forma impresa o electrónica, incluida la grabación, sin el permiso previo por escrito del editor, a excepción de las citas breves en una reseña del libro.

Contenido

CAPÍTULO UNO - Isabella
CAPÍTULO DOS - Dominic
CAPÍTULO TRES - Isabella
CAPÍTULO CUATRO - Dominic
CAPÍTULO CINCO - Isabella
CAPÍTULO SEIS - Dominic
CAPÍTULO SIETE - Isabella
CAPÍTULO OCHO - Dominic
CAPÍTULO NUEVE - Isabella
CAPÍTULO DIEZ - Dominic
CAPÍTULO ONCE - Isabella
CAPÍTULO DOCE - Dominic
CAPÍTULO TRECE - Isabella
CAPÍTULO CATORCE - Dominic
CAPÍTULO QUINCE - Isabella
CAPÍTULO DIECISÉIS - Dominic
CAPÍTULO DIECISIETE - Isabella
CAPÍTULO DIECIOCHO - Dominic
CAPÍTULO DIECINUEVE: Isabella
CAPÍTULO VEINTE - Dominic

CAPÍTULO UNO - Isabella

Hola, mi nombre es Isabella Stones, y déjame decirte que mi vida acaba de dar un giro hacia lo absolutamente extraño.

Todo comenzó en una noche de martes aparentemente normal, con la luna como una fina media luna en el cielo, proyectando suaves sombras sobre el tranquilo pueblo al que llamo hogar. Acababa de terminar otra clase nocturna sobre civilizaciones antiguas con mis estudiantes a través de una llamada de Bloom y estaba lista para calificar un montón de ensayos que, sinceramente, eran tan emocionantes como ver secar la pintura.

Pero lo que no sabía era que la historia que enseñaba en mi aula estaba a punto de convertirse en mi realidad. Mientras me acomodaba para la noche, con el tenue resplandor de la pantalla de mi portátil iluminando mi sala de estar, escuché un leve y perturbador susurro afuera de mi ventana. Mi corazón aceleró su ritmo mientras miraba hacia la oscura negrura más allá del cristal. Una sombra pasó velozmente frente a mi ventana, y un escalofrío recorrió mi espalda.

Antes de que pudiera reaccionar, la ventana estalló en pedazos y una figura alta saltó dentro de mi sala. Mi grito resonó en la habitación mientras retrocedía tambaleándome, mis ojos se abrieron de par en par por el terror. El intruso estaba envuelto en sombras, su rostro oculto bajo una capucha. Se movía con una gracia inquietante, sus movimientos eran casi feroces. Mis manos temblorosas buscaron a tientas mi teléfono en la mesa de centro, pero él ya estaba sobre mí antes de que pudiera marcar el 911.

Unas manos fuertes y ásperas se cerraron sobre mi boca, ahogando mis gritos de auxilio. El pánico se apoderó de mí mientras luchaba contra el férreo agarre del extraño. Podía oler en él la tierra del bosque y algo más, algo animalístico que me hizo estremecer. Mis ojos se encontraron con los suyos, y eran del tono más profundo y

fascinante de azul que jamás había visto, como el cielo de medianoche.

—Tranquila, Isabella —susurró con voz baja y amenazante—. No quieres hacer esto más difícil de lo que debe ser.

Mientras me sumergía en esos intensos ojos, mi miedo dio paso momentáneamente a la fascinación. ¿Quién era este hombre? ¿Qué quería de mí?

Con un movimiento brusco, el hombre me alzó sobre su hombro, y dejé escapar una protesta ahogada. Mi captor se movía con una velocidad y agilidad deslumbrantes, y atravesamos la ventana destrozada hasta salir a la noche iluminada por la luna. El aire frío de la noche mordía mi piel expuesta, y me sentía como un personaje en una de esas películas de terror cursis que mis estudiantes adoraban. Pero esto era real, demasiado real.

Mientras nos adentrábamos más en el bosque, me invadió de repente la extraña sensación de estar siendo observada. Los árboles parecían cerrarse a nuestro alrededor, y los sonidos nocturnos del bosque se tornaron inquietantemente silenciosos. Mi corazón latía con fuerza en mi pecho, y no podía deshacerme de la sensación de que algo fuera de lo común estaba ocurriendo.

Finalmente, mi captor se detuvo en un pequeño claro y, a la luz de la luna, pude verlo bien por primera vez. Era alto y delgado, con una rudeza atractiva que resultaba tanto cautivadora como inquietante. Su capucha había caído hacia atrás, revelando un cabello negro azabache despeinado y unos penetrantes ojos azules.

Pero lo que me heló la sangre fue el sutil gruñido que curvó sus labios, revelando una fila de colmillos afilados como navajas. Era una visión sacada directamente de una pesadilla, y ya no podía negar la verdad. El hombre que me había secuestrado no era humano. Era un hombre lobo.

Mi mente trabajaba a toda velocidad, tratando de procesar esto. ¿Hombres lobo? ¿Cambiasformas? Sonaba como algo sacado de una novela de fantasía. Había leído historias sobre esas criaturas e incluso había investigado extensamente sobre ellas, pero

nunca había conocido a una.

Y, sin embargo, ahí estaba yo, cara a cara con un hombre lobo real y furioso. El pánico volvió a apoderarse de mí, y luché contra su agarre, pero fue inútil. Era más fuerte y rápido de lo que cualquier humano podría ser.

—Tranquila, Isabella —gruñó, su voz tomando un tono tranquilizador, como si fuera tan tonta como para creerle—. No te haremos daño si cooperas.

¿Cooperar? ¿Con hombres lobo? No tenía idea de cómo había terminado en esta vívida pesadilla, y lo único que deseaba era despertar.

Cuando el agarre de mi captor se aflojó ligeramente, no pude resistir el impulso de hablar, de intentar entender todo aquello.

—¿Quién eres? —susurré, con la voz temblorosa—. ¿Por qué? ¿Por qué me trajiste aquí?

Él dudó por un momento, sus ojos azules buscando los míos.

—Llámame Lucas —respondió finalmente—. Y estás aquí porque él te quiere aquí.

¿Él? Mi mente se llenó de preguntas, pero antes de que pudiera hacer otra, un coro de aullidos rasgó la noche, resonando por el bosque. Dirigí la mirada hacia el origen de aquel escalofriante sonido y los vi... más de ellos, emergiendo de las sombras.

De repente, el claro se llenó de una manada de hombres lobo, sus ojos brillando bajo la luz de la luna.

Mientras observaba, una sensación de temor se asentó sobre mí. Los hombres lobo eran reales, y me habían secuestrado. Ni siquiera podía creerlo mientras lo pensaba y lo veía con mis propios ojos. Me envolví en mis propios brazos, tratando de protegerme, cuando una figura emergió de las sombras. Giré la cabeza y vi a un hombre acercándose a mí.

Se movía como un depredador, cada paso irradiando poder y autoridad. La luz de la luna iluminaba sus marcados rasgos, proyectando sombras que danzaban sobre su rostro. Sus ojos, aquellos intensos y gélidos ojos oscuros, se clavaron en los míos con

una fiereza que encendió un fuego en mi interior.

Los labios de aquel hombre se curvaron en una media sonrisa, medio desdén, mientras cruzaba el césped hacia mí, y de repente me sentí como una presa acorralada. Su presencia era abrumadora, sofocante, y yo me sentía pequeña e insignificante ante él... ante todos ellos. Era como si el mismo aire se hubiera vuelto más denso con la tensión, y me preparé para lo que fuera que tuviera que decirme.

—Soy Dominic White —se presentó con un tono bajo y gutural.

Dominic era increíblemente atractivo. Era como si los dioses lo hubieran esculpido en puro mármol.

Su cabello negro azabache caía en ondas desordenadas, enmarcando un rostro de rasgos cincelados que fácilmente podría haber aparecido en la portada de cualquier revista. Pero era la arrogancia que irradiaba lo que hacía que mi sangre hirviera.

Irónico que su apellido sea White, porque todo en él rezumaba oscuridad.

—Soy el líder de la manada Luz de La Luna, y tú, mujer, eres mi compañera destinada.

¿Qué? No podía creerlo. Mi vida había dado un giro inesperado hacia las profundidades de una pesadilla sobrenatural y, ahora, estaba cara a cara con un alfa que acababa de anunciar que yo era su esposa predestinada. Nunca en mi vida me había sentido tan repelida y furiosa.

No supe en qué momento ocurrió, pero dejé escapar un sonido entre una risa y un resoplido. Esto tenía que ser una broma. ¿Compañera destinada? ¿En serio? ¿Era algún tipo de chiste enfermo? Por supuesto, no lo dije en voz alta mientras miraba a mi alrededor, esperando que todos rompieran en aplausos y me dijeran que era una broma.

Pero la risa se desvaneció en un pánico creciente. Nadie sonreía. Dominic White incluso tenía lo que comenzaba a pensar que era una mueca permanente, algo que nunca desaparecía.

Los penetrantes ojos oscuros de Dominic se encontraron con los míos, y arqueó

una ceja perfectamente esculpida.

—¿Crees que esto me divierte, Isabella? —su voz era profunda, con un matiz de irritación.

—Sí, de hecho, lo creo —disparé, mi enojo superando cualquier temor—. Todo este asunto de la 'compañera destinada' es ridículo. No sé qué tipo de delirios tienen ustedes, pero yo no me los trago.

La sonrisa engreída de Dominic desapareció, y una vez más emanaba una oscuridad cruda. Dio un paso más cerca, y el aire a su alrededor vibró con un magnetismo innegable. Inhalé profundamente, captando el aroma primario de Dominic, una mezcla de almizcle de bosque y un toque de algo salvaje. Su irresistible fragancia estimuló mis sentidos, encendiendo una atracción sensual dentro de mí. Mientras mis ojos recorrían su pecho musculoso y sin pelo bajo su camisa azul clara, la atracción por su cuerpo parecía intensificarse, envolviéndome en una fuerza hipnótica. ¿Qué demonios me pasaba y de dónde venían estos pensamientos?

—Eres una fiera, ¿verdad? —murmuró, su voz enviando un escalofrío por mi espalda, por razones completamente equivocadas.

Debía de ser el frío. ¿Por qué otra razón mis pezones sentirían que estaban a punto de perforar mi camisa? Definitivamente era el frío. ¿Quién lleva a alguien al medio del bosque vistiendo solo su pijama?

Entrecerré los ojos hacia él.

—¿Fiera? Más bien cuerda. No sé en qué tipo de realidad alternativa vives, pero tengo una vida a la que debo volver.

No dijo una sola palabra, pero su mirada me hizo dar un paso atrás y tragar saliva con dificultad. Tal vez no debería haberlo dicho de esa manera, pero de verdad estaba empezando a sacarme de quicio más de lo que ya lo había hecho.

La arrogancia de Dominic parecía crecer con cada palabra.

—Oh, pronto descubrirás que tu antigua vida ya no es una opción, Isabella. Ahora

eres parte de esto. Ya he planeado nuestra boda.

Apreté los puños, sintiendo cómo mi paciencia se agotaba.

—Jamás seré parte de esto. Y puedes olvidarte de cualquier 'boda' que hayas planeado. No va a suceder.

Casi estaba gritando, pero podía escuchar el temblor en mi propia voz y sentir mi cuerpo sacudirse. Esto no podía estar pasándome. Debía ser una pesadilla. Y lo peor era que estaba demasiado furiosa como para poder ocultar mi miedo.

Pero Dominic no me respondió. En su lugar, llamó a Lucas, quien había estado parado a solo unos metros de distancia.

Me giré para verlo—el mismo que me había secuestrado—acercándose con una expresión de disculpa en sus ojos.

Dominic asintió, sin apartar su mirada de mí.

—Llévala a su habitación, Lucas. Asegúrate de que esté cómoda.

Cuando Lucas me alejó de Dominic, exhalé un suspiro de alivio. Al menos, por ahora, estaba lejos del insoportable alfa. Claro, seguía con mi secuestrador original, pero él no me hacía querer arrancarme el cabello y, por loco que pareciera, no sentía que estuviera en peligro con él.

Los árboles imponentes, con sus troncos gruesos y envejecidos, se alzaban hacia el cielo, formando un denso dosel que filtraba la luz de la luna, proyectando patrones cambiantes en el suelo del bosque.

El terreno era salvaje y escarpado, un paisaje de colinas ondulantes, arroyos serpenteantes y rocas cubiertas de musgo. El aire estaba impregnado con el embriagador aroma del pino y la tierra, y el silencio solo se rompía con el susurro de la brisa y el ocasional canto de un ave distante.

Este paraíso ofrecía a los lobos el aislamiento que necesitaban, su presencia oculta entre la espesa maleza y la profundidad sombría del bosque. Pero con las velas encendidas alineando los senderos hacia su morada y sus pequeñas cabañas

encaramadas sobre rocas, me pregunté cómo ningún humano los había descubierto aún.

Llegamos a un edificio de dos pisos construido de madera, el único que no era una cabaña, y entramos. Mientras caminábamos por la tenue iluminación del lugar, miré a Lucas, quien parecía considerablemente menos intimidante que su líder.

—Así que, Lucas —comencé, con un tono menos confrontacional que el que había usado con Dominic—. Pareces del tipo amigable. ¿Alguna posibilidad de que puedas aclararme por qué estoy aquí y qué demonios está pasando?

Lucas me dedicó una sonrisa cálida, la primera expresión genuina que veía desde que comenzó toda esta pesadilla.

—Ojalá tuviera todas las respuestas, Isabella, pero no las tengo. Lo único que sé es que la manada ha estado planeando tu llegada desde hace mucho tiempo.

No pude ocultar mi incredulidad.

—¿Planeando mi llegada? ¿Como si fuera algún tipo de invitada de honor?

Él asintió.

—En cierto modo, sí. Pero no sé mucho más.

Solté una carcajada incrédula.

—¿Qué pasa? ¿Necesitaban una profesora de historia que les enseñe sobre civilizaciones antiguas?

Lucas rió entre dientes.

—No lo creo. Sabemos bastante sobre nuestra historia.

No podía creer lo que estaba escuchando.

—¿Así que se supone que solo debo casarme con tu alfa arrogante sin tener ni voz ni voto?

Me tapé la boca con la mano al darme cuenta de que las palabras se me habían escapado y le dirigí una sonrisa avergonzada. No sería la primera vez que mi boca me metía en problemas, pero al menos estaba segura de que podría escapar… aunque no estaba tan convencida de que mis pies pudieran competir con seres que podían correr en

cuatro patas.

Lucas se encogió de hombros.

—Parece que sí, aunque no puedo decir que entienda por qué Dominic es tan terco con esto. Tampoco es que esté precisamente emocionado con la idea.

Solté una risa amarga.

—Vaya, ¿no es este el romance de cuento de hadas con el que siempre soñé?

Lucas me lanzó una mirada llena de pesar.

—Sé que es mucho para asimilar, Isabella, y no te culpo por estar molesta. Pero…

Lucas se detuvo.

—¿Pero qué? —pregunté, intentando obtener más información, algo que tuviera sentido… cualquier cosa.

Él permaneció en silencio, y sus palabras no dichas solo hicieron que mis nervios se crisparan aún más.

Cuando llegamos a una puerta al final del pasillo, se detuvo y se giró para mirarme.

—Esta será tu habitación por ahora. Te dejaré descansar. Si tienes más preguntas o necesitas algo, solo avísame.

—Oh, tengo muchas preguntas.

Lucas solo rió. Luego se dio la vuelta y me dejó sola en la habitación.

Me dejé caer sobre la cama, mirando el techo mientras mi mente se llenaba de pensamientos sobre la imposible situación en la que ahora me encontraba. Me habían lanzado a un mundo de hombres lobo y a un matrimonio del que no quería formar parte.

CAPÍTULO DOS - Dominic

¿Quién demonios se cree que es Isabella Stones?

No podía creer que estuviera a punto de obligar a una humana a casarse conmigo. Era descarada, terca y tenía una lengua más afilada que una espada. Esto no era en absoluto como imaginaba mi vida como alfa de la manada Luz de La Luna. Y sin embargo, ahí estaba, contemplando lo absurdo de todo aquello.

Nunca había sido alguien que se conformara con la tradición, y la idea de un matrimonio arreglado me resultaba simplemente repulsiva. Pero parecía que el destino, o más bien el consejo de la manada, tenía otros planes. Mientras me dirigía de mala gana a la sala del consejo, mis pensamientos hervían de irritación y resentimiento.

La sala del consejo era una gran cámara adornada con paneles de madera oscura y una enorme mesa de roble en el centro. Alrededor de la mesa había doce sillas ornamentadas de respaldo alto, cada una tallada con el emblema de un linaje noble diferente de la manada.

Entré en la habitación y los miembros del consejo dirigieron su atención hacia mí. Eran seis en total, cada uno representando un linaje distinto dentro de la manada Luz de La Luna. Sus ojos, agudos y perspicaces, se clavaron en mí mientras tomaba asiento en la cabecera de la mesa, en la silla tallada con el emblema de mi propio linaje, la manada Dominus.

El miembro más anciano del consejo, un alfa sabio y experimentado conocido como Elder Thorne, se inclinó hacia adelante, su voz cargada con el peso de siglos de tradición.

—Dominic, eres consciente de la regla que nos ata a todos —comenzó.

Apreté la mandíbula, luchando por contener la rabia que ardía en mi interior. ¿Por qué me obligaban a hacer algo que no quería?

—Sí, Elder Thorne, lo sé —respondí entre dientes. No es como si tuviera elección.

La manada Luz de La Luna tenía una tradición milenaria, una que había pasado de generación en generación. Cada alfa de nuestra manada estaba obligado a casarse con alguien de una línea de sangre humana en particular, familias conocidas por su conexión única con la luna y su capacidad de canalizar su poder. En mi caso, era la línea de sangre de los Stones. Se creía que esta unión garantizaba la estabilidad y la fuerza de la manada, pero yo lo veía como una carga antigua y sin sentido.

Elder Thorne continuó, su mirada penetrante sin apartarse de la mía.

—La conexión de los Stones con la luna es un don que debe ser protegido a toda costa. Tú, Dominic, debes cumplir con este deber.

Dejé escapar un suspiro frustrado, pasándome una mano por el cabello oscuro.

—Entiendo la importancia de la tradición, Elder Thorne, pero Isabella Stones es... difícil.

Sí, era muy difícil. Su actitud desafiante era un reto, y para ser honesto, no me gustaba lidiar con ella. Sin embargo, no podía negar que, en el momento en que mis ojos se encontraron con los suyos, me quedé impactado por su belleza. Sus rasgos eran como un lienzo pintado con pura elegancia, su cuerpo tenía una forma tentadora y cautivadora. Su cabello fluía como una cascada de lava ardiente. Sus ojos, como pozos de misterio, me atrapaban.

Los miembros del consejo intercambiaron miradas de complicidad, y casi pude escuchar sus pensamientos silenciosos. Estaban bien al tanto del espíritu indomable de Isabella, y parecía que no tenían intención alguna de dejarme escapar de esto.

La expresión de Elder Thorne se suavizó ligeramente.

—Dominic, no es tu lugar cuestionar la voluntad del consejo. La línea de sangre de los Stones debe unirse a tu linaje, o te verás obligado a renunciar como alfa.

Por mucho que quisiera discutir, sabía que era una batalla que no podía ganar. La palabra del consejo era ley, y desafiarlos traería deshonra no solo sobre mí, sino también

sobre mi manada. A regañadientes, asentí en señal de acuerdo.

—Muy bien —concedí, mi voz cargada de frustración.

Mientras permanecía sentado en la sala del consejo, aún hirviendo de ira por el inminente matrimonio forzado con Isabella Stones, el ambiente se tornó sombrío. Los miembros del consejo intercambiaron susurros apagados, sus expresiones eran serias y preocupadas. Me pregunté qué podría ser tan grave como para eclipsar el tema de mi inminente unión con una humana.

Fue Brooke, con el rostro marcado por la tristeza, quien finalmente rompió el tenso silencio.

—Dominic, tenemos noticias graves que compartir —dijo.

Me incliné hacia adelante, olvidando por un momento mi irritación mientras esperaba sus palabras.

—¿De qué se trata, Brooke? —pregunté.

El miembro del consejo tomó una profunda respiración antes de continuar.

—La manada Creciente ha atacado el aquelarre de brujas en nuestro territorio. Han masacrado a todas las brujas.

Por un momento, no pude comprender la gravedad de lo que acababa de escuchar. ¿Las brujas, las guardianas de la magia de nuestra manada, habían sido masacradas?

—¿Qué? —repetí, mi mente luchando por procesarlo—. ¡Eso es imposible! ¿Cómo sabemos que fueron ellos?

La mirada de Brooke no vaciló mientras explicaba.

—Lo hicieron. Cuando encontramos a las brujas, apestaban a los lobos de Creciente. Tenía que ser ellos. —Hizo una pausa antes de añadir—. Dominic, ¿sabes lo que esto significa, verdad? Ahora somos vulnerables a cualquier ataque del enemigo.

Las brujas eran las encargadas de preservar la magia de nuestra especie. Sin ellas, nuestras habilidades se debilitarían, nuestra conexión con la luna se desvanecería y la fortaleza de nuestra manada se reduciría. El peso de aquella horrible noticia se asentó

sobre mí como un manto sofocante.

Los miembros del consejo intercambiaron miradas sombrías, y podía sentir la tensión en la sala. No era solo una cuestión de poder. Era una cuestión de supervivencia. La manada Creciente había asestado un golpe devastador a los nuestros, y las repercusiones se sentirían por generaciones.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunté, con la voz cargada de ira y pesar.

Fue Elder Thorne quien respondió.

—Dominic —dijo, su voz grave y ominosa—, tenemos que contraatacar a la manada Creciente por haber masacrado a nuestras brujas.

Me incliné hacia adelante, listo para actuar de inmediato.

—Ataquémoslos ahora. Mandemos un mensaje que no olviden.

Pero Elder Thorne no estaba de acuerdo.

—No, hijo, seguimos las reglas. Primero tienes que casarte con Isabella. Es tradición.

Me recosté en mi asiento. ¿Qué tenía que ver mi matrimonio con Isabella con la necesidad de darle una lección a la manada Creciente?

—¿Tradición? ¿Mientras la manada Creciente baila sobre nuestro territorio?

—Los ritos del matrimonio son sagrados, Dominic —insistió Thorne—. Te casas con Isabella, te fortaleces y luego llevamos a cabo nuestra venganza.

Fruncí el ceño, sintiendo el sabor amargo de la rebelión en mi lengua.

—¿Por qué esperar? Tenemos que demostrarles que no pueden meterse con nosotros.

Thorne me dirigió una mirada tan fría que podría haber derretido hielo.

—Los ritos deben ser respetados. Es nuestra forma de vida.

Gruñendo, cedí, sabiendo que discutir con Thorne era como aullar a la luna: completamente inútil.

—Haré lo que el consejo ordene.

—Debo decirte los ritos de tu matrimonio con Isabella —los ojos de Elder Thorne se clavaron en los míos mientras se preparaba para exponerme los extraños rituales de la unión—. Dominic, tú e Isabella deben pasar tres días juntos en una cabaña. En el tercer día, la unión se completará mediante el apareamiento.

Arqueé una ceja, el escepticismo reflejado en mi rostro.

—¿Y si no... ya sabes, nos apareamos?

Para ser honesto, dudaba mucho que alguna vez lograra que Isabella quisiera aparearse conmigo. Parecía perfectamente capaz de dispararme una bala de plata si tuviera la oportunidad. Y lo haría sin pestañear.

La mirada de Thorne no vaciló.

—No es necesario, pero sí recomendable. Pasar tres días juntos será suficiente para forjar el vínculo, pero el apareamiento asegura una conexión más fuerte.

Suspiré, frotándome las sienes.

—¿Por qué complicar las cosas? ¿No podemos simplemente saltarnos la parte del apareamiento?

Negó con la cabeza.

—El apareamiento solidifica el vínculo. Te vuelves más fuerte cuando tienes una compañera a tu lado y aún más fuerte cuando empiezas a tener cachorros. Es el ciclo de la vida, y debes respetarlo.

Lo miré con resignación, sabiendo que no podía luchar contra las reglas de nuestra tradición.

Salí de la sala del consejo con una tormenta en la cabeza, contemplando lo absurdo de todo. Un matrimonio forzado, un plan de venganza y ahora, tiempo a solas con Isabella. No me había inscrito en este drama romántico.

Hablando de Isabella, me pareció caballeroso ir a verla antes de regresar a mis aposentos. No es que me importara, pero ahora estaba bajo mi supervisión.

Cuando me acerqué a la habitación de Isabella, mi irritación alcanzó su punto

máximo al ver lo que estaba haciendo. Estaba tratando de desatornillar los pernos de la ventana de madera. Su puerta no estaba cerrada con llave, y no me oyó entrar.

Aclaré la garganta, lo que la hizo saltar de miedo.

—¿Planeando una gran fuga, eh?

Ella se sobresaltó y soltó un pequeño grito antes de lanzarme una mirada asesina.

—Me secuestraste, ¿sabes? Podría demandarte por esto.

Sonreí con suficiencia ante su amenaza.

—Buena suerte con eso. Mi manada mueve hilos en lugares que ni siquiera puedes imaginar.

—¡¿Qué les hice yo a ustedes, de todos modos?! —exclamó con frustración—. Solo… ¡solo déjenme ir o se meterán en un gran problema!

Me reí entre dientes.

—Tienes carácter, te lo concedo. Pero deberías sentirte honrada. No cualquier humana es elegida como compañera de un alfa.

Ella puso los ojos en blanco.

—¿Honrada? Tú… me secuestraste. No creo que así sea como se supone que funciona esto.

—No hagas un berrinche, Isabella.

—¡Usaré una bala de plata si es necesario! Tú… ¡más te vale dejarme ir!

El aire entre nosotros estaba cargado, como la calma antes de una tormenta. Y aunque quería ignorarla, no podía evitar el leve cosquilleo de emoción que me provocaba. Había algo fascinante en su ira, en el fuego de sus ojos, en sus labios apretados que escupían veneno. Por un momento, olvidé por completo por qué estábamos discutiendo.

Sacudiendo la repentina fascinación, fruncí el ceño.

—Deja de engañarte, Isabella. No vas a ninguna parte. Esos pernos no van a salir.

—No me importa lo que pienses. Me voy de este lugar mañana por la mañana.

Mi irritación se avivó, pero debajo de ella, persistía una emoción innegable.

—No apostaría por ello. Escapar es más fácil decirlo que hacerlo.

Una advertencia resonó en el fondo de mi mente, recordándome que no debía subestimarla. Una mujer con tanto fuego podría encontrar la forma de escabullirse por cualquier grieta.

Isabella me lanzó una sonrisa desafiante.

—Ya veremos quién se ríe al final, Dominic.

Cuando salí de la habitación, sus palabras quedaron resonando en mi cabeza. Para ser honesto, preferiría cualquier otra compañera que no fuera Isabella. Ese pensamiento me carcomía, pero con las antiguas tradiciones pesando sobre mí, las opciones no estaban exactamente sobre la mesa.

A pesar de la ira y la tormenta creciente entre nosotros, había un tirón innegable, un choque de voluntades que me dejaba tanto furioso como intrigado. Era un baile peligroso, y por mucho que intentara convencerme de que no debía estar fantaseando con una mujer que claramente me despreciaba, una parte rebelde de mí se sentía irremediablemente atraída por todo lo que la rodeaba.

Suspiré, preguntándome cómo demonios había terminado en este desastre. A veces, ser un alfa se sentía más como una mala comedia que como la posición de poder que siempre había imaginado.

A este punto, era inevitable. Los próximos días prometían ser un auténtico caos.

CAPÍTULO TRES - Isabella

La habitación era asfixiantemente oscura, un abismo turbio que devoraba la escasa luz. Apenas podía distinguir la silueta familiar de mi dormitorio de la infancia, el déjà vu me abrumaba. Sonidos apagados susurraban desde la habitación de mis padres: un sollozo suave, el roce de la tela, una voz ahogada.

Me incorporé de la cama, el suelo frío enviando un escalofrío a través de mis pies descalzos. El aire se sentía denso, como siempre lo hacía cada vez que me encontraba atrapada en este recuerdo. A medida que me acercaba a la fuente de aquellos sonidos inquietantes, un escalofrío de mal presentimiento recorrió mi columna.

La puerta se abrió con un chirrido quejumbroso. Más allá, la habitación estaba sumida en sombras, pero la silueta de un hombre corpulento apareció ante mis ojos. Su espalda me daba la cara, una figura imponente bloqueando la ventana iluminada por la luna.

Forcé mis oídos para captar la conversación entre el intruso y mi madre. Hablaban en un idioma que definitivamente no era inglés, una mezcla de tonos guturales y consonantes ásperas. Las respuestas de mi madre, aunque igualmente extranjeras, tenían una melodía impregnada de desesperación y miedo. ¡Lo veía en sus ojos!

El pánico creció dentro de mí mientras la gravedad de la situación se hacía más clara. Aquel intruso no era un ladrón cualquiera. Era un mensajero del caos. Mi padre yacía inmóvil en el suelo, su cuerpo bañado en un charco de su propia sangre. Mi madre, una figura frágil, sostenía en sus temblorosos brazos a mi hermano pequeño, Greg. Él dormía profundamente, ajeno a la pesadilla que se desarrollaba a su alrededor.

Entonces ocurrió algo extraño. Contuve la respiración mientras me esforzaba por escuchar lo que decían y, para mi sorpresa, entendí cada palabra. ¡Era absurdo!

—¿Dónde está? —La voz del hombre corpulento resonó con una intensidad siniestra.

La respuesta de mi madre temblaba de miedo.

—No sé de qué estás hablando. No tenemos nada.

—El artefacto. El que tu esposo robó de mi manada. Sabemos que lo trajo aquí.

La desesperación impregnó la voz de mi madre.

—Solo somos una familia que lucha por sobrevivir. No tenemos ningún artefacto.

La impaciencia del hombre corpulento se manifestó en un gruñido amenazador.

—Tu esposo nos traicionó. Lo rastreamos hasta aquí. Si no nos entregas lo que buscamos, habrá consecuencias. Y no solo para él.

El miedo se deslizó en la voz de mi madre.

—Te juro que no lo tenemos. Por favor, solo déjanos en paz.

El intruso comenzó a pasearse por la habitación, como un depredador acechando a su presa.

—¿Crees que no lo encontraremos? La reliquia es poderosa. No puede permanecer oculta.

Mi madre apretó con más fuerza a mi hermano pequeño, un intento inútil de protegerlo de la amenaza inminente.

—Incluso si lo tuviéramos, no te lo diría. No dejaré que lastimes a mi familia.

La risa del hombre corpulento resonó en la habitación, una melodía malvada que envió escalofríos por mi espalda.

—Tu lealtad hacia un ladrón te costará caro. El clan exige retribución, y no nos iremos hasta tener lo que nos pertenece.

—¡Tu esposo está muerto!

—Ahí es donde te equivocas. Puede que esté muerto, pero siempre será mi esposo.

El hombre corpulento soltó una carcajada burlona.

—Míralo, mujer. Muerto. Inútil. Ya no puede protegerte. Estás sola.

—¡Porque lo mataste, demonio!

Con un movimiento brutal y veloz, la abofeteó. Mi corazón se encogió de angustia.

—¿Crees que actuar como la esposa devota te salvará? Puedo lastimarte tanto

como quiera.

La sangre goteaba de la comisura de la boca de mi madre, sus mejillas hinchadas por la agresión. No podía soportarlo más. Mis pequeñas manos se cerraron en puños mientras daba un paso adelante. La angustia arañaba mi pecho, un tormento que ahogaba la razón. No dejaría que este monstruo destruyera a mi familia.

La ancha espalda del intruso permanecía ajena a mi acercamiento. Su cabello oscuro caía en ondas enmarañadas, un claro contraste con la palidez de su piel. Un aroma flotaba en el aire: metálico y amargo, el hedor de la fatalidad inminente.

Fue entonces cuando irrumpí en la habitación, mi voz un grito desesperado.

—¡Detente!

Él se giró, su rostro aún velado por las sombras. Al principio, pareció sorprendido de verme, como si no esperara encontrar a otra persona en la casa.

Luego, su sorpresa se transformó en furia, una rabia feroz que brilló en sus ojos, un destello salvaje que congeló mis pasos. Antes de que pudiera reaccionar, su mano derecha se balanceó como un péndulo implacable. El impacto me lanzó por los aires, y mi cabeza chocó contra la pared con brutalidad.

Mientras mi visión se nublaba, el caos estalló a mi alrededor. Los gritos de mi madre desgarraron el aire, los llantos de mi hermano armonizaban con la sinfonía del horror. Luego, un gruñido gutural, un sonido primitivo.

Cuando la claridad regresó a mi vista, la habitación era el escenario de una pesadilla. El cuerpo sin vida de mi madre yacía junto al de mi padre, su existencia vibrante ahora marcada por profundas y crueles garras. El intruso se había ido, dejando tras de sí un vacío aterrador.

Y mi hermano pequeño… mi dulce, inocente hermano… no estaba en ninguna parte.

Tenía cinco años cuando las garras de la tragedia se enredaron en el tejido de mi vida, un recuerdo oscuro grabado en el tapiz de mi alma. Mi hogar familiar, que alguna

vez fue un santuario, se convirtió en un sepulcro de memorias que deseaba enterrar.

Me desperté de golpe, jadeando, los ecos de la pesadilla aún resonando en mi mente. El sudor frío se pegaba a mi piel, un recordatorio de los horrores que había presenciado. El sueño era un cruel destello del pasado, de la noche que destrozó mi mundo.

El pasado me perseguía como un fantasma implacable, y el hombre que lo destruyó todo seguía siendo una sombra, una bestia sin rostro. Lo había buscado incansablemente, persiguiendo ecos en la oscuridad, pero siempre se me escapaba. Era surrealista lo vívidamente que recordaba cada detalle de esa noche: la silueta del intruso, la sangre, la pérdida. Sin embargo, nunca había visto su rostro. Su identidad seguía siendo un enigma, una pieza faltante que no lograba encontrar.

La vida siguió, y me convertí en profesora de historia. Enseñar a estudiantes de secundaria sobre la historia de nuestro país era algo que disfrutaba hacer, pero, siendo sincera, lo que realmente me apasionaba eran mis sesiones secretas de investigación sobre hombres lobo.

La primera vez que escuché sobre los hombres lobo, estaba disfrutando el ambiente festivo en casa de Carol Wilson. Carol era una amiga de la escuela, también profesora, y me había invitado a pasar la Nochebuena en la casa de sus padres.

El Sr. y la Sra. Wilson eran personas muy amables y, al igual que su hija, les encantaba ver documentales. La abuela de Carol también estaba allí, pero se limitaba a sentarse en su cómodo sillón reclinable, tejiendo suéteres para Navidad.

Carol y sus padres me hicieron ver un documental titulado *"Gente Extraña y Eventos Extraños en el Día de Santa"*, y vaya que se puso extraño.

El documental contaba una historia inquietante sobre una mujer que grabó sonidos extraños fuera de su puerta en Nochebuena. Ruidos de rasguños y un idioma extranjero, que todos consideraban incomprensible, pero que a mí me golpeó como un rayo. Era exactamente el mismo idioma en el que el hombre corpulento y mi madre

habían hablado la noche en que mi familia fue destruida.

Mientras los Wilson debatían sobre el misterioso idioma, Carol comentó casualmente:

—Ojalá supiéramos lo que estaba diciendo ese tipo.

No pude evitar soltarlo.

—Le está pidiendo que abra la puerta. Quiere comerse su corazón.

Un incómodo silencio cayó sobre la sala, roto solo por el crepitar de la chimenea.

Como mis padres... Me pregunté cuál habría sido la ofensa de aquella mujer. ¿Había sido el mismo hombre corpulento sin rostro que mató a mis padres el que estaba afuera de su puerta? ¿Le había pedido algún artefacto y ella se negó a dárselo, igual que mi madre?

—Isabella, este idioma... ¿tienes idea de su origen? —preguntó Carol.

Su pregunta me tomó por sorpresa, pero rápidamente inventé una mentira. Era profesora de historia, así que estaba en mi lugar saber cosas como esta, cosas como idiomas desconocidos.

Pero la verdad era que no había ningún registro de ese idioma en la historia.

—Bueno, verás, es una lengua olvidada, un clásico caso de historia antigua —respondí.

—¿Lengua olvidada? ¿Podrías contarnos más? —insistió el padre de Carol.

—Es el idioma de los Dabianos. Un imperio perdido. No tiene sentido buscarlo.

—¿Dabianos? Pero ¿por qué un hombre que hablaba ese idioma Dabiano aparecería en la casa de esa mujer y amenazaría con comerse su corazón? —preguntó la madre de Carol.

Me encogí de hombros.

—Tal vez fue una coincidencia. Quizá alguien le estaba haciendo una broma navideña, y luego fue atacada por un animal salvaje.

No sabía si los Wilson me creyeron ese día, pero fui salvada por el siguiente

episodio del documental, que pronto distrajo a la familia.

Mientras tanto, la abuela de Carol continuó tejiendo en silencio en la esquina de la habitación. Después de la cena, me hizo una señal para que saliéramos a caminar afuera.

El aire de la Nochebuena era fresco, llevando consigo las notas festivas de villancicos lejanos y el suave resplandor de las luces navideñas que danzaban a lo largo de la calle. Mientras paseaba con la abuela de Carol bajo el cielo iluminado por la luna, el mundo parecía envuelto en la magia de la temporada.

—Isabella, querida, puedo sentir que comprendes el "Lenguaje de los Cambiaformas".

Me detuve en seco y parpadeé sorprendida.

—¿Así es como se llama?

—Sí. Es el idioma de los hombres lobo, los monstruos de la noche.

—¿Hombres lobo? —Quería no creerle, pero había visto con mis propios ojos cómo una bestia había desgarrado a mis padres. Tal vez este no era el momento adecuado para ser escéptica—. ¿Cómo supiste de ellos?

—Por amor —interrumpió con una cálida sonrisa—. El amor me llevó a un hombre lobo después de perder a mi querido esposo.

—¿Qué tiene que ver el amor con eso? ¿Y en qué universo los hombres lobo y encontrar el amor pueden estar en la misma frase?

No tenía sentido lo que decía, pero tal vez el frío comenzaba a afectarla.

Otra gentil sonrisa apareció en el rostro de la mujer.

—Aunque son criaturas de la luna, poseen corazones de oro. Son buenas personas, querida.

—Ellos mataron a mis padres —repetí, con una sutil rabia aún presente en mi tono.

Se detuvo en su andar y me miró parpadeando. Algo parecido a la tristeza cruzó su rostro, pero no estaba segura de si era por mí o por mi odio hacia esas bestias. En su lugar, se encogió de hombros y dijo:

—Empieza a investigarlos —sugirió, sus ojos brillando con un destello de conocimiento—. Tal vez, solo tal vez, algún día lo entenderás.

Y fue entonces cuando comencé activamente a investigar sobre ellos. Ahora sabía que el hombre corpulento que invadió nuestra casa era un hombre lobo. La revelación me impulsó a seguir buscando respuestas.

Lo que no dejé pasar fue su falta de sorpresa cuando le dije que mi familia había sido asesinada por hombres lobo.

Ahora, rodeada de lobos, sentí que tenía la oportunidad de desenterrar los secretos ocultos bajo el pelaje y los colmillos. Ellos tenían la clave de lo que sucedió aquella noche, y decidí jugar su juego, infiltrarme en su mundo y descubrir quién mató a mis padres.

*** *** ***

La luz de la mañana se filtraba por la ventana, proyectando un resplandor suave sobre mi entorno. Las palabras de Dominic resultaron ser ciertas: no pude mover los pernos. Estaba realmente atrapada aquí. Tal vez era una señal clara de que tenía que encontrar a aquel lobo de hace veintisiete años.

Una mujer entró en mi habitación. Tenía un cabello castaño que caía en suaves ondas sobre sus hombros. Sus ojos verde mar brillaban, como si en su profundidad guardaran los secretos del universo. ¿Y su figura? Bueno, digamos que tenía curvas en los lugares adecuados. Se movía con una gracia que hacía preguntarse si alguna vez había conocido el significado de la torpeza.

En serio, si Dominic hubiera elegido a alguien como ella como su compañera, ni siquiera me sorprendería. Un leve pinchazo de celos recorrió mi pecho mientras imaginaba a Dominic anunciando a esta mujer como su pareja mientras yo...

—Es hora de tu baño, Isabella —su voz interrumpió mis pensamientos.

La mujer, que más tarde se presentó como Tamar, me llevó a una habitación donde una bañera ya estaba llena de agua burbujeante. Otras dos mujeres lobo, todas

deslumbrantes en su forma humana, estaban en la habitación con nosotras. Las tres procedieron a bañarme.

Mientras el agua se deslizaba sobre mí, comenzaron a hablar sobre mi matrimonio, un tema que quería evitar a toda costa.

Una de las mujeres intervino:

—Sabes, durante los rituales de boda, estarás encerrada en una habitación con el alfa durante tres días. Es para alinear sus espíritus antes de la ceremonia. Y, por supuesto, está la parte del apareamiento.

Bufé, la ridiculez de todo aquello resonando en mi mente.

—¿Apareamiento? ¿En serio? No lo soporto.

Las tres mujeres rieron y dijeron al unísono:

—Oh, todas lo sabemos.

Después del baño caliente, mientras me vestía, vi a Dominic a través de la ventana.

Estaba afuera, sin camisa, con los otros lobos machos, partiendo madera con la destreza de alguien que probablemente es acompañado por pajaritos azules mientras lo hace. Y lo más increíble: ni una gota de sudor. Yo sudo con solo pensar en ir al gimnasio.

Mientras seguía espiándolo sin vergüenza desde la ventana, noté los detalles, recorriendo con la mirada su rostro, su pecho desnudo, su torso... parecía la anatomía de una escultura griega. El hombre prácticamente resplandecía bajo el sol de la mañana, y me pregunté si los hombres lobo tendrían en secreto su propia rutina de cuidado de la piel.

Sabía que debería estar enfocada en su destreza con el hacha, pero mi mente tenía otros planes. Empecé a imaginar qué tan bueno sería en la cama, cómo me sostendría con la misma firmeza con la que agarraba el hacha, sus venas marcadas en los brazos...

Y entonces, como si hubiera sentido mi mirada demasiado apreciativa, levantó la vista. Nuestros ojos se encontraron, y fue como un momento de cámara lenta en una comedia romántica. No podía identificar exactamente qué vi en su mirada, pero era el

tipo de expresión que hizo que me sonrojara tanto que sentí que mis mejillas iban a incendiarse.

Lo siguiente que supe fue que salí corriendo de la ventana como si me hubieran atrapado robando galletas a medianoche.

CAPÍTULO CUATRO - Dominic

Sorprendí a Isabella espiándome a través de la ventana.

Como lobo, podía prácticamente oler el deleite chisporroteante que irradiaba Isabella mientras me observaba, un aroma tan familiar que podría haber escrito un manual sobre ello.

Había encontrado antes a un desfile de mujeres embelesadas. Era casi como si fuera un imán andante para la fascinación humana, y digamos que mi olfato se había vuelto un experto en descifrar el aroma de los humanos embriagados por el deseo.

Lucas me dio un codazo y sonrió.

—No puede ocultar que le gustas —se rió.

—Isabella sigue siendo una humana grosera y molesta —gruñí.

Cargamos los camiones con la leña cortada y nos dirigimos a la parte más profunda del bosque, donde construiríamos una cabaña para Isabella y para mí. No iba a ser un trabajo agotador.

Yo iba en uno de los cinco camiones. Lucas estaba conmigo e intentó arrastrarme a una conversación sobre Isabella. Como si necesitara que me recordaran a esa humana insolente. Me desentendí, diciendo que no tenía el más mínimo interés en hablar de ella. No es como si fuera un enigma intrigante que no podía descifrar o algo así. No, para nada.

—Vas a decírselo, ¿verdad? Sobre sus padres y la promesa que le hiciste a su madre.

Permanecí en silencio, reflexionando sobre el peso de esa promesa. Era una promesa que había mantenido con vida a Isabella durante los últimos veintisiete años.

La noche de hace veintisiete años pasó fugazmente por mi mente. El yo pre-alfa estaba en una caza desenfrenada del Rogue, un lobo embaucador con la habilidad de

asumir cualquier identidad e infiltrarse en manadas. El rastro nos llevó a una zona de la ciudad habitada por familias de clase media, donde una niña que más tarde conocería como Isabella salió corriendo de una casa, sollozando y dirigiéndose hacia otra casa al otro lado de la calle.

¿Dentro? Encontré a los padres de la niña ya muertos, o al menos eso creí, hasta que me di cuenta de que la mujer seguía respirando. Tenía heridas de garras en el cuello y el rostro, evidencia de que el Rogue había dejado otra vez la muerte a su paso.

En sus últimos jadeos, la madre de Isabella agarró mi mano y habló en el Lenguaje de los Cambiaformas.

—¿Cuál es tu nombre?

—Dominic. ¿Cómo hablas mi idioma? Eres humana.

La madre de Isabella tosió, esparciendo más sangre sobre su camisa.

—Mi hija…

—Solo quédate conmigo. Voy a conseguirte ayuda.

Por supuesto, sabía que eso no era posible. Las heridas eran demasiado profundas. Pero no iba a decirle eso a una mujer moribunda. Ella lo sabía.

—No me queda mucho tiempo. Por favor, Dominic, protégela.

Me agarró de la muñeca.

—Prométemelo.

—Lo prometo.

—Haz una promesa de vida.

Una promesa de vida era un vínculo poderoso que un lobo podía hacer con un humano. Protegía la vida del humano mientras el lobo siguiera con vida.

—Hago una promesa de vida de que protegeré a tu hija con mi vida.

Fácil. Pero esas palabras sellaron un vínculo que me acompañaría hasta el día de mi muerte.

Una triste y hermosa sonrisa cruzó el rostro de la mujer. Levantó sus dedos para

tocar mi mejilla y exhaló su último aliento, la sonrisa congelada en su rostro.

Fue entonces cuando el consejo apareció. Elder Thorne fue quien dijo:

—Vete, Dominic. Nosotros nos encargamos de aquí.

No supe qué hicieron los miembros del consejo con los cuerpos de los humanos muertos, pero no me quedé para averiguarlo. Nadie sabía sobre la promesa de vida, ni siquiera los miembros del consejo. Hace dos meses, cuando el consejo anunció que me casaría con Isabella, decidí confiarle el secreto a Lucas.

Fue el destino lo que trajo a Isabella de nuevo a mí.

Elder Thorne hablaba sobre aparearme con Isabella para formar un vínculo con ella. No tenía idea de que ya estaba vinculado a ella.

Llegamos al sitio de construcción, y era hora de construir la cabaña. La madera volaba, la cabaña se alzaba y, mientras tanto, Lucas seguía insistiendo con el tema de Isabella.

—No puedes evitarlo para siempre, Dom. Ella merece saber la verdad.

¿Merece saberlo? Claro, pero ¿cómo le dices a alguien que su vida ha estado entrelazada con la de un hombre lobo desde que tenía cinco años? No es precisamente una conversación casual.

Anochecía, y la cabaña ya estaba terminada. Me tomé un momento para asimilarlo todo. Tres días con Isabella en esta cabaña: un boleto directo al infierno.

—¿Quién sabe? Tal vez termines disfrutando estar aquí con ella —dijo Lucas, tratando de sonar optimista.

Pero yo sabía la verdad.

—No, no lo haré.

Empacamos nuestras herramientas y regresamos al territorio de la manada.

Una vez de vuelta, me dirigí a mis aposentos. Quería pasar un tiempo a solas, reflexionando sobre mi futuro con Isabella. ¿Llegaría a amarla alguna vez, o esto sería un matrimonio arreglado que odiaría por el resto de mi vida? Bien, me sentía atraído

por ella, pero no lo llamaría amor. No era ciego a su belleza, pero eso no sería suficiente.

En mis aposentos, iluminados tenuemente por el suave resplandor del sol, justo como me gustaba, entré para encontrar a Isabella ocupando despreocupadamente mi sillón.

—Isabella, ¿qué demonios estás haciendo aquí? —pregunté.

—Se supone que soy tu "compañera". ¿Eso no me da automáticamente permiso para estar aquí?

Tenía una expresión inocente, pero sospechaba que había otra razón por la que había decidido entrar. Estaba dispuesto a apostar más de la mitad de mis bienes a que alguien tan terca como ella no aceptaría su destino tan fácilmente.

Pero estaba demasiado cansado para otra de nuestras discusiones. Ya podía ver que esto se convertiría en una constante en mi vida.

Suspiré, frotándome las sienes.

—Tengo cosas que atender. No quiero que me molesten.

Isabella puso los ojos en blanco.

—Como si yo quisiera ser molestada cuando tus hombres irrumpieron en mi casa y me secuestraron.

Touché.

Aclarando mi garganta, insistí:

—¿Qué quieres?

Con los brazos cruzados, fue directo al grano.

—Quiero saber todo sobre los hombres lobo. ¿Cuántas manadas hay? ¿Lideras otras manadas además de la Manada Luz da Lua?

Su pregunta me sorprendió y, al mismo tiempo, despertó mi sospecha.

—¿Por qué quieres saberlo?

Isabella se encogió de hombros.

—¿Por qué no? Si voy a estar atrapada aquí por el momento, al menos puedo

obtener algo de conocimiento como un extra.

No me pasó desapercibido que dijo "por el momento", pero mi agotamiento superaba cualquier otra cosa.

—Hay tres manadas, y están dirigidas por tres alfas diferentes: la Manada Luz de La Luna, la Manada Creciente, al otro lado del bosque, y la Manada de La Noche, cerca del mar.

—¿Solo tres manadas? ¿Cómo llegaron a existir? Dame los detalles.

Me senté.

—Bueno, es una historia tan antigua como la luna misma. Hace mucho tiempo, antes de que yo existiera, los lobos vagaban por estas tierras sin ningún tipo de orden. Era un caos, como una batalla campal de criaturas peludas.

—¿Y luego? —presionó Isabella.

—Entonces apareció esta vieja y sabia loba llamada Luna. No era un lobo común y corriente, claro está, sino una especie de bruja celestial, y decidió que necesitábamos un poco de estructura. Así que reunió a un grupo de lobos y nos enseñó a gobernarnos a nosotros mismos. Esos se convirtieron en los primeros alfas, los pioneros de la burocracia lobuna.

La Manada Luz de La Luna, mi manada, fue la creación de un alfa particularmente astuto llamado Max. Era un visionario, vio el potencial de una comunidad donde los lobos pudieran ser más que simples nómadas peludos. Así que reunió a los marginados, a los lobos solitarios que estaban cansados de aullar a la luna completamente solos. Nos establecimos justo aquí, donde el resplandor de la luna es perfecto, de ahí el nombre. Y así nació la Manada Luz de La Luna.

Ahora, la Manada Creciente, liderada por una alfa enérgica llamada Luna—sin relación con la guía celestial, solo una coincidencia, lo juro—surgió al otro lado del bosque. Luna quería que su manada estuviera más cerca del sol naciente. Lobos madrugadores, ya sabes. Son los que se levantan temprano, listos para conquistar el día.

Y así fue como la Manada Creciente obtuvo su nombre, en honor a esa hermosa franja de luz en el cielo de la mañana.

¿Y la Manada de La Noche cerca del mar? Bueno, esa es una historia tan salada como la brisa del océano. Alpha Kane, un lobo curtido con historias en la mirada, pensó que el aire marino le vendría bien a su manada. Además, el marisco siempre es un buen extra. Imagina esto: lobos aullando con la luna reflejándose en el agua. Eran prácticamente los protagonistas de una novela fantástica sobre Cambiaformas, instalándose junto al mar, y así nació la Manada de La Noche.

Por supuesto, llegar a este punto implicó más drama que una telenovela de mediodía. Disputas entre manadas, enfrentamientos entre alfas y, ocasionalmente, una competencia de aullidos a la luz de la luna. Lo hemos visto todo. Pero, de alguna manera, entre el pelaje y los colmillos, logramos establecer estos territorios y crear nuestro propio mundo.

A medida que las manadas crecieron, descubrimos que tener tres alfas mantenía las cosas interesantes. Nos reuníamos, compartíamos historias y discutíamos asuntos importantes, como de quién era el turno de organizar los concursos de aullidos. Se convirtió en una tradición, una especie de parlamento de Cambiaformas.

—Así que, Isabella, esa es la versión resumida de cómo la Manada Luz de La Luna, la Manada Creciente y la Manada de La Noche llegaron a existir.

—Historia muy interesante —los ojos de Isabella brillaban con pura curiosidad—. ¿Pero qué es exactamente un concurso de aullidos?

—Imagínate esto: una noche iluminada por la luna, todos los lobos de la manada reunidos en un claro. Cada uno toma turnos para soltar su aullido más magnífico y estremecedor. No se trata solo de volumen. Se trata de pasión, creatividad y un poco de espectáculo. Hay lobos que intentan alcanzar las notas más altas, otros que intentan hacer armonías y, de vez en cuando, hay uno que incluso agrega un poco de baile lunar para darle estilo. La manada juzga y el ganador se lleva el derecho a presumir durante

un mes. Es como un concurso de talentos peludos y, créeme, nos lo tomamos tan en serio como un perro con un hueso. Es nuestra forma de unirnos, celebrar y, bueno, demostrar nuestras habilidades vocales.

—Entonces... básicamente es una competencia amistosa.

—Sí, supongo que podrías llamarlo así, pero en realidad es—

—¿Cómo se alimentan?

Esto estaba empezando a sentirse como una entrevista.

—Nos alimentamos de animales, nunca de humanos. Las brujas nos ayudaron a modificar nuestros genes para que solo deseemos carne de animal.

—Eso es mentira. Ha habido casos de ataques de hombres lobo a humanos. Si no se alimentan de humanos, ¿por qué hay registros de personas asesinadas?

Reprimí la tentación de arquear una ceja sorprendido. ¿Estaba hablando de su familia? Era bastante joven cuando ocurrió, pero no era imposible. O tal vez solo se refería a sus investigaciones.

—Así como los humanos tienen manzanas podridas, nosotros tenemos lobos renegados. El peor de todos es el Moon Rogue, un lobo engañoso con poderes que superan a cualquier hombre lobo o bruja.

Cuando empezó a presionarme para obtener más información sobre el Moon Rogue, la detuve en seco.

—No voy a responder más preguntas sobre eso.

Me dirigí a la puerta y vi a uno de mis lobos pasar cerca. Aprovechando la oportunidad, ordené:

—Acompáñala a su habitación.

Isabella se levantó de su silla y me miró fijamente.

—¿Estás ocultándome algo?

La intensidad de su mirada me hizo sentir como si pudiera desentrañar los secretos que guardaba, exponiendo la verdad no dicha sobre el vínculo que

compartíamos.

Dudé por un momento.

—No, Isabella —respondí, con un tono firme pero teñido de una incomodidad latente—. No te estoy ocultando nada. Solo regresa a tu habitación, por favor.

Mientras se alejaba, sentí una punzada de culpa, sabiendo que tal vez nunca podría decirle la verdad. No era el momento adecuado para que supiera sobre la implicación del Moon Rogue en la trágica muerte de sus padres.

CAPÍTULO CINCO - Isabella

El sol de la mañana extendió sus dedos dorados, incitando al territorio de los lobos a despertar. Saludé el día, con mis pensamientos resonando con lo que había hecho la noche anterior. Me había convertido en detective dentro de la comunidad de lobos, buscando información sobre las otras manadas.

Hasta ahora, todo iba bien. El Moon Rogue cumplía con todos los requisitos: el lobo que podría tener las respuestas sobre la muerte de mis padres. Pero, ¿dónde estaba? ¿Por qué estaba en contra de las otras manadas? ¿Qué lo hizo volverse un Rogue?

Un educado golpe en la puerta interrumpió mis pensamientos, y una loba de apariencia formidable entró. No era Tamar.

"Arriba y en marcha, Isabella. Dominic está esperando por ti," anunció.

Al salir, el aire estaba cargado con una extraña mezcla de tensión y emoción. Toda la manada estaba afuera, esperándome. Lucas me entregó una bolsa de viaje con una sonrisa alentadora.

"Ahí tienes todo lo que necesitas para los próximos tres días," dijo.

Miré a mi alrededor, y mis ojos se posaron en Dominic y Tamar, profundamente conversando. Sus cabezas estaban cerca, susurrándose el uno al otro. Un involuntario pinchazo de celos me tomó por sorpresa. ¿De qué están hablando?

"No tienes que preocuparte por Tamar, ¿sabes?" Lucas habló de repente a mi lado.

Casi salté. "¿Qué?"

"Tamar," repitió. "No va a robarte a tu hombre. Todo el mundo sabe que el consejo te eligió específicamente para Dominic."

No me gustaba particularmente ser la elección de alguien sin poder elegir por mí misma. "¿Alguien sabe por qué?"

Lucas no me dio respuesta.

Dominic y Tamar ahora se estaban abrazando. Dos segundos. Tres segundos.

¡Demonios, se sentía como una eternidad viéndolo abrazarla! Mis celos aumentaron.

Resistí la urgencia de poner los ojos en blanco cuando Dominic soltó a Tamar del abrazo. Le murmuré a Lucas: “Creo que Tamar debería tomar mi lugar. Lo único que no están haciendo es besarse.”

Lucas me dio una palmada en la espalda. “No te preocupes, Isabella. Probablemente estén hablando de otra cosa.”

“Seguro,” solté con irritación.

No es como si me importara de todas formas. No me gusta Dominic y él no me gusta a mí. ¿Qué me importa si está abrazando a Tamar? Nada, absolutamente nada.

“Vamos.” Lucas cambió de tema. “Dominic quiere dirigirse a nosotros.”

Mientras caminábamos hacia el lugar donde Dominic nos había indicado reunirnos, no podía sacarme de la cabeza lo que estaba a punto de hacer. ¿Tres días en una cabaña con Dominic para poder convertirme en su esposa? Me recordé a mí misma que no quería esto, pero la necesidad de encontrar al asesino de mis padres era más importante, y esto podría ser la única manera, por muy extraña e inesperada que fuera.

Dominic se mantuvo erguido ante la manada reunida, su mirada penetrante a través de la luz de la mañana. El aire vibraba con expectación, cada lobo esperando las palabras de su alfa.

“Miembros de la manada,” comenzó Dominic, su tono capturando la atención de la asamblea. “En mi ausencia durante los próximos tres días, confío en cada uno de ustedes para el bienestar de nuestro territorio. Es importante que mantengamos la armonía que hemos trabajado para establecer.”

Su mirada recorrió la asamblea, escaneando los rostros de su manada. “Nos enfrentamos a un nuevo desafío. La Manada Creciente, impulsada por una agresión sin sentido, ha atacado y arrebatado la vida de nuestras brujas. Esto es un ataque directo a los cimientos de nuestra manada, un acto que no puede quedar sin respuesta. Prepárense, tanto mental como físicamente. La confrontación que se avecina exige

nuestra unidad y resistencia. La venganza puede ser un plato que se sirve frío, pero nuestras acciones deben ser calculadas y justas."

Sus ojos se fijaron en cada lobo, sus palabras resonando con autoridad. "Recuerden, nuestro objetivo no es solo contraatacar, sino establecer un precedente. La Manada Creciente debe entender que permanecemos firmes, una fuerza con la que no se debe jugar."

Los ojos de Dominic cayeron sobre mí. Mi interior ardió en llamas. ¡Dios! ¿Cómo logra hacerme esto?

"Mientras esté fuera, Lucas supervisará las operaciones diarias. Confíen en su guía y sigan sus instrucciones como si fueran las mías. Nuestra unidad es nuestra fortaleza."

Con un último asentimiento, Dominic señaló el final de su discurso. Caminó hacia mí y dijo: "Es hora de irnos."

*** *** ***

El aire de la mañana era frío, lleno de la sinfonía del bosque despertando. Los pájaros cantaban en armonía, y una suave brisa susurraba entre las hojas. Dominic caminaba con propósito, su ritmo sincronizado con el del bosque. Yo iba detrás, intentando igualar su paso, pero sintiéndome como una bailarina torpe.

"¡Más despacio, Dominic!" le llamé, casi trotando para alcanzarlo. Sus largas zancadas dejaban las mías atrás, convirtiendo nuestro tranquilo paseo en un maratón.

Sin reducir el paso, Dominic respondió: "No tenemos tiempo para caminar tranquilamente, Isabella."

Rodé los ojos y murmuré para mí misma: "Uno pensaría que estamos en una misión para salvar el mundo o algo así."

No dijo nada más y siguió caminando. Los obstáculos de la naturaleza parecían decididos a hacerme tropezar. Pronto, mi pie quedó atrapado en una raíz testaruda, enviándome de bruces contra el suelo del bosque. Todo pasó tan rápido que apenas registré la caída.

En un instante, Dominic estaba a mi lado, ofreciéndome una mano firme. De cerca, el aroma terroso del bosque se mezclaba con la fragancia limpia de su piel. Nuestras miradas se cruzaron por un latido demasiado largo, una conexión feroz chispeando entre nosotros.

Rompiendo el momento, sacudí el polvo de mi ropa, fingiendo indiferencia. “¿Podrías caminar aún más rápido? No estoy hecha para esto.”

Dominic gruñó: “No tenemos el lujo de caminar sin prisa, Isabella. Necesitamos mantener un ritmo vigilante.”

“¿Vigilante para qué?” cuestioné. “¿Lobos Rogue? ¿Estamos esperando una emboscada en el bosque?”

Dominic vaciló por un momento, un destello de algo cruzó sus ojos. “Debemos ser cautelosos ante cualquier encuentro inesperado. La Manada Creciente no es la única amenaza potencial aquí.”

Levanté una ceja, presionándolo más. “¿Lobos Rogue, entonces? ¿Es un peligro constante?”

Su expresión se endureció, y justo cuando abrió la boca para responder, pareció cambiar de opinión. “Concentrémonos en llegar a la cabaña. Podemos hablar en el camino.”

Su evasión solo avivó mi curiosidad, pero decidí dejarlo pasar, por ahora. Reanudamos nuestro trayecto a través del bosque, con Dominic manteniendo su inalterable paso y yo intentando sortear el terreno con menos gracia de la que me habría gustado.

Intenté entablar conversación con él, preguntándole sobre la vida en la manada y las historias de la sociedad de los licántropos. Sin embargo, sus respuestas eran cautelosas, revelando poco sobre el mundo en el que vivía.

Finalmente llegamos a la cabaña, y me sorprendió gratamente la atmósfera acogedora en su interior. Los lobos habían hecho un trabajo impresionante. El calor del

lugar nos envolvió mientras nos acomodábamos. Dominic sugirió preparar té, y yo acepté encantada; el aire frío del exterior hacía que la idea fuera aún más tentadora.

Mientras Dominic se ocupaba del té, mi mente tomó un giro inesperado hacia el reino de la fantasía. Me encontraba fascinada por el proceso aparentemente mundano pero extrañamente hipnótico.

Colocó la tetera en la estufa con un toque seguro pero delicado, y mi imaginación se desató. La forma en que manejaba las tazas y removía el azúcar en el té... Todo parecía una danza seductora, un baile silencioso en el que yo era su pareja.

Mis ojos vagaron, recorriendo las líneas de sus bíceps que se flexionaban sutilmente bajo las mangas cortas de su camisa. Su cuerpo delgado y musculoso irradiaba fuerza y destreza. No pude evitar que mi mirada se demorara en su cintura, en la bragueta de sus pantalones, ocultando el misterio que había debajo. En ese instante, se veía como el tipo de hombre que sabe cuidar bien de su mujer.

Mis pensamientos se adentraron en territorios prohibidos, y mis ojos derivaron hacia su entrepierna. Me encontré preguntándome, ya sabes, sobre lo que lo hacía un hombre, escondido tras esa cremallera, mi imaginación desbocándose. Fue un momento fugaz, inadecuado, que me dejó sintiéndome un poco escandalizada.

Entonces, como un balde de agua fría, salí de mi ensimismamiento, dándome cuenta de lo incorrecto que era sexualizar la situación. “¡Isabella, contrólate! No es el momento para estos pensamientos,” me regañé internamente, tratando de sacudirme la repentina oleada de deseo.

Dominic, probablemente ajeno a lo que estaba ocurriendo en mi cabeza, siguió preparando el té. Pronto, el silbido de la tetera llenó el aire.

Aclaré mi garganta, intentando recuperar algo de compostura. “Así que... ¿el té está listo, eh?” solté, esperando desviar mi atención de mis pensamientos poco apropiados.

Dominic se giró con una sonrisa arrogante en el rostro. Me pregunté si había

percibido mis pensamientos. ¡Dios mío! ¿Y si podía hacerlo?

"Sí, Isabella. El té está listo," dijo.

Mientras me sentaba para beber el té, sentí un calor persistente en mis mejillas.

Cuando me entregó la taza, tomé un sorbo y no pude contener mi alabanza. "Este es probablemente el mejor té que he probado. Eres todo un mago del té."

Él soltó una carcajada, tomando asiento frente a mí. "Esa es la alabanza más dramática que he recibido por hacer una taza de té."

Sonreí. "Nunca he visto a un humano hacer té tan bueno como este."

Levantó una ceja, con una sonrisa casi divertida en su rostro. Entonces, de repente dijo:

"Cuéntame más sobre tu vida, Isabella. Tu trabajo como profesora de historia, tus alumnos."

Me recosté en la silla, reflexionando sobre mi vida antes de enredarme con los licántropos. "Bueno, enseñar historia en la secundaria siempre ha sido una parte interesante de mi vida. Los estudiantes siempre estaban ansiosos por aprender de mí. Tuvimos nuestros buenos y malos días, pero nunca fue aburrido."

Los ojos de Dominic brillaron con curiosidad.

"Si puedo preguntar, ¿por qué estás repentinamente interesada en casarte conmigo? Especialmente considerando que al principio te mostraste reacia."

"Pero no estoy interesada en casarme contigo. Me has mantenido como prisionera, así que realmente no tengo opción, ¿verdad?"

Sus ojos recorrieron mi rostro, buscando algo que no sabía. Pero, por supuesto, me aseguré de que no viera nada más que honestidad.

Vacilé, elaborando una historia que ocultara mi verdadero motivo. "La vida como humana, Dominic... a veces parece que no tenemos muchas opciones. Tu manada no me dio ninguna."

Me estudió por un momento, como si evaluara la sinceridad de mis palabras.

“Bueno, Isabella, a veces el destino tiene una forma de traerte cosas inesperadas a la vida. Sé que no deberíamos haberte secuestrado, pero es solo que…”

“¿Que qué?”

“Olvídalo.”

No insistí más.

A medida que Dominic y yo nos adentrábamos en la conversación, continuó su exploración curiosa sobre mi vida humana. Nos encontramos inmersos en charlas sobre mis hábitos, gustos y disgustos.

Me reí. “Bueno, Dominic, soy un poco ratón de biblioteca. Tengo este extraño hábito de oler libros viejos.”

Para ser honesta, dejé escapar ese detalle por accidente. Recuerdo las pocas veces que intenté convencerme de que podía salir en una cita sin aburrir a alguien en segundos. Fueron lo suficientemente educados como para escucharme, pero no era sorpresa que nunca recibiera una segunda cita o una llamada de vuelta.

Dominic arqueó una ceja. “¿Oler libros? ¿En serio?”

Asentí, tratando de actuar indiferente tras compartir ese pequeño pero íntimo detalle sobre mí. Pero su tono no mostraba burla. Eso me hizo sentir más cómoda.

“Absolutamente. Es una cosa de bibliotecarios. Y ni siquiera me hagas empezar con mi amor por las películas cursis de los 80. Puedo ver *El club de los cinco* cien veces y aún me parecería divertido.”

Dominic rió. “¿Películas cursis de los 80, eh? No puedo decir que haya tenido el placer. ¿Qué más debería saber sobre ti?”

“Bueno, detesto las aceitunas. No sé por qué, pero han sido mi archienemigo desde la infancia. Ah, y tengo un talento secreto para los movimientos de baile terribles. Mis alumnos me atraparon haciendo el Gangnam Style una vez, y digamos que ahora es una leyenda en la escuela.”

Dominic se recostó, claramente disfrutando la conversación. “Isabella, tienes una

vida bastante entretenida."

Sonreí. "De hecho, sí. Es un viaje salvaje."

Sus ojos brillaban con un interés genuino. "Haces que ser humano suene intrigante. A veces, desearía poder experimentarlo."

Mi curiosidad se encendió. "¿Qué te detiene?"

Él sonrió con picardía. "Bueno, digamos que ser alfa viene con su propio conjunto de responsabilidades y una falta de tiempo para explorar el mundo humano."

Reí. "Ni siquiera eres bueno mintiendo. Sé por qué no tienes tiempo para explorar el mundo humano. Simplemente no sabes cómo actuar entre los humanos."

Un ceño avergonzado cruzó su rostro. "¿Qué? No."

"Cualquier humano en su sano juicio inmediatamente sabría que no eres humano. Quiero decir, siempre llevas el ceño fruncido, hay algo primitivo en ti, no eres despreocupado y no sabes cómo hacer una broma. Dominic, no vas a engañar a ningún humano."

"No sabes nada sobre mí, y no, no estoy interesado en interactuar con humanos. Me gusta ser un lobo. Me gusta estar aquí."

"Está bien, señor Alfa." Crucé los brazos. "Dime cuáles son las ventajas de ser un lobo. ¿Cuántos años tienes?"

"¿Eh?"

"¿Cuántos años tienes?"

"En años de lobo, tengo 500. En años humanos, tengo treinta y cinco. Me convertí en alfa a los 496, después de una larga línea de alfas en mi familia. Mis padres, desafortunadamente, han estado muertos por seis años." El ambiente se tornó sombrío, y él continuó. "Fueron asesinados durante una guerra con el Moon Rogue."

El hecho de que nunca habría adivinado que tenía tantos años en tiempo de lobo me dejó en shock. Apenas parecía tener su edad humana.

De repente, la conexión me golpeó como un rayo. El Moon Rogue, el hilo común en

nuestras vidas. Una oleada de emociones me inundó, un peso asentándose en mi pecho. El Moon Rogue nos había arrebatado a nuestros padres, dejando un vacío que ninguno de los dos había logrado llenar. Respiré hondo, sintiendo el peso de la conversación sobre mí.

"¿Sabes qué, Dominic? Yo... me gustaría tomar una siesta," dije, con la voz apenas más alta que un susurro.

Su mirada se suavizó, pero no pareció sorprendido. "Oh, está bien. Hay dos habitaciones aquí. Puedes elegir la más grande."

Me puse de pie y le sonreí. "Gracias."

CAPÍTULO SEIS - Dominic

Me desperté de un sueño tan profundo que sentí como si hubiera estado en hibernación durante una semana. La luz del sol que entraba en la habitación insinuaba un hermoso día afuera. El aire frío llenó mis pulmones y, por un momento, todo pareció perfecto. Mis sentidos de lobo, más agudos que nunca, me indicaron que, de hecho, había sido un sueño reparador—un lujo raro para una criatura que rara vez necesitaba mucho descanso.

Mientras echaba un vistazo a la cabaña, me sorprendió lo acogedora que era, la luz matutina proyectando un resplandor cálido sobre el interior de madera. El sutil aroma de pino se mezclaba con los restos de la comida de la noche anterior, creando un olor peculiar pero curiosamente reconfortante.

De repente, un latigazo de pánico me recorrió. Isabella no estaba aquí. La confusión inicial desapareció, reemplazada por el instinto de lobo. Podía sentir su ausencia como una alarma resonando en mi mente. Pensamientos sobre los lobos rogue o la Manada Creciente llevándosela de mi lado invadieron mi conciencia, cada escenario más aterrador que el anterior.

Salí disparado de la cabaña, mis instintos en alerta máxima, siguiendo su rastro como un sendero invisible en el aire. El miedo se aferraba a mis pensamientos. ¿La habrían secuestrado? ¿O habría reconsiderado nuestra situación y decidido escapar? No sabía si debía sentir alivio o desesperación ante la posibilidad de que eligiera la libertad en lugar de un vínculo forzado.

Mientras seguía su rastro a través del bosque, mi corazón latía con temor. Lo desconocido se cernía ante mí, y no podía sacudirme la preocupación de que algo le hubiera sucedido. Finalmente, los árboles se despejaron, y ahí estaba ella. Isabella, de pie con una sonrisa triunfante en su rostro, sosteniendo un conejo sin vida. Sentí una oleada de alivio, que pronto fue reemplazada por confusión. ¿Había atrapado un conejo? ¿Por sí sola?

Sus ojos brillaban mientras me saludaba, mostrando orgullosa su presa.

“El desayuno está listo, Dominic”, anunció, señalando el conejo como si fuera un gran logro.

“Isabella, tú—”

Antes de que pudiera terminar, me interrumpió, su sonrisa ensanchándose. “Encontré esta especie de catapulta en la cabaña, ¡y voilà! El desayuno está servido.”

Solté una carcajada. “Bueno, es una forma de empezar el día.”

Saber que Isabella había atrapado un conejo por su cuenta no solo me impresionó, sino que aumentó mi atracción por ella. Había algo en una mujer que podía valerse por sí misma, que no temía ensuciarse un poco y demostrar su determinación. Era una combinación de admiración y, bueno, llamémoslo atracción pura. Quién diría que perseguir el desayuno podía ser tan... fascinante. Era como si añadiera un toque salvaje a la mezcla, y encontré eso totalmente cautivador.

“Lo sé, ¿verdad?” respondió Isabella.

“Así que, Isabella”, comencé, echando un vistazo al conejo que había cazado con tanta habilidad. “¿Cómo exactamente una profesora de historia sabe cazar?”

Ella sonrió, un destello travieso en sus hermosos ojos. “De la misma manera en que sé forzar cerraduras. Crecí en un orfanato lleno de niños aventureros como yo. Aprendimos todo tipo de habilidades, las buenas y las, eh, cuestionables.”

“Vaya, sí que tuviste una infancia interesante.”

La revelación de Isabella sobre su infancia aventurera me hizo pensar. ¿Y si hubiera nacido humano y crecido entre niños tan humanos como yo? ¿Habría aprendido habilidades como las suyas o me habría inclinado por algo completamente diferente? Era una idea curiosa, imaginarme formando parte de esa pandilla traviesa.

La conversación de ayer con Isabella resonó en mi mente. Ella argumentaba que mi reticencia a explorar el mundo humano se debía a mi incapacidad para actuar como un humano. Tal vez tenía razón. Siempre había sentido curiosidad por sus costumbres, pero actuar como uno de ellos se sentía como navegar en aguas desconocidas. No es que

no estuviera dispuesto, solo que... era un desafío. La idea de encajar, aprender habilidades humanas y ser parte de su mundo tenía su atractivo, pero por ahora, mi vida como cambiaformas solía eclipsar esos deseos.

Nos dirigimos de vuelta a la cabaña, la luz de la mañana filtrándose entre los árboles. Ya en la cabaña, comencé a preparar el conejo para cocinarlo.

Isabella observaba, curiosa. “¿Alguna vez has intentado comerlo crudo?” preguntó, con un destello juguetón en los ojos.

Levanté una ceja, fingiendo seriedad. “No quisiera traumar a alguien con mis hábitos bestiales. Nos quedaremos con la comida cocida por ahora.”

Mientras seguía cortando, Isabella inició otra conversación. “¿Por qué crees que la Manada Creciente atacó a tus brujas?”

Suspiré. “El nuevo alfa de la Manada Creciente, Edward, le gusta ir en contra de las decisiones tomadas por las tres manadas.”

Expliqué, mientras lavaba las piezas del conejo cortadas. “Nuestras brujas son valiosas. Nos han ayudado a controlar nuestra naturaleza, frenando el instinto de hacer daño a los humanos. Es un equilibrio necesario y perderlas nos debilita. Edward lo sabe y está explotando eso para desestabilizar nuestra manada.”

Ella asintió. “Los conflictos entre manadas son más complicados de lo que pensaba.”

“Apenas has arañado la superficie. La política de manadas puede rivalizar con cualquier drama humano.”

Mientras continuábamos preparando el desayuno, la cabaña pronto se llenó con el rico aroma del conejo cocinándose. La conversación fluía, intercalada con el chisporroteo de la carne y alguna que otra risa. Me sorprendió lo natural que se sentía, como si fuéramos una pareja normal afrontando los desafíos de la vida juntos.

"Dominic, ¿crees que puedes detener los ataques de la Manada Creciente?"

"No se trata solo de detenerlos. Necesitamos encontrar una forma de coexistir. Las

manadas necesitan unidad, no un conflicto constante."

"Unidad entre lobos, ¿eh? Tal vez todavía haya esperanza para los de tu especie."

Sonreí con picardía. "No somos tan diferentes de los humanos, ¿sabes?"

Minutos después, serví el desayuno. Isabella y yo nos sentamos para disfrutar de nuestra comida. Un par de verduras asadas acompañaban el aroma sabroso del plato principal. Era una comida sencilla, pero los ricos sabores prometían satisfacción.

"He estado pensando. ¿Y si los lobos rogue están detrás de la masacre de tus brujas y no los lobos de la Manada Creciente?"

Me reí, la idea casi me resultaba cómica. "Fueron los lobos de la Manada Creciente. Estoy seguro de ello. Bueno, mis consejeros están seguros. Los lobos que atacaron a las brujas lo hicieron al amanecer, de la misma manera en que atacan los de la Manada Creciente. Dejaron su olor en ellas, un mensaje claro de que fueron ellos. Además, los lobos rogue no se atreverían a dañar a las brujas. El Moon Rogue, su líder, tiene una conexión con ellas. Su madre era una bruja poderosa que le concedió la habilidad de cambiar de identidad. Respeta a las brujas, asegurando que son cruciales para el equilibrio."

Los ojos de Isabella se abrieron con intriga. "¿El Moon Rogue tiene una madre que es bruja? Eso sí que es un giro inesperado."

Asentí, clavando un trozo de conejo con el tenedor. "Así es. Le dio un don, uno que pronto se convirtió en nuestra pesadilla. Puede infiltrarse en otras manadas, tomar la identidad de cualquiera y engañarlos. Es por eso que el Moon Rogue y sus lobos no han sido erradicados; son escurridizos."

La curiosidad brilló en los ojos de Isabella mientras seguía indagando. "¿Cuál es el motivo del Moon Rogue? ¿Por qué inició una guerra en la que murieron tus padres?"

Una familiar sensación de pesadez se asentó sobre mí. Jugueteé con mi comida usando el tenedor. "No lo sé. Un día, el consejo de cada manada declaró al Moon Rogue como enemigo de los lobos. Enviaron cazadores de recompensas para capturarlo, vivo o

muerto. En represalia, él declaró la guerra a todos. Incluso ahora, no sé la verdadera razón de la guerra. Los miembros del consejo nunca la compartieron."

La expresión de Isabella se volvió pensativa. "Guerra misteriosa. Un líder rogue con conexión con las brujas. Interesante."

"Es un desastre. Una guerra sin un motivo claro es difícil de comprender. El Moon Rogue sigue escapándose de nuestras manos, y sus intenciones siguen siendo un enigma."

Entonces, lanzó una pregunta inesperada. "¿Sabes qué artefacto está buscando el Moon Rogue?"

Fruncí el ceño, sorprendido. "¿Qué quieres decir? ¿Qué artefacto?"

Ella se encogió de hombros con aparente despreocupación. "Solo hacía preguntas al azar. Nunca se sabe qué puede surgir. Porque debe estar buscando algo importante para andar por ahí hiriendo gente y atacando la manada. A menos que solo sea un psicópata y lo haga por diversión."

Sabía que no estaba siendo completamente sincera. Se notaba en sus ojos, en su lenguaje corporal. Aun así, seguí el juego. "Bueno, no conozco ningún artefacto. Nunca he oído que el Moon Rogue esté tras uno."

No era una mentira. Desde que comencé a cazar al Moon Rogue, nadie me dijo jamás que el cambiaformas rogue estuviera detrás de un artefacto, ni siquiera los miembros del consejo.

Isabella se recostó en su asiento, claramente pensando en algo. "Qué extraño."

Las piezas en mi mente comenzaron a encajar. Si había un artefacto involucrado, podría ser la respuesta a la pregunta que me había estado haciendo durante años: ¿por qué el Moon Rogue nos odia? Me hice una nota mental para investigar más a fondo cuando regresara a mi manada.

E Isabella... su supuesta ignorancia no me engañaba. Estaba ocultando algo, y planeaba averiguar qué era. Mientras tanto, no saldría de mi vista. Y no solo porque me

estaba acostumbrando a verla mañana, tarde y noche.

Durante los siguientes dos días, Isabella y yo caímos en una rutina que, sorprendentemente, se sintió natural. Íbamos juntos al bosque, el aire matutino impregnado con la emoción de la caza. Isabella, a pesar de sus dudas iniciales, demostró ser una compañía divertida. Durante el almuerzo hablábamos sobre su vida, nuestras conversaciones revelando capas de su personalidad. Cuanto más la conocía, más intrigante me resultaba.

El mediodía trajo conversaciones sobre hombres lobo, historias de manadas y la complejidad de nuestras vidas. La curiosidad de Isabella no conocía límites, y me encontré disfrutando del desafío de explicarle nuestro mundo en términos que pudiera comprender. Fue un cambio refrescante respecto a mis habituales responsabilidades con la manada, y tenía una forma de hacer que incluso los problemas más difíciles parecieran más simples.

Cuando el sol desaparecía bajo el horizonte, salíamos para otra cacería. La noche traía una energía distinta, una intensidad silenciosa que agudizaba nuestros sentidos. Isabella se adaptó sorprendentemente bien a las actividades nocturnas, y me impresionaban profundamente sus acciones.

Una noche, mientras nos acomodábamos alrededor de una fogata, Isabella sacó una baraja de cartas de la bolsa de lona que Lucas le había dado.

"¿Alguna vez has jugado al póker, Dominic?" preguntó con una sonrisa astuta.

"Soy más de estrategias prácticas, pero vamos a intentarlo."

El juego se convirtió en una competencia amistosa, con risas llenando el aire mientras jugábamos. Isabella, resultó, tenía un talento natural para el engaño, y me sorprendió su habilidad para mantener una cara de póker impecable.

Conforme avanzaba la noche, nuestra cercanía creó un vínculo que trascendió mis dudas. Sin embargo, una voz persistente en mi mente me recordaba el secreto que guardaba: el lazo que nos conectaba de una manera que ella aún no comprendía. Luché

contra el impulso de decirle la verdad, dividido entre protegerla y revelarle lo que sucedió hace veintisiete años.

En nuestra última noche en la cabaña, llegó el momento de completar nuestro vínculo. Pero le dije:

"Isabella, respeto tu decisión. No voy a obligarte a nada, y mucho menos a este ritual de apareamiento."

Un rubor profundo cubrió sus mejillas y se extendió por su cuello.

"Eh... primero, ¿puedes no usar la palabra 'apareamiento'? Es absolutamente aterradora."

Se rió, pero sabía que solo intentaba ocultar su incomodidad.

"Pero eso es lo que es—"

"¡Está bien! ¡Lo acepto! Solo... no lo digas."

Podré ser un mestizo, pero no soy un monstruo.

"Isabella..."

Se tomó unos segundos antes de mirarme con sus grandes y brillantes ojos.

"Confía en mí, no tienes que tener miedo. Realmente no tenemos que hacer nada."

Ella arqueó una ceja. "¿Y qué le dirás al consejo entonces? Porque estoy segura de que ese es un tema que no puedes evitar."

"No te preocupes por el consejo. Me encargaré de eso. Sé que no puede ser una decisión fácil para ti."

Para mi sorpresa, Isabella me abrazó. Fue el contacto físico más cercano que habíamos tenido desde que llegó a mi mundo. Por un momento, sentí la tentación de hacer algo más, tal vez enredar mis dedos en su cabello y perderme en sus encantadores ojos, pero resistí.

Por la mañana, regresamos a la manada, nuestro viaje impregnado de una nueva tranquilidad. Sin embargo, al acercarnos al territorio familiar, una visión aterradora me recibió, dejándome vulnerable a una angustia tan devastadora que caí de rodillas.

CAPÍTULO SIETE - Isabella

Dominic y yo nos quedamos allí, contemplando la carnicería ante nosotros. Era un espectáculo de horror que se había desplegado en el corazón de la Manada Luz de La Luna. Mi respiración se quedó atrapada en mi garganta mientras la realidad de la escena se hundía en mí.

Dominic, usualmente sereno y fuerte, ahora estaba de rodillas, con las manos clavadas en la tierra como si buscara algo que nunca podría encontrar. El aire resonaba con sus gruñidos de angustia, una desgarradora manifestación de dolor. La manada, su familia, yacía dispersa a nuestro alrededor, sus cuerpos sin vida y ensangrentados testimoniando una brutalidad indescriptible.

El que una vez fue el hogar vibrante de la Manada Luz de La Luna ahora llevaba las cicatrices de la muerte. Muebles destrozados, cabañas arruinadas, ventanas hechas añicos y tierra empapada en sangre pintaban un cuadro vívido de los horrores que habían ocurrido.

Con el corazón pesado por la tristeza, intenté acercarme a Dominic. El alfa parecía roto, su espíritu destrozado por la visión de su familia caída. El dolor puro reflejado en su rostro era un espejo de la devastación que nos rodeaba.

"Dominic," susurré, mi voz apenas audible sobre el escalofriante silencio. "Tenemos que irnos. No creo que sea seguro quedarnos aquí. Quien haya hecho esto podría regresar."

Él me miró, sus ojos llenos de lágrimas. Extendí mi mano, intentando sacarlo del abismo de la desesperación. Sus fuertes dedos se aferraron a los míos, pero permaneció en el suelo, como si el peso de su pérdida fuera demasiado para soportar. Por mucho que sintiera su dolor, también percibí una determinación creciendo dentro de mí.

"No podemos quedarnos aquí," insistí de nuevo, echando un vistazo a la desolación. "Dominic, por favor. Necesitamos averiguar quién hizo esto."

Dejó escapar un gruñido gutural, cargado de rabia. Finalmente, con gran esfuerzo,

se levantó de sus rodillas. Al ponerse de pie, sus ojos recorrieron su hogar, absorbiendo la magnitud de la tragedia que había caído sobre su gente.

"Todos están... muertos."

Vi lo que él estaba viendo, y mi corazón se rompió aún más.

Lobos yacían en posiciones retorcidas y antinaturales, su pelaje ahora enmarañado de sangre. El área de reuniones de la manada, donde las risas y las conversaciones solían llenar el aire, ahora resonaba con un silencio mortal. Era una masacre absoluta, un acto de brutalidad que desafiaba toda lógica.

¿Quién podría haber hecho esto? ¿Y por qué?

Abracé a Dominic. No me apartó. Su cuerpo estaba rígido, su dolor palpable contra mi piel. En ese momento, compartimos una conexión forjada en la tragedia.

"Dominic," susurré, mi voz una frágil reverberación en medio de la destrucción. "Encontraremos a los responsables, y haremos que paguen. Te lo prometo."

¿Qué sabía yo? ¿Qué podía hacer? ¿Acaso tenía derecho a compartir su duelo o a hacer promesas que no tenía idea de cómo cumplir?

Tal vez no, pero podía ver que en ese momento él me necesitaba, y lo mínimo que podía hacer era estar allí.

Él asintió, un reconocimiento silencioso de nuestra determinación. "Vamos a enterrarlos. No podemos dejarlos aquí."

Dominic y yo trabajamos en silencio para enterrar a los lobos caídos. Les dimos descanso a cada uno. Nadie había sido perdonado, ni siquiera los cachorros.

Dominic no dijo nada mientras enterraba a su gente, y respeté el silencio que lo envolvía. Ojalá pudiera ofrecerle más que la solemnidad de mi presencia, deseando poder aliviar la carga grabada en su rostro. A medida que avanzábamos en la desgarradora tarea, los recuerdos de los lobos llenos de vida ahora silenciados por la muerte parpadearon en mi mente. Tamar, todas esas hermosas lobas, incluso los miembros del consejo de Dominic.

De repente, Dominic tropezó con el cuerpo sin vida de Lucas. Sus manos y pies estaban atados, prueba evidente del tormento que había sufrido antes de morir. No pude contener el jadeo que escapó de mis labios. Dominic pronto tomó el cuerpo de Lucas en sus brazos, su silencio hablaba por sí solo.

"Lo torturaron," dijo finalmente Dominic, su voz quebrándose por la angustia. "Lo torturaron."

Lucas era un buen lobo. Era desgarrador saber que había sufrido antes de morir. La luna colgaba alta en el cielo nocturno, su pálido resplandor proyectando una luz espectral sobre el devastado territorio de la Manada Luz de La Luna mientras cavábamos el lugar de descanso final para Lucas. Una lágrima resbaló por mi mejilla, mi corazón dolido por todos los lobos amistosos que me habían dado la bienvenida en su manada.

Dominic permanecía como el único sobreviviente, un golpe de suerte que lo atormentaría por el resto de su vida. La culpa me carcomía. Tal vez, si hubiera estado aquí y no en una cabaña conmigo realizando ritos matrimoniales, podría haber evitado la masacre.

Pronto nos alejamos de la escena, adentrándonos en el bosque. Los puños de Dominic estaban cerrados, un intento inútil de contener la furia dentro de él.

"Juro sobre la sangre derramada esta noche que vengaré su muerte."

"Lo sé. Pero, ¿sabes quién hizo esto?"

Dominic asintió, cerrando los ojos. "Dejaron su olor en ellos, igual que hicieron con las brujas."

"¿Los lobos de la Manada Creciente?"

"Sí."

"Lo dudo. ¿Por qué atacarían a tu manada sin razón? ¿Por qué la Manada Creciente querría comenzar una guerra de repente?"

"¡Porque pueden!" Dominic estaba furioso. "¿No ves todas las señales, Isabella?

Son ellos."

"Dominic, tienes que mirar esto con la cabeza fría. Creo que sé quién hizo esto," admití, mi voz firme a pesar del caos dentro de mí. "Es la misma persona que mató a mis padres. El Moon Rogue."

Los ojos de Dominic se clavaron en los míos, una tormenta de emociones en su interior. La duda nubló su expresión mientras procesaba mi revelación. "¿El Moon Rogue? ¿Por qué crees que fue él?"

No preguntó por mis padres ni se disculpó por mi pérdida. No parecía sorprendido de que pensara que un lobo los había matado. ¿Lo sabía él...?

"Tiene sentido, ¿no?" respondí. "Es un lobo rogue, un cambiaformas que inició una guerra que mató a tus padres. Es lógico que esté tratando de comenzar otra guerra. Además, mira las marcas de garras en los cuerpos. Tres marcas profundas. Es el mismo número de marcas que tenían los cuerpos de mis padres."

"No, puedo oler a la Manada Creciente. Si hubiera sido el Moon Rogue, habría olido algo diferente."

"Tú mismo lo dijiste. El Moon Rogue puede asumir la identidad de cualquiera. ¿Y si asumió la identidad de un lobo de la Manada Creciente, incluso su olor?"

Dominic no dijo nada.

Su mirada se mantuvo en la mía por un momento, la incertidumbre evidente en sus ojos.

"Está bien. Lo encontraremos, si fue él."

"Tenemos que casarnos," dijo Dominic mientras el sol comenzaba a ponerse, su luz desapareciendo detrás de las gruesas copas de los árboles.

Todavía estábamos en el bosque, ahora sentados frente a una cueva. Había pasado el día jugando con piedras y pensando en lo que el futuro nos deparaba. Dominic había cazado un antílope y lo había cocinado. Mi estómago aún estaba lleno de carne de antílope, y mis ojos comenzaban a ceder al peso del sueño.

Me sacudí el sueño de encima. "¿Qué?"

"Tenemos que casarnos. No puedo acudir a la Manada de La Noche en busca de ayuda."

"¿Por qué?"

"Todos saben que somos compañeros predestinados y que hemos estado en una cabaña fortaleciendo nuestro vínculo. Me considerarán un alfa a medias con una compañera a medias si no completamos el rito matrimonial. Y eso genera falta de respeto."

"Pero, ¿quién nos va a unir? Ya no tienes una manada."

"Conozco a alguien." Dominic se puso de pie. "Vive en el bosque y tiene el poder para hacernos pareja. Fue miembro del consejo hasta que decidió retirarse y vivir solo en el bosque."

Dominic tomó la delantera a través del denso bosque, sus sentidos agudos y alerta ante su entorno. Yo luché por seguirle el ritmo, tropezando ocasionalmente con el terreno irregular. A medida que nos adentrábamos en la espesura, siguiendo su paso seguro, los árboles parecían cerrarse alrededor de nosotros, creando un dosel de verdor.

Después de un rato, nos topamos con una pequeña cabaña escondida entre los árboles. Parecía envejecida pero bien cuidada, fusionándose perfectamente con el entorno natural. Objetos, tanto peculiares como comunes, adornaban el área alrededor de la cabaña, tal vez restos de una vida vivida en soledad. Dominic se acercó a la entrada, guiado por una sutil familiaridad en sus movimientos.

De repente, una figura emergió de la cabaña: un anciano de barba encanecida y ojos penetrantes. En un movimiento rápido, levantó un arma y nos apuntó a Dominic y a mí. Me tomó desprevenida, y un jadeo escapó de mis labios mientras el miedo me paralizaba momentáneamente.

Dominic, sin embargo, levantó las manos en un gesto pacificador. "Tranquilo, Adrian," dijo, dirigiéndose al hombre. "Soy yo, Dominic, de la Manada Luz de La Luna."

Adrian entrecerró los ojos, examinando a Dominic por un momento antes de bajar el arma. "¿Dominic, eh?" murmuró con voz áspera por la edad. "¿Qué te trae por aquí?"

"Adrian, he sufrido una pérdida terrible en la Manada Luz de La Luna. La Manada Creciente atacó a mi manada. Necesito tu ayuda con un ritual de unión, para poder pedir ayuda a la Manada de La Noche."

"¿Un ritual de unión, dices? Ha pasado una eternidad desde que alguien vino a mí por algo así. Demonios, ni siquiera recuerdo lo que se siente ser un cambiaformas."

"Por favor, Adrian."

Señaló hacia mí. "¿Es tu compañera?"

Dominic respondió. "Sí."

La expresión de Adrian se suavizó. "Ya veo. La tragedia golpea fuerte, especialmente a una manada. ¿Y crees que un ritual de unión te ayudará a convencer a la Manada de La Noche de que necesitas su ayuda?"

"Sí."

"Entren," dijo finalmente Adrian, haciendo un gesto hacia la cabaña. "Hablemos adentro."

Al entrar en la cabaña, observé el interior rústico: una mezcla de muebles hechos a mano y lo esencial para vivir. En el aire flotaba el aroma a madera y cuero envejecido. Adrian nos indicó que nos sentáramos, y nos reunimos alrededor de una mesa de madera desgastada. Luego se adentró en su habitación, probablemente para guardar el arma.

"¿Qué quiso decir con que no recuerda lo que se siente ser un cambiaformas?" le pregunté a Dominic.

"No se ha transformado en lobo en años. Algunos lobos lo hacen deliberadamente, ocultan su parte cambiaformas bajo su forma humana. Adrian ha estado por aquí unos 900 años, supongo, y la última vez que se convirtió en lobo fue hace 400 años."

"¿Y confías en que podrá realizar el ritual de unión?"

Dominic sonrió. "Una vez lobo, siempre lobo."

Adrian regresó pronto. Nos miró fijamente. "Vengan conmigo a la parte trasera de la casa."

Cuando lo hicimos, Adrian comenzó a preparar los elementos que usaría para el ritual.

"Ahora, estas hierbas representan los diferentes aspectos de un vínculo duradero," explicó, mostrando cada una de ellas. "Salvia para la sabiduría, lavanda para la devoción y romero para la fidelidad. Las piedras aquí simbolizan la fortaleza y la resiliencia."

Examiné las ofrendas con genuino interés, mi aprehensión inicial reemplazada por la curiosidad. "¿Y esta hoja de aspecto peculiar?"

Adrian rió entre dientes. "Ah, eso es artemisa. Potencia la intuición y la conexión espiritual. Un elemento crucial para un vínculo fuerte."

"¿Y los símbolos?" pregunté de nuevo, fijándome en las piedras grabadas y las pequeñas figuras de madera.

"Estos símbolos representan unidad, protección y armonía," respondió Adrian. "Los intercambiarán durante el ritual para solidificar su conexión. Ahora, coloquemos estos elementos alrededor de este claro, creando un círculo sagrado."

Mientras colocaba los objetos en sus lugares designados, el aire en el área pareció vibrar con energía. Adrian comenzó a entonar palabras antiguas, una resonancia melódica que reverberó por el pequeño espacio.

"Ahora, párense uno frente al otro," instruyó Adrian, ubicándonos dentro del círculo que acababa de crear. "Mientras canto, intercambien votos que reflejen su compromiso mutuo. Dejen que las energías de las hierbas y los símbolos se entrelacen con sus palabras."

Dominic y yo nos miramos, con las manos entrelazadas. Los cánticos continuaron, tejiendo un tapiz de vibraciones místicas. Dominic comenzó, su voz firme y sincera.

"Isabella Stones, a partir de este momento, prometo estar a tu lado, protegerte y

valorarte. Nuestro vínculo es irrompible, prueba de la fortaleza que encontramos el uno en el otro."

Sus palabras despertaron algo dentro de mí. Algo desconocido que no podía empezar a explicar. ¿Debería estar diciéndome estas cosas? Me sentí como una intrusa, aunque él había sido quien me trajo aquí.

Pero era mi turno de decir mis votos.

Mantuve su mirada. "Dominic, prometo compartir mi vida contigo, ser tu compañera en todas las cosas. Juntos enfrentaremos cualquier desafío que se nos presente. Nuestro vínculo perdurará, una llama que nada podrá extinguir."

¿Era algo de eso real? ¿O estaba tratando demasiado de ser una buena actriz hasta el punto de empezar a creer mis propias mentiras?

Los cánticos de Adrian alcanzaron su punto máximo, y nos indicó que intercambiáramos las piedras grabadas. Mientras lo hacíamos, un sutil calor nos envolvió, una conexión tangible que trascendía el mero contacto físico. Sentí una oleada de energía, como si un hilo invisible ahora me atara a Dominic de una manera profunda.

"Ahora los declaro Alfa y Luna," anunció Adrian con una sonrisa genuina en los ojos. "Que su vínculo soporte las pruebas del tiempo. Recuerden, esta conexión va más allá de lo superficial. Es una fusión de almas. La fortaleza del vínculo dependerá de sus acciones y compromiso. Ahora vayan con amor y resistencia. Enfrenten los desafíos juntos, y su lazo permanecerá inquebrantable."

Al salir del círculo, la atmósfera en el área se asentó. El aire zumbaba con la energía residual del ritual, dejando en Dominic y en mí una sensación de nueva unidad.

Cuando encontramos un lugar cómodo para sentarnos, Adrian sugirió celebrar nuestra unión con unas cervezas. La idea le pareció bien a Dominic, y pronto estábamos charlando con cervezas frías en la mano.

"Así que, Adrian," comenzó Dominic, dando un trago a su cerveza, "¿hay alguna posibilidad de que sepas qué artefacto está buscando el Moon Rogue?"

Su repentina pregunta aguzó mis oídos. Parecía que, después de todo, me había creído. O al menos quería explorar cualquier opción que tuviera.

Adrian frunció el ceño, pensativo. "Hace tiempo que no estoy al tanto de los asuntos del Consejo. En aquel entonces, el Moon Rogue ni siquiera era una preocupación."

Dominic se inclinó hacia adelante, la seriedad reflejada en sus ojos. "Necesito saber, Adrian. Lo que sea que esté buscando, está causando caos, y llevó a la masacre de mi manada."

Adrian suspiró. Dejó su cerveza a un lado y se frotó las sienes. "Haré algunas averiguaciones, Dominic. Veré qué puedo descubrir. Pero no te prometo nada. Es una red enredada, y todos sabemos que los motivos del Moon Rogue siempre han estado envueltos en misterio."

A medida que la conversación se sumergía más en las acciones del Moon Rogue, comencé a sentirme cansada. Dominic notó mi somnolencia y se inclinó más cerca de mí para que mi cabeza cayera sobre su hombro. Estaba a punto de protestar cuando dijo: "Está bien."

Atrapé un destello en sus ojos, la primera cosa hermosa que había visto en ellos desde que nos encontramos con los cuerpos sin vida de su manada. Una sonrisa se dibujó en mis labios en señal de agradecimiento y, sin decir una palabra, apoyé mi cabeza en su hombro y pronto me quedé dormida.

CAPÍTULO OCHO - Dominic

El territorio de la Manada de La Noche se extendía como una pintura mística, con antiguos bosques elevándose hacia los cielos iluminados por la luna. Esos colosales árboles parecían jugar a atraparse con el cielo nocturno. A lo largo de los bordes, las flores de luna brillaban, añadiendo un sutil resplandor al lienzo oscuro.

Un soplo de brisa marina flotaba en el aire, una señal de que no estábamos lejos del océano. Senderos bien transitados cruzaban el paisaje, como la versión natural de un mapa de caminos desgastado. Más adentro, el refugio de la Manada de La Noche emergía, una mezcla de maravillas naturales y comodidades creadas por el hombre, iluminado por el suave resplandor de luciérnagas estratégicamente dispersas.

Los lobos que rondaban por ahí nos observaban con curiosidad y preocupación. Declan, el Alfa de la Manada de La Noche, un lobo robusto y digno, se acercó a nosotros con un gesto de reconocimiento.

"Alpha Dominic, Luna Isabella, bienvenidos a la Manada de La Noche. Ojalá fuera en mejores circunstancias," saludó Declan, su tono transmitiendo simpatía.

"Sí, Alpha Declan. Y apreciamos tu hospitalidad," respondí.

"Vamos a mi cámara."

La cámara de Declan era una combinación única de naturaleza y magia. Pieles de lobo y extraños objetos decoraban las paredes, contando historias de una vida conectada con el mundo exterior. Un gran escritorio de madera, cubierto de pergaminos y frascos, dominaba el espacio. El aroma a hierbas secas y madera flotaba en el aire, creando una atmósfera intrigante. Una única ventana enmarcaba el resplandor de la luna, proyectando una luz mágica en la habitación.

"Declan," dije al alfa tan pronto como nos acomodamos. "La Manada Creciente lo hizo. Ellos mataron a mi manada."

Isabella me lanzó una mirada que claramente decía ‘No fueron ellos. Fue el Moon Rogue,’ pero la ignoré. Estaba avanzando. Tenía mis dudas sobre la implicación de los

lobos de la Manada Creciente, pero si había alguien que podía despejarlas, era el Alpha Declan.

Declan me miró, con una expresión de preocupación en sus ojos. "Dominic, entiendo tu dolor, pero la Manada Creciente no es responsable del ataque a tu manada. He estado en contacto con Edward, y ambos vimos algo la noche en que mataron a tus brujas."

Mis oídos se aguzaron de inmediato. "¿Viste algo?"

Declan pareció no estar orgulloso de lo que estaba a punto de decir. "Sí."

"¿Qué fue?"

"Edward vino a mí para hablar sobre algo extraño que había notado en su manada. Dos de sus miembros, Jane y Jerry, estaban actuando de manera inusual y se negaban a responder una pregunta cuya respuesta deberían haber sabido. Mientras discutíamos, sugerí que diéramos un paseo por el bosque," respondió Declan.

"Está bien, ¿y luego?" pregunté.

"Mientras estábamos en el bosque, fuimos testigos del asesinato de las brujas de la Manada Luz de La Luna. Pero lo desconcertante fue que el asesinato estaba liderado por Edward... o alguien con la forma de Edward, junto con Jane y Jerry."

Miré a Isabella. Llevaba una expresión de incredulidad, y si pudiera verme la cara, sabía que la mía reflejaría lo mismo.

"Entonces, ¿estás diciendo que viste a un Edward mientras el verdadero Edward estaba contigo?" preguntó Isabella.

Declan asintió. "Exactamente. Creemos que los lobos rogue han estado haciéndose pasar por miembros de nuestras manadas, incluyendo a los alfas, para llevar a cabo sus siniestros planes."

"Alpha Declan, fuiste testigo de la masacre de las brujas de mi manada, ¿y no te importó mencionármelo?"

"Tu manada no me habría creído. Cuando estos lobos rogue tomaron la forma de

Edward, Jane y Jerry, dejaron su olor en los cuerpos de los muertos. Fue para hacerte creer que la masacre fue llevada a cabo por la Manada Creciente y así iniciar una guerra. ¿Me habrías escuchado si te hubiera dicho que Edward no lo hizo? Todos ustedes querían la cabeza del alfa en una estaca por sus actos rebeldes."

Tenía razón. Nadie quería a Edward. Era como una molestia constante de la que queríamos deshacernos. Aun así, habría preferido que me dijeran que los lobos rogue ahora estaban tomando la forma de otras personas y matando para iniciar una guerra. ¿Pero cómo es eso siquiera posible?

"Espera, Declan, ¿no es el Moon Rogue el único capaz de cambiar de forma, de cambiar de identidad?"

Era como si Isabella hubiera leído los pensamientos que giraban en mi mente.

"Esa era también mi creencia." El alfa hizo una pausa. "El Moon Rogue posee una habilidad única para cambiar de forma, un poder que le otorgó su madre. Pero lo que vimos aquella noche con Edward me hizo cuestionar esa suposición. Desafía las leyes que conocemos. Un hechizo de este tipo solo funciona en aquel sobre quien es conferido. Pero sus acciones sugieren que han encontrado una manera. Es posible que el Moon Rogue esté lanzando activamente hechizos para otorgar esta habilidad a sus seguidores."

"Pero él no es un hechicero, ¿verdad?" preguntó Isabella.

Suspiré y me recosté en mi silla. "No lo es. Pero tiene trabajando para él un hechicero o una hechicera poderosa, alguien que sabe cómo hacer que sus lobos rogue se conviertan en algo parecido a él."

"Oh, esto empieza a no sonar nada bien. El Moon Rogue se está volviendo más poderoso. Si sigue usando estos hechizos, podrá infiltrarse fácilmente en las manadas, provocar guerras y destruir a todos y todo," dijo Isabella.

El miedo era evidente en su voz. La miré, y me dolió saber que la había puesto en esta situación. Si no la hubiera secuestrado para cumplir con alguna tradición arcaica y absurda, ahora estaría en su apartamento, estudiando lecciones de historia. Sentí la

tentación de abrazarla, besarle la coronilla y asegurarle que la protegería del Moon Rogue. Después de todo, le había prometido a su madre protegerla con mi vida. Literalmente.

"Es un panorama aterrador, para ser honesto," dijo Declan. "La influencia del Moon Rogue podría expandirse como un incendio, y nos veríamos sumidos en el caos. Ya no sabríamos en quién confiar."

Me froté las sienes con preocupación. "Declan, ¿podemos detenerlo? Si sabemos lo que está tramando, ¿no podemos encontrar la manera de ponerle fin?"

Declan sonrió con tristeza, una sonrisa que me partió el corazón porque sabía lo que estaba a punto de decir. "Nadie sabe dónde está, Dominic. Es un maestro del secreto, y el alcance de sus poderes es desconocido. Sin saber dónde se esconde realmente, detenerlo se convierte en una tarea casi imposible."

"Eso es cierto. Pero me niego a creer que sea imparable."

"Si alguien va a detener al Moon Rogue, tenemos que ser nosotros, y con eso me refiero a la unión de las tres manadas. Tenemos que unirnos para detenerlo."

Me reí, sacudiendo la cabeza. "Eso no es posible. Estamos dirigidos por tres alfas y cada miembro de la manada siempre seguirá a su alfa. Mi manada se ha ido. Supongamos que tu manada decide luchar. Edward es terco. Nunca se rebajará a luchar esta guerra contigo."

"Pero Edward no puede ignorar el llamado del Lobo Supremo."

"¿El Lobo Supremo?" Isabella dijo casi de inmediato. "¿Quién es el Lobo Supremo?"

Desestimé su comentario con un gesto de la mano. "Es solo un mito, y Declan lo sabe."

Declan no parecía creer que fuera un mito. Mantuvo una sonrisa brillante en su rostro. "No es un mito. Verás, Isabella, hace doscientos años, un hechicero profetizó que surgiría un lobo poderoso, aquel cuyo llamado las tres manadas debían obedecer. Se le

llamaría el Lobo Supremo, el líder de las tres manadas. Creo que un lobo tan poderoso será capaz de derrotar al Moon Rogue."

"Pero, ¿por qué está detrás de un artefacto?" intervino Isabella con la pregunta. "El Moon Rogue. ¿Por qué busca un artefacto?"

Le lancé una mirada que decía claramente: 'Deberías haberme dejado hacer esa pregunta'.

Pero Declan ya estaba respondiendo. "¿Un artefacto? Nunca he oído hablar de eso. Pero sé que los miembros de mi consejo me han estado ocultando cosas." Sus ojos se oscurecieron, un destello de frustración reflejando la mía. "He intentado obtener respuestas de mi consejo desde que asumí el cargo de alfa, pero permanecen en silencio. Hay un velo de secreto rodeando los motivos del Moon Rogue, y nadie parece dispuesto a revelar la verdad."

"Podría preguntarles," sugerí.

Declan se rió. "¿Qué te hace pensar que lograrás que los miembros de mi consejo hablen? No te dirán nada."

Justo cuando el alfa terminaba su oración, la puerta crujió y uno de los lobos de Declan entró en la habitación. Hizo una reverencia ante su alfa y dijo: "Alpha Declan, la manada está lista para recibir a nuestros invitados."

"Excelente. Vamos."

Isabella y yo seguimos a Declan por los terrenos de la manada, donde la atmósfera vibraba con emoción y anticipación. La celebración estaba en pleno apogeo, con lobos aullando, música sonando y el aroma de comida deliciosa llenando el aire.

Isabella soltó una risa. "Parece que sí saben cómo organizar una fiesta."

No debería estar de humor para una fiesta, pero tal vez esto era justo lo que necesitaba para alejar mi mente del dolor en mi corazón y de la miseria que ahora se aferraba a mi alma.

Isabella tomó mi mano entre las suyas. Fue un toque suave que pareció lograr lo

que ella pretendía: asegurarme y hacerme entender que estaba ahí conmigo.

"Todo estará bien. Disfrutemos la fiesta."

La celebración se desarrolló con un gran banquete, repleto de abundante comida, bebidas y risas. Los lobos bailaban y socializaban, celebrando la llegada de sus invitados. El aire estaba cargado de alegría, haciendo fácil olvidar los problemas que acechaban.

En medio del jolgorio, me presentaron a un miembro del consejo llamado Stephen. Era un lobo bajo, con una larga barba que le llegaba hasta la cintura, casi como un enano. Había unos pocos lobos como él, cuya complexión los hacía parecer algo anormales. Cuando los lobos enanos se transforman en su forma de lobo, no crecen más, lo que puede ser vergonzoso para ellos.

"Hey, Stephen. ¿Te importaría si te hago unas preguntas?"

El enano parecía amable y me sonrió. "Adelante, Dominic."

Bajé la voz, esperando que Declan no me escuchara. "¿Qué sabes sobre el artefacto que busca el Moon Rogue?"

Stephen suspiró. "He jurado un voto de secreto. No puedo revelar detalles sobre el artefacto. Lo siento, Dominic."

"Oh, está bien."

Entonces, Stephen también bajó la voz. "Pero conozco a alguien que podría ayudarte. Busca a la Bruja Gris, una hechicera de renombre con conocimientos más allá de nuestra comprensión. Vive no muy lejos de aquí, en algún lugar del bosque."

Antes de que pudiera preguntar más, Declan se dirigió al centro de la plaza, captando la atención de todos. "¡Muy bien, todos! Demos la bienvenida apropiada a Dominic e Isabella."

La multitud estalló en vítores, y la celebración hizo una pausa mientras Isabella y yo nos encontramos en el centro de atención. La música cambió a una melodía lenta y suave, preparando el escenario para nuestro primer baile como pareja vinculada.

"No tienes que hacer esto, ¿sabes? Soy pésima bailando."

Le extendí una mano. "No te preocupes. Nadie te va a abuchear aquí. Además, yo no soy malo bailando. Déjame ser tu guía."

Mientras comenzábamos a bailar, el mundo a nuestro alrededor se desvaneció, dejando solo la música suave y la calidez de Isabella en mis brazos. Su risa resonó en el aire nocturno, y me vi profundamente cautivado por la alegría en sus ojos.

"¿Ves? Bailar no es tan malo."

Isabella se rió. Me encanta cuando lo hace. "Supongo que tengo un buen guía."

Mientras nos balanceábamos al ritmo, una oleada de emociones surgió dentro de mí. La cercanía, las risas compartidas y la sutil química entre nosotros crearon una atmósfera íntima. Sostuve a Isabella un poco más fuerte, sintiendo una atracción magnética que iba más allá del baile.

Me incliné y le susurré al oído: "Eres una bailarina fantástica."

"De nuevo, solo estoy siguiendo tu liderazgo."

Cuando miré en sus ojos, vi un deseo que reflejaba el mío. Sin dudarlo, me incliné de nuevo, pero esta vez para capturar sus labios en un beso suave y prolongado. El mundo a nuestro alrededor dejó de existir, y por ese breve momento, solo éramos Isabella y yo, perdidos en el hechizo de nuestra conexión.

El beso fue sensual, una promesa silenciosa del camino inexplorado que nos esperaba. Cuando nos separamos, no pude ignorar la fuerza magnética que se había intensificado, uniéndonos de una manera que trascendía la pista de baile.

Quiero a Isabella Stones. Realmente la quiero.

CAPÍTULO NUEVE - Isabella

Los días que pasamos en la Manada de La Noche fueron diferentes a cualquier cosa que hubiera experimentado antes.

Estar rodeada de lobos, su mundo, sus leyes, su forma de vivir tan primitiva... debería haberme hecho sentir como una extraña. Y, sin embargo, Dominic estaba ahí, anclándome, arrastrándome más y más a esta realidad prohibida.

Desde nuestro primer beso, algo había cambiado entre nosotros. Ahora era innegable: la forma en que mi piel hormigueaba cada vez que estaba cerca, cómo mis ojos siempre lo buscaban entre la multitud, cómo mi cuerpo reaccionaba ante su presencia, incluso cuando me decía a mí misma que debía mantener la distancia.

Pero ya no quedaba distancia.

Cada vez que me tocaba, aunque fuera accidentalmente, sentía una chispa, algo más intenso de lo que jamás había conocido. Y ese beso... Dios, ese beso.

Se había grabado en mi memoria, repitiéndose una y otra vez en mi mente. La forma en que sus labios tomaron el control, cómo sus manos se aferraron a mi cintura, acercándome más, exigiendo más. Había sido hambriento, salvaje, lleno de promesas. Una promesa que ninguno de los dos había dicho en voz alta, pero que flotaba entre nosotros cada segundo.

Y ahora, de pie fuera de nuestra cabaña, solo nosotros dos bajo el pálido resplandor de la luna, lo sentí de nuevo.

El tirón.

El calor.

Lo inevitable.

Estábamos hablando sobre el Moon Rogue, sobre nuestro próximo paso para descubrir quién estaba detrás del ataque a su manada. Pero la mente de Dominic se había desviado; podía verlo en sus ojos.

Estaba tenso. Inquieto.

Así que hice algo inesperado.

Dije una broma estúpida.

Algo ridículo, solo para hacerle olvidar por un momento.

Y para mi sorpresa… se rió.

No una risa pequeña. No una simple sonrisa.

Una risa real. Profunda, sincera.

Y joder, era hermosa.

Lo observé, completamente hipnotizada, mientras inclinaba la cabeza hacia atrás, sus labios curvándose con pura diversión, sus ojos iluminándose de una manera que nunca antes había visto.

Mi corazón se apretó, mi estómago se retorció y, de repente, sentí la necesidad de besarlo de nuevo.

Ni siquiera pensé.

Simplemente me moví.

Estaba en sus brazos antes de darme cuenta, nuestros cuerpos chocando como si hubieran estado esperando este momento durante demasiado tiempo.

Nuestros labios se encontraron con una necesidad que me dejó sin aliento, su boca poseyendo la mía, profundizando el beso de inmediato.

Él gruñó, un sonido bajo y vibrante, y la sensación de su voz me envió un escalofrío por la espalda.

Envolví mis brazos alrededor de sus anchos hombros, acercándolo más, más profundo, más fuerte.

Las manos de Dominic se aferraron a mi cintura, deslizándose hacia abajo para sujetar mi trasero, levantándome sin esfuerzo mientras me presionaba contra la pared de madera de la cabaña.

Gemí en su boca, mis piernas envolviéndose instintivamente alrededor de su cintura, el calor acumulándose en lo más profundo de mi vientre.

Todo en él era dominante, arrollador, embriagador: la forma en que me besaba, la manera en que sus manos exploraban mi cuerpo con una confianza cruda, la dureza de su cuerpo musculoso presionando contra mí, haciéndome desear más.

No quería detenerme.

No podía detenerme.

Y, a juzgar por la forma en que Dominic gruñó contra mis labios, él tampoco.

"Adentro," susurró con voz áspera, apoyando su frente contra la mía. "Ahora."

Apenas logré asentir antes de que me llevara en sus brazos, sus pasos firmes y decididos mientras nos dirigíamos hacia la cabaña.

Para cuando llegamos al dormitorio, nuestra ropa era un recuerdo lejano.

Su camisa fue la primera en desaparecer, mis manos empujándola por sus hombros, deleitándome con la sensación de su piel caliente, sus músculos tensándose bajo mi toque.

Gruñó cuando deslicé mis uñas por su pecho esculpido, sus abdominales duros como piedra, su respiración entrecortada cuando llegué a su cinturón.

"Joder," murmuró con la voz cargada de deseo mientras arrancaba mi blusa, dejándome desnuda ante él.

Sus ojos dorados se oscurecieron, su mirada devorando cada centímetro de mi piel, deteniéndose en mis pechos, en mis curvas, en la forma en que mis pezones se endurecieron bajo su atención.

"Preciosa," susurró, casi con reverencia.

Debería haberme sentido cohibida, desnuda frente a un hombre como él—un depredador, un rey, una fuerza de la naturaleza.

Pero la forma en que me miraba…

Como si fuera suya.

Nunca me había sentido más deseada en toda mi vida.

Entonces, sus manos volvieron a recorrerme—explorando, provocando,

reclamando.

Sus labios le siguieron—besando, saboreando, consumiendo.

Jadeé cuando su boca encontró mis pechos, su lengua jugueteando con mi pezón endurecido antes de atraparlo entre sus labios y succionarlo profundamente.

"Dominic," gemí, mi cabeza cayendo hacia atrás mientras olas de placer recorrían mi cuerpo.

Sus manos descendieron lentamente, trazando caminos ardientes sobre mi piel hasta llegar a mis muslos, separándolos con suavidad.

Su gruñido fue puro deseo cuando sintió cuán lista estaba para él.

"Maldita sea, Isabella," murmuró con voz ronca. "Estás tan increíblemente preparada para mí."

Antes de que pudiera responder, se arrodilló ante mí, sus fuertes manos sujetándome con firmeza, su aliento cálido enviando escalofríos a lo más profundo de mi ser.

Y entonces—me tocó.

Un jadeo escapó de mis labios, mis dedos aferrándose a su cabello mientras su boca exploraba mi piel con movimientos lentos y tortuosos, haciéndome temblar bajo su toque.

"Dominic—"

Su agarre en mis caderas se intensificó, inmovilizándome mientras continuaba su dulce tormento, haciéndome estremecer, perdiéndome por completo en la intensidad del momento.

El calor creció en mi interior, una tensión deliciosa acumulándose sin control.

Estaba tan cerca, tan malditamente cerca—

Pero justo cuando pensé que me rendiría al abismo del placer, se detuvo.

Levantó la mirada, sus ojos ardiendo con un deseo feroz.

"Todavía no," gruñó, su voz profunda y cargada de promesas.

No tuve tiempo de recuperar el aliento antes de sentir su cuerpo contra el mío, su calor rodeándome, sus labios rozando mi oído mientras su tono se volvía oscuro y posesivo.

"Voy a hacerte mía," susurró.

Y entonces, todo cambió.

Un jadeo quedó atrapado en mi garganta cuando nos unimos, el aire entre nosotros cargado de algo primitivo y arrollador.

Me aferré a sus brazos, mis uñas dejando marcas sobre su piel mientras el ritmo de nuestros cuerpos se sincronizaba, cada movimiento profundizando el lazo que nos unía.

"Joder, Isabella," gruñó contra mi cuello, su boca deslizándose sobre mi piel, mordiendo suavemente, provocando escalofríos y haciéndome perder el control.

El deseo entre nosotros era insaciable, salvaje. Cada roce, cada toque, cada palabra susurrada en la penumbra nos arrastraba más y más hacia el borde.

"Tuya," susurré, apenas reconociendo mi propia voz.

Él tomó mis labios con los suyos en un beso hambriento, desesperado, como si quisiera devorarme por completo.

Me rendí a él, a la forma en que su cuerpo se movía contra el mío, a la manera en que su respiración entrecortada se mezclaba con la mía.

Nos aferramos el uno al otro mientras el clímax nos envolvía en una intensidad abrumadora, llevándonos a un punto sin retorno.

El mundo desapareció.

Solo quedamos nosotros.

El tiempo se detuvo cuando el éxtasis nos reclamó, y finalmente, todo se redujo al latido acelerado de su corazón contra el mío, a la calidez de su piel sobre la mía, a la sensación de plenitud que me envolvía.

Por un largo momento, ninguno de los dos se movió.

Dominic descansó sobre mí, su respiración pesada, su cuerpo aún unido al mío, y

lo sentí real, tangible, como si por primera vez estuviera exactamente donde debía estar.

Pasé los dedos perezosamente por su espalda, aún temblando con el eco de lo que acabábamos de compartir.

Sus labios rozaron mi mandíbula en un beso suave.

"¿Estás bien?" murmuró, su voz rasposa.

Asentí, presionando un beso en su hombro en respuesta.

Nos quedamos así un rato, simplemente existiendo, sin necesidad de palabras.

Sus dedos dibujaban patrones sin sentido en mi muslo, y por primera vez en mucho tiempo, sentí una extraña sensación de paz, como si todo lo que estaba fuera de esta habitación no importara.

Pero eventualmente, la realidad regresó.

Y con ella, las preguntas.

¿Qué significaba esto?

¿Lo lamentaría?

¿Realmente me quería aquí?

¿Quería quedarme?

No tenía respuestas.

Cuando desperté, Dominic ya no estaba.

Parpadeé contra la suave luz dorada que se filtraba por las cortinas, sintiendo todavía el calor residual de su cuerpo impregnando las sábanas a mi lado.

Por un segundo, me pregunté si lo había soñado todo.

Pero no—mi cuerpo dolorido era la prueba de que había sido muy, muy real.

Me giré sobre mi espalda, fijando la vista en el techo, intentando calmar la tormenta dentro de mí.

Acababa de acostarme con un lobo.

El Alfa.

El hombre que me había secuestrado.

Y lo había deseado en cada maldito segundo.

Una extraña mezcla de culpa, confusión y un deseo persistente se retorcía dentro de mí, pero antes de que pudiera procesarlo, escuché voces afuera de la cabaña.

Curiosa, me puse una bata y salí.

Fue entonces cuando lo vi—Dominic, de pie junto a otro hombre.

Era alto, musculoso, con unos penetrantes ojos azules que parecían capaces de ver a través de mí.

Sonrió, y para mi sorpresa, su expresión fue cálida, acogedora.

"Isabella, este es Claus," dijo Dominic, asintiendo hacia él. "Me ha estado mostrando el territorio de la manada y presentándome a todos."

"Es un placer conocerte, Isabella," dijo Claus, extendiéndome la mano. "Espero que estés disfrutando tu tiempo con nosotros."

Forcé una sonrisa educada y estreché su mano. "Lo estoy, gracias."

Pero antes de que pudiera decir algo más, Dominic fue directo al grano.

"Estamos buscando a una hechicera. La Bruja Gris."

Mi estómago se hundió.

Me giré hacia Dominic, mirándolo con incredulidad.

¿La Bruja Gris?

¿Por qué demonios Dominic estaba buscándola?

Claus arqueó una ceja al escuchar el nombre, pero no pareció sorprendido.

"¿La Bruja Gris?" repitió. "No será fácil. Ella permite que la encuentres, no al revés."

Dominic sonrió, un destello peligroso cruzando su expresión. "Eso me parece perfecto. Solo dime por dónde empezar."

*** *** ***

A la mañana siguiente, un golpe fuerte en nuestra puerta me sacó de mi sueño inquieto.

Claus estaba allí, listo para guiarnos hacia el bosque.

Mientras caminábamos, mi mente era un enredo de pensamientos confusos.

Dominic parecía completamente enfocado, su cuerpo entero vibrando con determinación.

Yo, en cambio, no podía dejar de pensar en la noche que habíamos compartido.

La forma en que me había tocado.

La manera en que me había hecho sentir.

¿Significaba algo para él? ¿O solo había sido un momento de pasión, un simple desahogo?

¿Estaba pensando demasiado?

¿Realmente quería saber la respuesta?

Antes de que pudiera reunir el valor para preguntar, llegamos al final del sendero.

Dominic alzó la cabeza, sus fosas nasales dilatándose ligeramente mientras intentaba captar un rastro.

Caminamos durante lo que parecieron horas, siguiendo pasos invisibles, empujándonos hacia adelante en un camino que no parecía realmente estar ahí.

Hasta que, finalmente, nos topamos con una pequeña casa, escondida en lo profundo del bosque.

La puerta se abrió con un crujido antes incluso de que pudiéramos llamar.

Una anciana de cabello plateado como la luna apareció en el umbral.

Sonrió.

"Entren," dijo.

Un escalofrío recorrió mi espalda.

Para alguien que supuestamente era imposible de encontrar, la habíamos encontrado con demasiada facilidad.

O al menos, eso pensé.

Hasta que volvió a hablar.

"Los estaba esperando."

Dentro, la cabaña estaba llena de objetos antiguos, hierbas colgando del techo y símbolos místicos grabados en las paredes. El aire estaba impregnado con el aroma de algo antiguo y poderoso.

Dominic no perdió el tiempo. "¿Eres la Bruja Gris?"

La mujer simplemente sonrió. "Pueden llamarme Elara."

La mirada de Elara se posó en mí, y por alguna razón, un escalofrío me recorrió todo el cuerpo.

"Para matar al Moon Rogue," dijo, "deben encontrar la tumba de su madre. Solo entonces podrán poner fin a su reinado de terror."

Mi respiración se detuvo.

¿Cómo sabía ella por qué estábamos aquí?

La expresión de Dominic no se inmutó ni un segundo.

"¿Cómo encontramos la tumba?" preguntó.

Elara metió la mano en los pliegues de su túnica y sacó un delicado relicario de plata.

"Esto los guiará," dijo. "Perteneció a la madre del Moon Rogue. Guarda la clave de su lugar de descanso."

Dominic extendió la mano para tomarlo, pero Elara negó con la cabeza.

Se volvió hacia mí.

Y me lo entregó a mí.

En el instante en que mis dedos se cerraron alrededor del relicario, una oleada de energía recorrió mi cuerpo, sacudiéndome, abrumándome.

Los ojos de Elara se clavaron en los míos.

"Isabella, el poder para acabar con esto está dentro de ti."

Mi corazón martilleó contra mi pecho.

¿Qué demonios significaba eso?

¿Y por qué tenía la terrible sensación de que mi vida estaba a punto de cambiar para siempre?

CAPÍTULO DIEZ - Dominic

Al romper el alba, salimos de la Manada de La Noche. Claus y otros tres lobos de la Manada de La Noche, llamados Simon, Ron y Brad, vinieron con nosotros. Claus le había prometido a su padre, el Alfa Declan, que nos ayudaría a llegar a la tumba de la madre del Moon Rogue.

Mientras el sol pintaba el cielo con tonos de amanecer, el relicario en las manos de Isabella se convirtió en nuestro faro, guiándonos hacia un destino desconocido. Nadie sabía dónde había sido enterrada la madre del Moon Rogue, salvo la Bruja Gris y la madre de Isabella. Ellas habían protegido su lugar de descanso para que el Moon Rogue no lo encontrara y no intentara destruir el arma capaz de acabar con él. Me pregunté si esa había sido la razón por la que entró en la casa de Isabella hace veintisiete años y mató a la mujer.

"¿El arma es el artefacto que busca el Moon Rogue?" Isabella le preguntó a la Bruja Gris.

"No lo creo. Sea cual sea el artefacto que busca, los miembros del consejo de las tres manadas lo conocen, así que no tiene nada que ver con su madre. Hay algo más que está buscando. Ni siquiera yo sé qué es."

En los momentos de silencio durante nuestro viaje, pensé en la conexión entre la madre de Isabella y la madre del Moon Rogue. Sospechaba que la madre de Isabella era una bruja, y por eso había podido entender nuestro lenguaje la noche en que murió. Pero lo que no sabía era que alguna vez fueron parte del mismo aquelarre.

Mis pensamientos derivaron a la conversación que tuve con Elara, un diálogo que ocurrió después de que ella le dio el relicario a Isabella y me llevó aparte.

"Escucha, Dominic," habló la Bruja Gris con un tono cargado de misterio, "el vínculo de vida que compartes con Isabella es un hilo delicado, entrelazando sus

destinos. Tiene el poder de hacerle daño y, por lo que puedo ver, la va a matar."

"¿Qué?"

No quería que Isabella muriera, y no solo porque su muerte significaría la mía también. Simplemente quería que ella viviera. No tenía la culpa de haberse encontrado en mi mundo.

"Es obvio, ¿no? Vas tras el Moon Rogue. Es una misión peligrosa. Pero no temas. Puedes convertir esta promesa de vínculo de vida en un arma que los salve a ambos al final."

"¿Un arma?" pregunté, intrigado.

"Sí, pero ambos deben encontrar algo verdadero y profundo dentro de ustedes. Búsquenlo con determinación, y podrán desbloquear esta arma," respondió.

La voz de Isabella rompió mi ensimismamiento. "Dominic, ¿crees que estamos cerca?"

Miré el relicario en sus manos y respondí: "No lo sé. ¿Qué sientes tú?"

Isabella cerró los ojos y apretó el relicario con más fuerza. "Creo que sí. Tengo una fuerte convicción de que estamos cerca."

"Es la magia del relicario," intervino Claus.

Isabella abrió los ojos y le sonrió. "Sí, lo es."

Mientras nos adentrábamos más en el bosque, Isabella atrapó mi mirada, la preocupación reflejada en su rostro. "¿Qué te dijo la Bruja Gris?"

"Nada."

"Eso es mentira. Sé cuándo estás ocultando algo."

"Lo digo en serio. No fue nada."

No insistió más, y me alegré de que no lo hiciera. El vínculo de vida era lo último de lo que quería hablar. Ni siquiera habíamos hablado del sexo, y estaba un poco ansioso por sacar el tema. Quería saber cómo se sentía al respecto. ¿Lo disfrutó? ¿El brillo en sus ojos era una señal de que le gustaría volver a acostarse conmigo? ¿Debería estar

pensando en esto cuando estamos en una misión que cambiará nuestras vidas?

Finalmente, llegamos a un claro donde la tierra parecía temblar con una presencia de otro mundo. El relicario comenzó a vibrar, resonando con la energía del lugar. Me arrodillé y empecé a cavar, la tierra separándose bajo mi toque.

Después de lo que pareció una eternidad, descubrí una entrada oculta, su inscripción desgastada pero aún legible. Pasé los dedos por las letras. “Dice ‘Mantente alejado’.”

“Lo hemos encontrado,” dijo Isabella. “Estoy segura de ello.”

Juntos, descendimos por el pasadizo oculto, su aire rancio aferrándose a nuestra piel mientras avanzábamos por los oscuros y sinuosos corredores. La atracción del relicario nos llevó más y más profundo hasta que tropezamos con una cámara ancestral, olvidada por el mundo de la superficie.

“Parece algún tipo de antiguo lugar de reunión,” susurré, conteniendo el aliento al observar el inquietante entorno.

“Es un aquelarre,” noté. “Debe haber pertenecido a las Brujas Grises.”

“Entonces, ¿enterraron a la madre del Moon Rogue en su antiguo aquelarre? No parece que se esforzaran mucho en ocultar su tumba,” respondió Isabella.

El antiguo aquelarre parecía congelado en el tiempo, sus paredes de piedra adornadas con símbolos desvanecidos de poder místico. Las luces de velas consumidas parpadeaban, proyectando sombras danzantes sobre antiguos pergaminos esparcidos sobre un altar ornamentado. Tapices desgastados, tejidos con patrones esotéricos, colgaban del techo, y el aire estaba impregnado de un aroma rancio, una mezcla de hierbas antiguas y encantamientos persistentes. En el centro, un viejo altar de piedra se erguía, posiblemente el punto focal de los rituales de las brujas, su superficie grabada con símbolos.

“¿Puedes sentir dónde está la tumba?” le pregunté a Isabella.

Ella cerró los ojos de nuevo, como si estuviera hablando con el relicario. “Me está

guiando hacia el altar."

Caminamos hasta el altar.

"Esto es increíble," exhaló Isabella, sus ojos brillando con asombro mientras pasaba los dedos sobre los símbolos polvorientos. "Aquí está el nombre de mi madre, Giora, y la llamaban la pequeña Bruja Gris porque era la más joven de las tres. Es como descubrir un pedazo de mi propia historia, oculto durante tanto tiempo."

Señalé un símbolo en el altar que hablaba sobre el nacimiento del Moon Rogue. "Arthur," murmuré, trazando con los dedos el nombre grabado en la piedra. "El verdadero nombre del Moon Rogue es Arthur, y el de su madre era Lena."

"Es una losa," dijo Claus de repente.

Había olvidado por completo que él y sus lobos estaban con nosotros. "¿Eh?"

"El altar. Es una losa. Tenemos que empujarla para saber qué hay debajo."

Con un esfuerzo colectivo, Claus, los tres lobos y yo empujamos contra la losa, su antiguo peso resistiendo antes de deslizarse a regañadientes. A medida que la cubierta se movía, una ráfaga de aire rancio llenó nuestras fosas nasales.

Debajo, en la tenue luz de la cámara, yacían los restos de Lena, la madre del Moon Rogue. Su forma esquelética descansaba dentro del ataúd de piedra, con las manos cruzadas sobre su pecho.

"Vaya, tiene un lugar bastante acogedor aquí," murmuré, intentando aligerar el ambiente, pero mi intento de humor quedó suspendido en el aire, sin recibir respuesta.

Junto a la forma deteriorada de Lena, había una bolsa de cuero cruzada, aparentemente intacta por el paso del tiempo. Isabella la alcanzó, sus dedos rozando el cuero envejecido. "¿Qué crees que encontraremos dentro?"

"El arma," le dije. "Ábrela."

Nuestra búsqueda fue interrumpida repentinamente por un disturbio, los ecos de gruñidos de lobos reverberando a través del pasadizo. Las sombras danzaban en las paredes cuando un grupo de figuras amenazantes emergió, sus ojos brillando con una

ferocidad salvaje.

"¿Lobos Rogue?" preguntó Isabella, su voz temblando de miedo. Se colgó la bolsa cruzada sobre el hombro.

Asentí, un gruñido escapando de mis labios. "Parece que tenemos visitantes."

CAPÍTULO ONCE - Isabella

Apreté un arma improvisada, un fragmento de piedra, lista para defenderme. Sin embargo, mi corazón latía con miedo mientras los lobos Rogue se acercaban.

La voz de Dominic cortó el tenso aire: "Claus, estate listo. Tenemos que luchar contra estos lobos Rogue para proteger a Isabella."

Sin embargo, Claus permaneció en su lugar, una sonrisa curvando sus labios. Dominic, desconcertado, encontró su mirada. "¿Qué está pasando?"

Con una risa baja, Claus respondió: "Oh, Dominic, hay algo que deberías saber." Los otros tres lobos se colocaron a su lado, intercambiando una mirada conspiradora. "No somos exactamente quienes crees que somos."

Dios mío, creo que sé lo que está pasando.

Dominic, todavía en posición de batalla, miró a Claus con confusión. "¿De qué estás hablando? Ahora no es momento para juegos."

La sonrisa de Claus se ensanchó.

"Verás, no somos verdaderos lobos de la Manada de La Noche. Somos lobos Rogue, tomando la forma de Claus y los otros que alguna vez pertenecieron a la manada. Declan todavía cree que su hijo está vivo."

Los otros lobos Rogue ya nos habían alcanzado. Eran ocho en total. Sus ojos siniestros brillaban con una intensidad antinatural. Físicamente, sus cuerpos parecían menos robustos y más delgados.

Claus continuó: "Fuimos enviados por el Moon Rogue para encontrar el artefacto, pero ahora, volveremos con algo mucho mejor. Entrégame la bolsa, Isabella."

"¡No!" Dominic dijo firmemente y se colocó frente a mí. "Tendrás que pasar por encima de mí primero."

Claus sonrió, una chispa maliciosa brillando en sus ojos. "Muy bien entonces.

Derramaré tu sangre como derramamos la de los miembros de tu manada. Disfruté torturando a tu amigo Lucas. Pero era fuerte."

Vi una vena hincharse en el cuello de Dominic. Apretó el puño y observé cómo sus uñas crecían.

En un abrir y cerrar de ojos, Dominic experimentó una transformación sobrecogedora, sus rasgos contorsionándose con una energía primitiva. Sus huesos se desplazaron, sus músculos se expandieron, y su cuerpo se cubrió de un grueso pelaje. La rápida metamorfosis me dejó atónita mientras Dominic evolucionaba en un poderoso y colosal hombre lobo, listo para enfrentar a los lobos Rogue con furia desatada.

Mientras Dominic se enfrentaba a los lobos Rogue, gruñía con angustia, y supe que estaba descargando su frustración en ellos, su dolor, su tristeza.

En medio del caos, Claus se lanzó hacia mí. "¡Dame la bolsa, humana!" siseó, con sus garras desenvainadas.

"¡No dejaré que la lastimes!" rugió Dominic, con los dientes al descubierto en una muestra de ferocidad absoluta. Había logrado masacrar a la mayoría de los lobos, arrancando sus corazones. Solo Claus seguía en pie.

Los dos hombres lobo comenzaron a rodearse, sus miradas entrelazadas en una feroz danza de dominio. Claus atacó con rapidez y astucia, buscando el flanco de Dominic. En respuesta, Dominic esquivó con un ágil movimiento lateral, mostrando la destreza de un alfa experimentado.

Sus movimientos eran un torbellino de pelaje y músculo, una sinfonía de gruñidos y rugidos llenando la noche. Las garras de Dominic chocaron contra las de Claus, el sonido resonando en el aquelarre tenuemente iluminado.

Claus, en su forma de lobo Rogue, mostró una fuerza impresionante, intentando dominar a Dominic con ataques implacables. Cuando la confrontación alcanzó su punto álgido, Claus logró asestar un profundo arañazo en el costado de Dominic. La herida fue rápida, la sangre tiñendo su pelaje.

Al mismo tiempo, un dolor inexplicable ardió en mi espalda. Caí al suelo, sintiendo la sangre empapar mi vestido.

"¡Dominic, estoy herida!" grité, sintiendo un calor inesperado extenderse dentro de mí.

Al voltear hacia Dominic, me di cuenta de que él también sangraba por una herida que reflejaba la mía. Era desconcertante, pero no era lo único. Sorprendentemente, la herida en el costado de Dominic comenzó a sanar—bueno, porque era un lobo—y, al mismo tiempo, sentí cómo mi propia lesión empezaba a curarse.

"¿Qué está pasando?" susurré para mí misma, tocando el lugar donde debería estar la herida.

Atrapado en un momento de perplejidad, Dominic no ofreció una explicación inmediata. En su lugar, se enfocó rápidamente en atacar a Claus. Con un golpe bien dirigido al estómago de Claus, Dominic lo apuñaló con sus garras. Sin embargo, Claus, siendo un lobo Rogue con los mismos poderes regenerativos, se recuperó rápidamente.

En medio de la intensidad de la pelea, gruñidos distantes llegaron a nuestros oídos, anunciando la llegada de más lobos Rogue. Claus, con una sonrisa siniestra en su rostro, dijo: "Vienen más. No van a salir de aquí."

Dándose cuenta de la creciente amenaza, Dominic no dudó. Su decisión quedó clara con sus acciones. Sin pensarlo dos veces, me agarró y, con un estallido de fuerza, salimos disparados del aquelarre. Estaba en sus brazos mientras corría a toda velocidad por el bosque, el viento aullando en mis oídos. A pesar del sonido del viento, podía escuchar a los lobos detrás de nosotros. Sus profundos gruñidos reflejaban su deseo de acabar con nosotros, de alimentar sus cuerpos hambrientos con nuestra carne.

Cinco minutos después, Dominic se detuvo junto a un arroyo. Me bajó y me dijo que ahora estábamos a salvo.

"Los lobos no pueden rastrearnos. Estas partes del bosque alteran el olor de los lobos y nos protegen de ser detectados por los enemigos. Se llama el Bosque Sombrío."

"¿Qué fue lo que pasó allá atrás, Dominic? ¿Por qué me lastimé cuando tú te lastimaste?"

"Isabella, no tengo todas las respuestas en este momento, pero voy a—"

"¡Necesito todas las respuestas ahora mismo!" grité, sintiendo la furia arremolinarse dentro de mí.

Era obvio que Dominic me ocultaba algo, y estaba cansada de no saber la verdad.

Dominic se detuvo. No me miró cuando dijo: "Isabella, no quería agobiarte con la verdad."

Apreté los puños, mi paciencia agotándose. "Basta de secretos, Dominic. Dime qué está pasando."

Respiró hondo. "Hace veintisiete años, cuando tu madre estaba muriendo, hice una promesa de vínculo de vida con ella. Una promesa de protegerte a toda costa."

Un escalofrío recorrió mi espalda. "¿Una promesa a mi madre? ¿Tú estuviste allí esa noche?"

Dominic me miró ahora. No pude descifrar lo que vi en sus ojos. ¿Dolor? ¿Lástima? ¿O solo arrepentimiento?

"Sí."

"Bien, ¿y qué? ¿Qué tiene eso que ver con las heridas? ¿Por qué las compartimos?"

"La promesa de vínculo de vida es exactamente eso, una promesa, para mantenerte a salvo mientras ambos vivamos. Pero el hecho de que hayamos sido compañeros intensifica su efecto. Cualquier daño que me ocurra se reflejará en ti, pero también significa que no morirás mientras yo siga con vida. Es un lazo que trasciende el tiempo y las circunstancias."

Mi mente luchó por comprender la revelación. "Entonces, ¿nuestra conexión viene desde hace décadas? ¿No es algo reciente? ¿No es por este matrimonio nuestro? ¿Pero por qué no me lo dijiste? ¿Por qué lo ocultaste?"

"Porque no quería que supieras que tu vida dependía de la mía. Es una carga cruel

para un humano, no poder vivir su vida sabiendo que podría morir en cualquier momento si alguien logra arrancarme el corazón."

Mientras el peso de la verdad se asentaba en mí, no pude negar la extraña sensación de consuelo al saber que Dominic había estado a mi lado durante tanto tiempo, atado a una promesa hecha en el umbral de la muerte. Y, sin embargo, la revelación también me dejó con una sensación de vulnerabilidad, una comprensión de que nuestros destinos estaban profundamente entrelazados y que los desafíos que nos aguardaban no solo tenían que ver con el presente, sino con un pasado del que yo había sido completamente ajena.

CAPÍTULO DOCE - Dominic

El camino hacia la casa de Adrian estuvo lleno de una tensión no dicha.

Isabella había guardado silencio desde que le revelé la verdad sobre la promesa de vínculo de vida. No podía descifrar si era enojo, sorpresa o ambas cosas. Su silencio resonaba más fuerte que las palabras, dejándome anhelando algún tipo de conexión. No hablamos sobre abrir la bolsa cruzada y vaciar su contenido. Isabella no parecía lista para hacerlo, así que no la presioné.

A medida que nos acercábamos a la casa de Adrian, el aroma de su comida flotaba en el aire. Adrian nos recibió cálidamente, ofreciéndonos un refugio ante las incertidumbres que acechaban en el bosque.

Isabella fue directa al grano. "¿Estamos a salvo de los lobos Rogue aquí?"

Adrian asintió con seguridad. "Sí, están a salvo aquí. Los lobos Rogue rara vez se aventuran cerca de esta parte del bosque. Está demasiado cerca del Bosque Sombrío, donde pierden su rastro. Prefieren mantenerse alejados y, ya sabes, no perderse."

Dentro de la casa de Adrian, el aroma de una comida casera nos envolvió. Adrian insistió en cuidarnos, preparando una comida que Isabella devoró de inmediato. Yo solo la observé comer. Se veía tan hermosa, engullendo su comida como si no hubiera comido en semanas.

Entonces, sus ojos se encontraron con los míos. "¿Qué?" preguntó con la boca llena.

"Un poco en la esquina," dije, señalando la salsa de pollo en la comisura de sus labios.

Isabella intentó limpiarla, pero seguía fallando. Incapaz de resistirme, me acerqué y limpié suavemente la salsa de pollo. Nuestras miradas se encontraron, y en ese momento, al perderme en sus ojos, sentí que algo se agitaba dentro de mí. Me recordó la

noche que compartimos, y una sutil tentación de acercarme y besarla casi me sobrepasó.

Aclaré la garganta, sofocando la tentación. "Listo."

"Gracias," respondió Isabella, pero pude notar el leve rubor en sus mejillas.

Adrian luego nos sugirió que nos refrescáramos y hasta le ofreció a Isabella una habitación. Sin embargo, cuando surgió el tema de los arreglos para dormir, opté por quedarme en la sala. "Dormiré aquí afuera," dije.

"¿Por qué no tomas una habitación, Dominic? Puedes venir conmigo."

Fue sorprendente que me hiciera esa propuesta, considerando que me había estado dando la espalda desde que le hablé de la promesa de vínculo de vida. La oferta era tentadora, para ser honesto. Quería entrar con ella y, tal vez, solo tal vez, hacer que volviera a acostarse conmigo.

Pero no quería hacer que Isabella hiciera algo que no quisiera. Además, en la cocina, mientras preparaba la comida para Isabella, Adrian me había mostrado la carne fresca de venado de su cacería de esa mañana. Le dije que volvería a comerla más tarde. No quería comerla frente a Isabella.

"Prefiero quedarme aquí," respondí, echando un vistazo a la sala. "No quiero molestarte."

Adrian soltó una carcajada. "Tan terco como siempre, Dominic."

Cuando Isabella se retiró a su habitación, me apresuré a entrar en la cocina de Adrian, encontré la carne de venado y comencé a comer. Devoré la comida con un hambre voraz, desgarrándola como una criatura hambrienta. Cada bocado reponía mi energía, y me perdí en el sabor satisfactorio.

De repente, Isabella entró y me sorprendió a mitad del festín. Me puse de pie de inmediato, mi mente corriendo con pensamientos sobre si había presenciado mi lado salvaje y animal al devorar la carne. La tensión incómoda flotó en el aire mientras intentaba leer su expresión.

"¿Quieres revisar lo que hay en la bolsa cruzada?" preguntó después de un rato de

solo mirarme, sus ojos desviándose ocasionalmente hacia la carne en la encimera.

"Sí, definitivamente."

"Vamos adentro entonces."

Sin dudarlo, la seguí a la habitación. Tan pronto como cerró la puerta, se lanzó sobre mí, sus labios chocando contra los míos con un hambre que me atravesó como un rayo.

Sus manos se enredaron en mi cabello, sus uñas arañando mi espalda como si no pudiera acercarse lo suficiente. Gemí en su boca, mi agarre en su cintura se apretó, atrayéndola más contra mí. Era suave, cálida y exigente, su cuerpo amoldándose al mío de maneras que hacían que mi cabeza diera vueltas.

Todavía estaba aturdido por su audaz iniciativa, apenas capaz de pensar más allá de la forma desesperada en que me besaba. El aire entre nosotros chispeaba con electricidad, el calor de nuestros cuerpos derritiendo cualquier última reserva.

Me empujó contra la pared, sus dedos rasgando mi camisa, sus dientes rozando mi labio inferior. Mi sangre hervía, ardiendo como lava en mis venas, incontrolable.

Su lengua se deslizó dentro de mi boca, caliente e insistente, mientras gemía suavemente, moviendo sus caderas contra las mías. Mis manos recorrieron sus curvas, sujetando sus muslos, necesitando más, necesitándola completamente.

Esto no era como la primera vez, cuando había sido tímida, casi una novia sonrojada. No, esta vez, Isabella no dudó, no tuvo segundos pensamientos—me tenía exactamente donde quería, y lo sabía.

Me estaba volviendo loco, y podía notar que quería mantener el control. Pero no iba a permitirlo. No esta noche.

Con un gruñido, la giré y la presioné contra la pared. Mis manos subieron por la piel suave de sus muslos, levantando su vestido más allá de sus caderas. Mis dedos encontraron su centro húmedo, y una sonrisa perversa apareció en mis labios.

"Joder," murmuré, sintiendo lo lista que estaba para mí.

Jadeó, empujándose contra mí, desesperada y temblorosa. No la hice esperar.

Isabella se levantó de la cama con gracia, estirándose como una gata satisfecha mientras alcanzaba su ropa. El recuerdo de lo que acabábamos de hacer—lo que le acababa de hacer—pasó por mi mente, enviando una oleada de calor a través de mí nuevamente.

Se vistió lentamente, deliberadamente, como si supiera que la estaba observando, sus movimientos eran una provocación, una tentación. Cada botón que abrochaba, cada tira que ajustaba, se sentía como una invitación silenciosa para deshacerlo todo de nuevo.

No pude resistirme.

Me levanté de la cama, cerrando la distancia entre nosotros, mis manos deslizándose por sus caderas mientras la presionaba contra mí desde atrás. Mis labios recorrieron la nuca de su cuello, un roce suave que la hizo estremecerse.

"No me lo estás poniendo fácil para dejarte vestir," murmuré contra su piel.

Ella rió, su respiración entrecortada mientras mis manos recorrían sus curvas, deleitándome con el calor de su cuerpo aún enrojecido por nuestra pasión anterior.

Girándose para mirarme, levantó la barbilla, la travesura danzando en sus ojos. "Me alegra que compartamos este vínculo," dijo, sus dedos deslizándose suavemente por mi pecho.

Luego, con una sonrisa pícara, añadió: "Y fue adorable verte comer esa carne de venado."

Solté una carcajada, sacudiendo la cabeza. "No pensé que encontrarías eso lindo."

Me besó de nuevo, con suavidad y ternura. "Ahora revisemos qué hay en la bolsa cruzada."

Le apreté el trasero juguetonamente, sonriendo. "Creo que deberíamos hacerlo antes de que me deje llevar... y te folle otra vez."

Ella rió, pero vi el destello de deseo en sus ojos. "Estoy segura de que quieres

hacerlo. Pero no olvidemos la misión."

A regañadientes, la solté y la observé mientras abría con cuidado la bolsa de cuero. En su interior, seis misteriosos objetos mágicos estaban dispuestos ordenadamente.

Una varita nudosa, tallada con esmero, emitía un tenue resplandor, irradiando una energía que sugería un poder inexplorado. Junto a ella, un vial de cristal centelleaba con un líquido que parecía girar en su interior como si estuviera vivo.

También había un pequeño libro antiguo, encuadernado en cuero, cuyas páginas susurraban secretos que ni siquiera Isabella podía descifrar. Un reloj de arena de bolsillo, con arenas plateadas deslizándose en un hipnótico vaivén, descansaba al lado de una pequeña llave ornamentada. El último objeto—un colgante con una piedra lunar en su centro—desprendía un brillo etéreo y delicado.

Los ojos de Isabella se abrieron con curiosidad. "Dominic, ¿alguna vez has visto algo como esto? ¿Y por qué Lena escondería estos objetos mágicos en la bolsa cruzada?"

Fruncí el ceño, estudiándolos detenidamente. "No, Isabella, nunca he visto nada como esto. Tal vez uno de estos sea el arma que necesitamos contra el Moon Rogue."

Antes de que pudiéramos seguir especulando, un golpe en la puerta nos interrumpió.

Mi cuerpo se tensó. Isabella y yo intercambiamos una mirada antes de que preguntara: "¿Quién es?"

Desde afuera, Adrian respondió: "Soy Adrian. ¿Puedo pasar? Hay algo importante de lo que debemos hablar."

¡Mierda! Sigo desnudo.

"Solo un minuto," grité.

"Date prisa," exclamó Isabella, pero podía escuchar la risa en su voz.

Me apresuré a ponerme una camisa, luchando con los botones como si fueran un rompecabezas imposible de resolver. Pareció una eternidad tratar de vestirme.

"Entra."

Adrian entró en la habitación. Parecía analizarnos, como si pudiera notar que acabábamos de tener sexo. "Estuve hablando con un amigo mío que es miembro del consejo de la Manada de La Noche. Incluso habló de ti. Se llama Stephen."

"Oh, recuerdo a Stephen. ¿Qué dijo?"

"Será mejor que hablemos de esto en la sala."

Adrian nos llevó a la sala. Una vez que nos acomodamos, comenzó a compartir lo que Stephen le había revelado. "Los miembros del consejo están atados por un pacto de secreto, un juramento que podría costarles la vida si lo rompen," enfatizó, mirándonos a ambos. "Aun así, Stephen logró darme un poco de información sobre el artefacto, arriesgando su propio bienestar."

"¿Qué dijo?" Isabella no ocultó su impaciencia.

"Stephen solo pudo decirme que los miembros del consejo de las tres manadas crearon un artefacto peligroso que podría destruirlas a todas. Era algo que nunca debieron haber hecho, y pronto llegó a oídos del Moon Rogue. Cuando el Moon Rogue empezó a matar por él, desatando una guerra que llevó a la muerte de muchos lobos, incluidos los padres de Dominic, los miembros del consejo decidieron ocultarlo. También juraron un voto de secreto para que el Moon Rogue nunca pudiera extraer información de ninguno de ellos," relató Adrian con un tono serio.

Entonces miró a Isabella. "Tu madre descubrió la existencia de este artefacto y se sacrificó para esconderlo del Moon Rogue. Ella y tu padre decidieron convertirse en sus protectores, sellándolo con su sangre."

"Por eso el Moon Rogue estaba en mi casa esa noche," susurró Isabella.

Adrian asintió solemnemente. "Sí, el Moon Rogue buscaba el artefacto esa noche. Tus padres lo protegieron, y tu madre pagó el precio más alto."

Miré a Isabella, sintiendo el dolor reflejado en sus ojos. El sufrimiento en ellos dibujaba un inquietante tapiz de pérdida y angustia. Vi los ecos de un pasado cargado de duelo, la agonía grabada en cada mirada.

En sus ojos, vislumbré los vestigios de una inocencia destrozada, las cicatrices de haber presenciado la muerte de sus padres. Mis pensamientos se agolparon, luchando contra la impotencia que sentía, deseando borrar el dolor grabado en esos ojos, anhelando protegerla de las sombras implacables que la perseguían desde su pasado.

Sin pensar, extendí la mano hacia su hombro, ofreciéndole un toque tranquilizador. Isabella me miró y sonrió con lágrimas en los ojos.

Adrian continuó: "Stephen mencionó que el artefacto, sellado por tus padres, solo puede desbloquearse con la sangre de alguien de su linaje."

Isabella jadeó, conectando las piezas. Se apresuró a secar sus lágrimas con el dorso de la mano. "Entonces, por eso el Moon Rogue se llevó a mi hermano," exclamó, la comprensión iluminando su rostro.

La habitación quedó en silencio por un momento mientras sus palabras resonaban en mi cabeza. "¿Hermano?" pregunté, incrédulo. "¿Tienes un hermano?"

Isabella asintió, confirmando una parte de su pasado que desconocía. "Sí, se llevó a mi hermano esa noche."

Intercambié una mirada con Adrian, impactado por esta nueva revelación. La noche en que murieron sus padres, yo había entrado en la casa y encontrado a la madre de Isabella agonizando, pero no había visto a su hermano. Esto significaba que el Moon Rogue debía haberse llevado a su hermano antes de que yo llegara, un detalle que los miembros del consejo nunca habían revelado.

"Si el Moon Rogue lo tomó para usar su sangre y desbloquear el artefacto, y aún no lo ha logrado, eso significa que mi hermano podría seguir con vida," concluyó Isabella, con un destello de esperanza en sus ojos, a pesar de las sombra del pasado.

CAPÍTULO TRECE - Isabella

Estoy en un sueño.

Pero no se siente como un simple sueño. Es un recuerdo, un anhelo, un deseo desesperado que araña mi subconsciente.

Estoy de pie en la oscuridad, mi respiración agitada en jadeos cortantes. Y de repente, lo veo—Greg.

Su rostro familiar brilla bajo un atardecer dorado, sus rizos rojos son un caos desordenado, justo como lo recuerdo. Se está riendo, sus manos pegajosas por el helado de vainilla que siempre amaba. Mi corazón se aprieta al verlo.

Quiero correr hacia él, abrazarlo, pero no puedo moverme.

El mundo cambia.

Una sombra se cierne sobre nosotros—el Moon Rogue.

La risa de Greg se apaga, su expresión radiante se retuerce en terror cuando la bestia lo agarra, arrancándolo de mi lado.

"¡No!" grito, mis brazos extendidos, pero mis pies se sienten atrapados en arenas movedizas. La oscuridad lo devora, arrastrándolo lejos de mí.

Lo último que escucho es su grito llamándome.

Y luego—silencio.

Me despierto ahogándome en aire.

Mi cuerpo se incorpora de golpe, mi respiración entrecortada. Mi piel está húmeda de sudor, mi pulso late como un tambor de guerra. Me aferro al pecho, jadeando mientras mi sueño se disuelve en la realidad.

No fue real. No fue real.

Pero el dolor en mi pecho dice lo contrario.

Deslizo mis piernas fuera de la cama, necesitando conectarme con la realidad. Frío.

Necesito algo frío.

Las baldosas del baño queman mis pies desnudos mientras me tambaleo hacia la ducha. Giro la perilla, y una ráfaga de agua helada golpea mi piel, sacudiéndome de vuelta al presente.

Greg sigue ahí afuera. Vivo.

Y no voy a perderlo otra vez.

El agua calma el fuego dentro de mí—el pánico, la rabia, la desesperación.

Pero otro tipo de fuego aún arde, bajo y persistente en mi vientre.

Dominic.

El recuerdo de sus manos ásperas sobre mí, sus dientes rascando mi piel, la forma en que me llenó por completo la última vez que estuvimos juntos… todo regresa de golpe.

Exhalo con fuerza, apoyando mi frente contra los fríos azulejos.

Es una locura. ¿Cómo pude excitarme viendo cómo devoraba carne de venado cruda? ¿Cómo algo tan primitivo, tan salvaje, pudo despertar este hambre dentro de mí?

Un escalofrío me recorre, pero no es por el frío.

Como si lo hubiera invocado con mis pensamientos, la puerta del baño cruje al abrirse.

Me quedo inmóvil.

Una presencia llena el espacio. Dominic.

Me giro lentamente, la toalla pegándose a mi piel mojada. Está ahí, enmarcado por la tenue luz, su amplio pecho subiendo y bajando mientras me observa.

Su mirada oscura y ardiente me consume.

"Estabas gritando en sueños." Su voz es grave, áspera con preocupación.

Trago saliva, mi pulso desbocado. "Solo fue un sueño."

Da un paso más cerca. “No fue solo un sueño.” Sus dedos rozan mi hombro húmedo, enviando un rayo de necesidad directamente entre mis muslos.

Su mandíbula se tensa, sus ojos recorren lentamente mi cuerpo medio desnudo antes de volver a fijarse en los míos. El aire entre nosotros se espesa.

"Isabella," murmura, su voz como una orden.

Conozco ese tono.

La voz de Dominic es baja, dominante, cargada de hambre.

"Estás temblando," susurra, sus dedos deslizándose sobre mi piel mojada. "¿Fue el sueño lo que te hizo esto?"

Sacudo la cabeza. "No."

Su mirada oscura me recorre de nuevo, y sus labios se curvan en una sonrisa llena de conocimiento.

"¿No?" Da un paso adelante, su pecho desnudo presionándose contra el mío, su calor haciéndome estremecer. "Entonces, ¿por qué tienes los muslos tan apretados?"

Contengo el aliento, mi cuerpo ya traicionándome.

Él lo sabe. Siempre lo sabe.

El vapor de la ducha aún flota a nuestro alrededor, espesando el aire, haciéndolo imposible de respirar sin inhalar su aroma.

"Estaba pensando en ti," admito, mi voz apenas un susurro.

Dominic gruñe suavemente, sus dedos inclinando mi barbilla hacia arriba para obligarme a mirarlo. Profundo, hambriento, posesivo.

"¿Pensabas en mí?" Su aliento roza mis labios. "¿O pensabas en cómo te hice gritar mi nombre la última vez?"

Un escalofrío me recorre la espalda.

"Yo—"

Antes de que pueda responder, él arranca mi toalla, dejándome completamente desnuda.

Jadeo, sintiendo el calor arder en mi vientre bajo mientras sus ojos me devoran con intensidad.

"Estás empapada por mí, Isabella," gruñe. "Y ni siquiera te he tocado todavía."

Y entonces lo hace.

Sus manos se aferran a mis muslos, separándolos con fuerza mientras cae de rodillas ante mí.

Apenas tengo tiempo de procesar la pura intensidad de su hambre antes de que su boca se pose sobre mí—ardiente, exigente, devoradora.

Un gemido ahogado escapa de mis labios cuando su lengua circula sobre mi punto más sensible, provocando, torturando.

"Joder, Dominic—"

Gime contra mí, las vibraciones enviando oleadas de placer por todo mi cuerpo.

"¿Te gusta eso?" murmura, su voz vibrando contra mi piel.

Me aferro a la pared de azulejos, mis rodillas cediendo mientras él lame, succiona y me vuelve loca con cada movimiento pecaminoso de su lengua.

Dominic aprieta más fuerte mis muslos, sujetándome en su lugar.

"No huyas de esto," ordena. "Quiero sentir cómo te deshaces para mí."

Y lo hago.

Mi cuerpo se sacude, el placer estallando en mí como una tormenta violenta. Mis gritos resuenan en el baño lleno de vapor mientras me aferro a su cabello mojado y enredado, completamente perdida en él.

Pero Dominic no ha terminado.

Ni siquiera está cerca de hacerlo.

Antes de que pueda recuperar el aliento, se pone de pie, imponente sobre mí, su mirada oscura y perversa.

"No has terminado aún, nena," gruñe. "Ahora es tu turno."

Mi pulso se dispara cuando agarra mi muñeca y la guía hacia la dura y palpitante evidencia de su deseo.

"De rodillas," ordena.

Obedezco.

Me arrodillo ante él, mis ojos fijos en los suyos, viendo cómo su pecho sube y baja con pesada anticipación.

Sus dedos se enredan en mi cabello húmedo mientras me guía, lenta y tentadoramente.

"Mírame, Isabella," susurra con voz ronca.

Lo hago.

Y cuando lo tomo en mi boca, su cabeza cae hacia atrás, un profundo gemido escapando de sus labios.

"Joder, así, justo así," respira. "Eres una buena chica."

Hundo mis mejillas, observándolo desmoronarse, adorando la forma en que sus músculos se tensan, la manera en que sus manos se aferran a mi cabello.

Cuando maldice mi nombre, sé que está cerca.

Pero antes de que pueda terminar, me levanta bruscamente, girándome con fuerza.

"Te quiero jodidamente ahora," gruñe, levantándome sin esfuerzo del suelo.

Jadeo cuando me presiona contra la pared, sus fuertes brazos sosteniéndome en su lugar.

"Dime que quieres que te folle," exige, su voz áspera, casi desesperada.

"Quiero que me folles," jadeo, aferrándome a él.

Sus dedos se clavan en mis muslos, levantándome más alto.

"Dilo otra vez."

"Quiero que me folles, Dominic."

"Bien," murmura con voz ronca.

Y entonces me toma—profundo, duro, implacable.

Grito, mis uñas arañando su espalda, mi cuerpo aferrándose al suyo mientras me embiste con una fuerza cruda y primitiva.

Su frente se apoya contra la mía, nuestras miradas bloqueadas, atrapadas en un

vórtice de deseo salvaje.

"Eres mía, para siempre," gruñe contra mis labios.

"Tuya, para siempre," jadeo. "Siempre."

Nuestros cuerpos se mueven en perfecta sincronía, el calor entre nosotros insoportable.

La tensión se enrosca cada vez más hasta que estalla de una sola vez.

Su agarre se tensa, su voz rasposa cuando gruñe: "Quiero sentir cómo te corres para mí, nena. Mírame cuando lo hagas."

Y lo hago.

En el momento en que ve mi cuerpo desmoronarse a su alrededor, su control se rompe.

Con una última y desesperada embestida, se deja ir, su cálida esencia llenándome por completo.

Venimos juntos, nuestras miradas sin romperse, perdidos en un torbellino de puro e inquebrantable deseo.

Cuando todo termina, no me suelta.

Me sostiene, sus labios rozando mi oído.

"Me alegra tenerte en mi vida," susurra una última vez. "Y nunca te dejaré ir."

Me quedé allí por un momento, recuperando el aliento, mi cuerpo aún temblando por los resquicios del placer. Los brazos de Dominic me rodearon, su aliento cálido contra mi cuello. Su abrazo era posesivo, firme—como si me necesitara tanto como yo lo necesitaba a él.

Giré ligeramente la cabeza, encontrándome con su mirada, aún oscura por el deseo. Sus dedos apartaron un mechón húmedo de mi rostro, su toque sorprendentemente tierno después de la intensidad de lo que acabábamos de compartir.

Sonrió con arrogancia, sus labios rozando mi oído. "Te ves increíble así—completamente destruida por mí."

Solté una risa suave, aún sin aliento. "Maldito engreído."

"Solo cuando se trata de ti." Su mano se deslizó sobre mi cadera, sus dedos trazando círculos perezosos sobre mi piel desnuda.

Ese momento de intimidad silenciosa entre nosotros era embriagador. Crudo. Real.

Pero entonces, la realidad golpeó.

Tragué con dificultad cuando el recuerdo de mi sueño regresó. Mi corazón se encogió. Greg.

Dominic debió haber notado mi cambio de humor, porque su sonrisa se desvaneció. "¿Qué pasa?"

Vacilé, fijando la vista en el techo por un momento antes de soltar un suspiro. "Tuve un sueño... sobre mi hermano."

Su expresión se volvió seria mientras se apoyaba sobre su codo. "Cuéntamelo."

Me giré para enfrentarlo, mis dedos recorriendo distraídamente los definidos surcos de su pecho. "Al principio, era algo hermoso—nosotros creciendo juntos, yo protegiéndolo. Pero luego..." Mi voz vaciló. "El Moon Rogue lo tomó de nuevo. Intenté salvarlo, pero era como si el sueño no me lo permitiera."

La mandíbula de Dominic se tensó. "Solo fue un sueño, Isabella."

Negué con la cabeza. "No. Se sintió como algo más que eso. Como una advertencia." Lo miré a los ojos, mi voz firme. "No puedo perder esta oportunidad de salvarlo, Dominic."

Su mano se deslizó hasta mi rostro, su pulgar acariciando mi mejilla. "Entonces lo salvaremos. Juntos."

La certeza en su voz me llenó de una oleada de tranquilidad. Asentí, presionando un beso suave pero prolongado en sus labios antes de deslizarme fuera de la cama con cierta renuencia.

Dominic se estiró, observándome mientras me ponía ropa limpia. "Deberíamos

bajar," dijo. "La hija de Adrian está aquí."

Me congelé a medio movimiento, frunciendo el ceño. "¿La hija de Adrian?"

"Sí, Isabella. El hombre tiene hijos, ¿sabes?" Sus labios se curvaron con diversión mientras se ponía la camisa.

Bufé, ajustando mi ropa. "No lo dije así. Solo que... nunca lo había mencionado antes."

"Bueno, pues ahora está aquí," dijo. "Y al parecer, es una experta en símbolos y lenguajes. Adrian cree que puede ayudar con los objetos mágicos."

Eso despertó mi interés. Me até las botas rápidamente, mi mente zumbando de curiosidad. "¿Entonces qué estamos esperando?"

Dominic soltó una risa baja, sacudiendo la cabeza mientras me seguía fuera de la habitación.

Cuando entramos en la acogedora y tenuemente iluminada sala de estar, lo primero que noté fue a la mujer sentada cómodamente en el sofá.

Su cabello era una llamativa mezcla de mechones rojos y negros, cayendo en ondas salvajes sobre sus hombros. Vestía una chaqueta de cuero desgastada con un emblema en la manga, irradiando una actitud despreocupada y segura de sí misma.

Sus ojos azul eléctrico se posaron en mí, llenos de picardía.

"Vaya, vaya," dijo, con una sonrisa ladeada en los labios. "Así que tú eres Isabella. La famosa Luna de la Manada de La Noche."

Parpadeé, sorprendida por su energía.

"Y tú eres... Betty?"

"La única e inigualable." Se recostó, estirando los brazos perezosamente detrás de su cabeza.

"Adrian nunca mencionó que tenía una hija," admití, aún analizándola.

Betty sonrió con astucia, su mirada afilada. "Sí, suele mantenerme en secreto. Algo sobre que soy 'demasiado' para la vida tranquila de su manada."

Adrian, que había estado de pie en silencio cerca de nosotros, suspiró pesadamente. "Betty, por favor."

Betty resopló. "¿Qué? Es la verdad. En fin," volvió su atención hacia mí, sonriendo, "vivo en Washington, D.C., con una manada allá. Mi mamá es parte de ellos, y déjame decirte—los lobos de ciudad son mucho más divertidos que los lobos de bosque."

Dominic, que había estado observando la interacción, finalmente habló. "Así que eres experta en símbolos antiguos."

La sonrisa de Betty se ensanchó. "Eso, y también soy arqueóloga."

Mis ojos brillaron con interés. "¡Eso es perfecto! Yo enseño historia. La arqueología y la historia van de la mano."

Betty me guiñó un ojo. "Parece que nos llevaremos muy bien, entonces."

Adrian aclaró la garganta. "Betty es la mejor descifrando lenguas antiguas. Por eso la llamé aquí, para que nos ayude con los símbolos de esos objetos mágicos de la bolsa cruzada."

Betty se inclinó hacia adelante, su expresión tornándose más seria. "Muy bien, muéstrenme lo que tienen."

Emocionada, corrí a la habitación contigua y regresé con los objetos mágicos. Los extendí sobre la mesa frente a Betty.

Ella los examinó, sus agudos ojos azules recorriendo cada intrincado grabado.

Después de un momento, dejó escapar un silbido bajo. "Oh, estos son antiguos. Y cuando digo antiguos, me refiero a realmente antiguos. Como de la época de los Juicios de Salem."

Intercambié una mirada con Dominic. "¿Quieres decir que estos símbolos pertenecen a las brujas de esa era?"

Betty asintió. "Durante los juicios, las brujas tenían que ser cautelosas. Desarrollaron lenguajes secretos, símbolos ocultos que solo su propia gente podía entender. ¿Estos?" Señaló los grabados en la varita y el colgante. "Son mensajes

codificados. Probablemente hechizos o instrucciones."

Mi corazón latía con fuerza. "¿Puedes traducirlos?"

Betty sonrió con confianza, tronándose los nudillos. "Dame un poco de tiempo. Pero sí, los descifraré."

Dominic asintió. "Haz lo que necesites. Confiamos en ti."

Betty le señaló con un dedo. "Oof. Tan serio, Alpha. ¿Acaso ustedes hacen algo divertido por aquí alguna vez?"

Sonreí. "A veces bailamos."

Dominic bufó. "Los Alphas no bailan."

Betty sonrió con picardía. "¿Oh? ¿Eso es un desafío?"

Antes de que Dominic pudiera protestar, Betty se lanzó hacia el viejo radio en el estante y giró el dial. Una canción animada y vibrante llenó la cabaña.

"¡Vamos!" rió, girando hacia mí. "¡Tú primero, Isabella!"

"No soy muy buena bailando," admití.

Betty tomó mis manos y me hizo girar. "¡Tonterías! Solo sigue mi ritmo."

Una risa burbujeó dentro de mí mientras tropezaba con los pasos.

Dominic, con los brazos cruzados, se apoyó contra la pared, observando. "Me niego a participar en esta tontería."

Betty le lanzó una mirada desafiante. "Oh, claro que vas a participar."

Antes de que pudiera escapar, lo tomó del brazo y lo arrastró al centro de la habitación.

"Betty—"

Ella levantó las cejas con diversión. "Muéstrame esos movimientos de Alpha."

Adrian negó con la cabeza, riendo. "Siempre consigue lo que quiere."

Y así, bailamos.

Por primera vez en lo que pareció una eternidad, reímos, giramos y olvidamos—solo por un momento—la oscuridad que se cernía sobre nosotros.

CAPÍTULO CATORCE - Dominic

El sol descendía en el cielo cuando Isabella y yo dejamos a Betty trabajando en descubrir qué significaban los símbolos. Isabella escogió un lugar en la veranda, y la observé sentarse allí, perdida en sus pensamientos, mientras los tonos dorados del atardecer iluminaban su rostro con un cálido resplandor.

Incapaz de resistirme, salí al exterior. La brisa vespertina jugueteaba con su cabello. Se veía etérea bajo la luz moribunda, y me encontré maravillado por su belleza.

Sentándome a su lado, le pregunté: "¿En qué piensas, Isabella?"

Ella sonrió, sus ojos reflejando una mezcla de emociones. "Estoy pensando en mi hermano."

"¿Tu hermano?" repetí, curioso.

Asintió y, en la suave penumbra, comenzó a compartir recuerdos de sus sueños, el vínculo que sentía con su hermano y la esperanza de que tal vez aún estuviera vivo. La escuché, cautivado por la sinceridad en sus palabras y las emociones que titilaban en sus ojos. Mientras hablaba, sentí una conexión entre nosotros, una comprensión mutua de la pérdida y el anhelo.

Yo también extraño a los miembros de mi manada. Una oleada de emoción me envolvió. Mi mente vagó hacia los miembros de la manada que tanto extrañaba, sus nombres grabados en la superficie de mis recuerdos. La ausencia de sus aullidos en el crepúsculo dejó un vacío inconfundible, un dolor que solo aquellos que han perdido pueden comprender.

Rostros pasaron ante mis ojos—Tamar, Lucas, el Anciano Thorne—cada uno representando un alma única con la que había compartido noches iluminadas por la luna. Las risas, los desafíos y el inquebrantable vínculo que forjamos resonaban en los rincones de mi mente. La manada era más que simple compañía. Era familia, y el peso de su ausencia se hacía sentir sobre mí.

Cuando me enfrente cara a cara con el Moon Rogue, me aseguraré de matarlo por

haber masacrado a mi manada.

A medida que la noche se asentaba, permanecimos en la veranda, rodeados por los sonidos apacibles del bosque. La luna ascendió, proyectando un resplandor plateado sobre el paisaje. Isabella se apoyó en mi hombro, y yo envolví mi brazo alrededor de ella, escuchando su respiración.

"¿Te gustaría ver algo?" rompí el silencio.

Isabella levantó la cabeza de mi hombro y me miró. "¿Qué? ¿Hay algo que no me has mostrado?"

Solté una risa suave. "De hecho, uno de mis lugares especiales."

"¿Un lugar especial?"

Incorporándome con gracia, extendí una mano hacia ella. "Ven conmigo."

Isabella tomó mi mano, y la levanté en mis brazos, llevándola en estilo nupcial. Mientras la sostenía, nuestras miradas se encontraron. En la profundidad de sus ojos, vi reflejada la curiosidad y la confianza. Isabella estaba dispuesta a abrazar lo inesperado, y también confiaba en que estaba segura conmigo. Un vínculo creciente vibraba entre nosotros, como si fuera el primer capítulo de un cuento de amor aún no escrito. Sus ojos pronto se convirtieron en un espejo que reflejaba la magia del viaje que estábamos a punto de emprender juntos.

Con una sonrisa en los labios, nos adentramos en el bosque, la brisa fresca y el casi inaudible crujir rítmico de las hojas bajo mis pies creando una sinfonía a nuestro alrededor. Mis sentidos agudizados captaban el susurro de las hojas, el lejano ulular de un búho y el suave murmullo del bosque.

Diez minutos después, bajé a Isabella con cuidado en la cima de la montaña. "Aquí estamos."

Sus ojos se abrieron ante la impresionante escena que tenía delante, y dejó escapar un sincero "wow". La ciudad se extendía bajo nosotros como un mosaico resplandeciente, sus innumerables luces formando una hermosa danza de vida urbana.

"Es una vista increíble, ¿no?" Sonreí.

Las luces distantes de la ciudad parecían una cascada de estrellas, y la tranquilidad nos envolvía. Siempre me ha encantado este lugar. Como alfa, nadie venía aquí conmigo. Era mi sitio personal y mis lobos me respetaban lo suficiente como para no venir aquí a escondidas.

Pero Isabella no era solo una loba para mí. Ella era lo mejor que me había pasado. Mi Luna, mi mundo. Sabía que necesitaba traerla aquí conmigo porque ella era especial. Aún observando su reacción, vi que sus ojos brillaban con asombro, y en el aire flotaba una sensación de admiración. Encontramos un lugar cómodo para sentarnos, inmersos en la belleza del momento. Las estrellas sobre nosotros parecían susurrar secretos, y la brisa suave transportaba una sensación de eternidad.

"Cuéntame más sobre tus padres. ¿Cómo eran?"

"Mis padres lo eran todo para mí. Mi padre, Richard, fue el antiguo alfa de la Manada Luz de La Luna. A diferencia de la tradición de los alfas de casarse con humanas de linaje de hechiceros, mi padre se enamoró de una loba dentro de la manada—mi madre, Abigail. Su historia de amor no fue aceptada, y le costó su posición como alfa."

Pude ver la sorpresa en el rostro de Isabella. "¿Así que tu padre eligió el amor en lugar de ser alfa?"

"Sí, exactamente. A pesar de la desaprobación de la manada y su destitución como alfa, mi padre decidió quedarse con mi madre."

Ella sonrió. "Eso suena como una hermosa historia de amor, pero debió haber sido difícil para tu familia."

"Realmente lo fue. Pero aun así, me enseñaron la importancia de seguir el corazón, incluso si eso significa ir en contra de las normas. Durante un tiempo, la Manada Luz de La Luna no tuvo un alfa. Esperaron a que creciera antes de nombrarme como el nuevo alfa."

Isabella guardó silencio por un momento, y luego dijo: "Sabes, me hizo pensar. Si

yo no estuviera en la ecuación, ¿te habrías casado con una loba, siguiendo la tradición de la manada?"

"Isabella, quiero ser honesto contigo. Elegí casarme contigo porque se alineaba con la tradición de nuestra manada. Quería evitar el ostracismo que sufrió mi padre y seguir siendo el alfa."

"Entonces, si hubieras tenido elección, ¿no te habrías casado conmigo?"

Tomé las manos de Isabella entre las mías y acaricié el dorso de ellas con mis pulgares. Mi mirada no se apartó de su rostro mientras decía: "No es tan simple, Isabella. La vida no siempre nos da opciones claras. Puede que no haya elegido este camino, pero la vida nos trae giros inesperados. Es un guion sin escribir, y nos encontramos haciendo cosas que nunca anticipamos."

Una suave sonrisa se extendió por sus labios, y sollozó ligeramente. "Tienes una manera con las palabras, Dominic, pero no te equivocas. Yo tampoco quería casarme contigo, pero aquí estamos. No podría imaginarlo de otra manera, y eso es casi aterrador."

Le apreté las manos. "Estoy agradecido por el camino inesperado—no, espera, esperado—que me llevó hasta ti."

"Tal vez la vida sea un poco como esta cima de la montaña: llena de giros y vueltas, pero ofreciendo vistas impresionantes en el camino."

Bajo el lienzo del cielo crepuscular, con las luces de la ciudad brillando abajo, me incliné para besar a Isabella. "Sí, eso es exactamente lo que es la vida. Pero hay algo más que debo decirte."

El miedo apareció en su rostro, y no levantó la cabeza para mirarme. Pero simplemente solté una risa suave y tomé su nuca con ternura, mis dedos acariciando la piel de su cuello. "Isabella, desde el momento en que te conocí, mi mundo cambió. Trajiste luz a las sombras, y en tu presencia, encontré una serenidad que nunca supe que existía." Mientras hablaba, tomé su mano, entrelazando nuestros dedos como una

promesa escrita en las estrellas. "Esta cima de la montaña guarda más que vistas impresionantes. Acoge una verdad no dicha que mi corazón descubrió, una verdad que ya no puedo callar."

La mirada de Isabella se encontró con la mía, anticipación y un toque de incertidumbre en sus ojos. Continué, "Nunca esperé sentirme así, encontrar una conexión que trascendiera los límites del deber y la tradición. Pero aquí, bajo la inmensidad del cielo nocturno, ya no puedo negar lo que mi corazón ha estado tratando de decir."

La ciudad debajo titilaba como un mar de estrellas, reflejando el lienzo celestial sobre nosotros. Este es el momento. "Isabella, te amo. No por deber, sino por la conexión inexplicable e innegable que nos une. Eres la melodía en el silencio, el calor en el frío. Y mientras estamos aquí, en la cima de esta montaña, me doy cuenta de que quiero pasar el resto de mi vida contigo."

Las lágrimas llenaron sus ojos. "Dominic," susurró, su voz resonando en la quietud de la noche.

Con un gesto suave de mi mano, aparté un mechón de su cabello detrás de su oreja, inclinándome como si nuestras almas estuvieran inmersas en una conversación silenciosa. "Isabella, no quiero que nuestra historia esté definida por el deber o la obligación. Quiero que esté escrita en el lenguaje de nuestros corazones, una historia donde el amor sea la estrella que nos guíe. Quiero saber si tú también deseas esto. Quiero saber si me amas tanto como yo te amo a ti."

Sus lágrimas caían rápido ahora. En ese momento cargado de emociones, envolvió sus brazos alrededor de mí, buscando consuelo en la calidez de nuestro abrazo. La quietud se profundizó, reflejando las emociones no expresadas que revoloteaban entre nosotros. Por un instante, pensé que no diría lo que tanto deseaba escuchar.

Rompiendo el silencio, Isabella dijo en voz baja: "Dominic, sí. Yo también te amo. Amo la forma en que tus ojos se iluminan cuando hablas con pasión de algo. Amo la

dulzura en tu toque y la fortaleza en tu abrazo. Dominic, me haces sentir vista y valorada de una manera que nunca había experimentado antes. Quiero pasar el resto de mi vida contigo, y quiero que sepas que estaré a tu lado hasta el final. No me importa qué desafío tengamos que enfrentar. No me importa lo que tenga que luchar. Pero estaré aquí contigo, en la salud y en la muerte."

CAPÍTULO QUINCE - Isabella

—Dominic —dije después de que nos reímos y hablamos sobre Adrian y su vivaz hija, Betty. "¿Qué te parece si esta noche nos sumergimos en el mundo humano y nos divertimos un poco?"

El interés de Dominic se encendió. Levantó una ceja. "¿Cuál es el plan?"

Sonreí con picardía. "Hay un carnaval fantástico del que mis alumnos están obsesionados. No está muy lejos de aquí, y créeme, se vuelven locos por él. ¿Qué te parece si lo comprobamos?"

Su emoción reflejaba la mía. "¿Un carnaval? ¡Cuenta conmigo!"

Dominic me guió fuera del bosque y tomamos un taxi que nos llevó a un popular banco humano llamado "Stellar Reserves".

"Espera aquí," dijo antes de entrar.

Me asombré. "¿Cómo es que ustedes tienen su propio banco?"

"Hay humanos que saben sobre nosotros. No es nada mágico."

Pronto nos dirigimos al carnaval. A medida que nos acercábamos, la alegre melodía de la música, los vibrantes colores de las luces de neón y el aroma tentador del algodón de azúcar y las palomitas de maíz nos envolvieron. La atmósfera vibraba de emoción, y las risas de familias y amigos se mezclaban con las animadas melodías.

La energía vibrante del carnaval se desplegaba ante nosotros, revelando una exhibición de emocionantes atracciones, juegos tentadores y delicias irresistibles. El carrusel, iluminado con luces festivas, giraba con gracia, mientras la risa de sus pasajeros se sumaba al espíritu festivo. La rueda de la fortuna se alzaba imponente, ofreciendo una vista impresionante de las luces de la ciudad. Los puestos exhibían un festín gastronómico, desde chisporroteantes mazorcas de maíz hasta dulces y esponjosos buñuelos de feria, tentándonos a darnos un gusto.

Nos paseamos por el carnaval, explorando cada rincón encantador. El aire estaba lleno de los gritos de emoción de los buscadores de adrenalina y los vítores jubilosos de

aquellos que conquistaban los juegos de destreza.

"¿Quieres probar la rueda de la fortuna?" grité, intentando hablar por encima del bullicio del carnaval.

"Seguro. ¿Pero no te dan miedo las alturas?"

Me reí. "Dominic, acabo de besarte en la cima de una montaña. ¿Por qué crees que me asustaría una rueda de la fortuna?"

"Entonces, ¿por qué están gritando?" Señaló a los pasajeros que estaban en la rueda, gritando con todas sus fuerzas.

"Es solo por la emoción. Vamos."

A medida que nos acercábamos a la imponente rueda de la fortuna, su presencia iluminada destacaba contra el cielo nocturno, proyectando un resplandor radiante. Nos unimos a la fila de ansiosos pasajeros. Justo cuando estábamos por subir, mis ojos captaron algo: carteles con mi rostro, marcados con el titular **"DESAPARECIDA"**.

"OMG," susurré.

No pensé en el hecho de que era una persona desaparecida.

Dominic arrancó rápidamente un cartel de la pared y me lo mostró. "Te han estado buscando."

Cierto, no tenía ningún pariente de sangre, pero mi falta de habilidades sociales hizo que olvidara por completo que había otras personas que se preocupaban por mí y que no necesitaban ser familia para ir a la policía. Me sentí mal.

"¿Quién es la señora Woods?" preguntó.

"¿Eh?"

"Aquí dice que si te encuentran, contacten a la señora Woods o a la policía."

"La señora Woods es la directora del orfanato donde crecí. Ha sido como una segunda madre para mí, siempre pendiente de mí incluso después de que dejé el orfanato."

"Alguien podría reconocerte."

Y justo cuando dijo esto, miré hacia adelante y vi a un grupo de adolescentes a punto de subir a la rueda de la fortuna... ¡Mis alumnos!

"¡Oh no! ¡Son mis alumnos!"

Dominic desapareció en un instante y regresó un segundo después con una gorra y unas gafas de sol. Fue como si un momento estuviera frente a mí y al siguiente hubiera desaparecido... y de repente, estaba de vuelta otra vez.

"¿Cómo conseguiste esto tan rápido?" pregunté, parpadeando sorprendida.

Se rió entre dientes. "Velocidad de lobo, Isabella. Es bastante útil."

Le agradecí mientras me ponía la gorra y las gafas de sol, agradecida por el disfraz. Juntos, subimos a una góndola, con el carnaval extendiéndose debajo de nosotros mientras comenzábamos a ascender.

¿Qué clase de persona era yo? Dejando que todos se preocuparan mientras iba tan lejos como para disfrazarme solo para esconderme.

La suave subida me llenó de una sensación de euforia, y la emoción contagiosa de Dominic solo intensificó la experiencia. Los sonidos del carnaval se mezclaban en una sinfonía distante, desvaneciéndose en el fondo mientras ascendíamos, rodeados por el resplandor de bombillas de colores y la impresionante vista de la ciudad a nuestros pies.

Dominic se inclinó hacia mí, sus ojos reflejando la luz de la rueda de la fortuna. "¡Isabella, esto es increíble!" exclamó, su habitual intensidad reemplazada por un radiante entusiasmo. "No me he sentido tan vivo como humano en mucho tiempo."

Su alegría se volvió contagiosa, y me reí con él. La oscuridad que a menudo se reflejaba en la mirada de Dominic parecía momentáneamente eclipsada por las luces brillantes que nos rodeaban. Era como si el propio sol hubiera encontrado temporalmente su lugar en sus ojos.

Después de la rueda de la fortuna, nos aventuramos en un salón de juegos lleno de luces vibrantes y premios tentadores. En la sala de juegos, Dominic y yo abrazamos a nuestros niños interiores. Luchamos ferozmente en el hockey de aire, y celebré mi

victoria con una burla juguetona.

"Demasiado fácil," lo provoqué.

Probamos una pista de baile, nuestras carcajadas resonaban con cada paso mal dado. Dominic intentó jugar al Skee-Ball, su espíritu competitivo brillando en cada intento. "La próxima vez te ganaré," prometió después de perder contra mí. La sala de juegos se convirtió en nuestro refugio de diversión, cada juego era un capítulo de risas y complicidad, solidificando el amor entre nosotros.

Después de la sala de juegos, nos topamos con una cabina de fotos, llena de accesorios y disfraces. Sonriendo, Dominic sugirió: "Tomémonos fotos graciosas."

Dentro de la cabina de fotos, tomamos turnos probándonos una variedad de accesorios extravagantes—gafas gigantes, boas de plumas y enormes sombreros. La cabina se transformó en nuestro rincón de diversión, un escape temporal del mundo de los cambiaformas y del cruel Moon Rogue. Quería quedarme allí con él para siempre, y hasta Dominic no podía negar lo divertido que era este lugar.

Al salir, con las fotos en la mano, los ojos de Dominic se arrugaron con alegría. "No recuerdo la última vez que me divertí tanto," confesó. "Ser un lobo tiene sus ventajas, pero momentos como estos... son raros."

Me reí, apreciando la versión más pura y abierta de Dominic ante mí. "Bueno, tendremos que hacer que estos momentos sean menos raros. ¿Quién dice que un lobo no puede disfrutar del carnaval como el resto de nosotros?"

Dominic sonrió, sus rasgos suavizándose. "Tal vez tengas razón, Isabella. Tal vez sea hora de vivir más aventuras como humano."

Nuestra noche continuó con más travesuras—probamos más delicias del carnaval, pusimos a prueba nuestra suerte en distintos juegos y saboreamos la risa que me hacía sujetarme las costillas con lágrimas de alegría en los ojos. Fue una noche en la que la magia del carnaval trascendió lo ordinario, tejiendo su hechizo en el viaje que compartíamos.

Y entonces lo vi—no, para ser más exacta, lo sentí. Me giré rápidamente para mirar detrás de mí.

Un cambio inquietante invadió el aire, una presencia siniestra que cortó la atmósfera. Mis sentidos se agudizaron, y un escalofrío oscuro recorrió mi espalda, como tentáculos de malevolencia envolviéndome. Escaneé la multitud y, allí, en medio del mar de gente, vi una figura encapuchada. Su aura ominosa eclipsaba los colores del carnaval, proyectando una sombra que me hizo estremecer.

¡Oh, Dios! ¡Es él!

La capucha del hombre ocultaba su rostro, pero su silueta amenazante desencadenó un recuerdo. Era él—el Moon Rogue. Veintisiete años se desvanecieron en un instante al ver la misma figura que presencié aquella noche espantosa cuando mis padres encontraron su trágico final. Su presencia oscura emanaba frialdad, una fuerza maliciosa que hizo que los vellos de mi nuca se erizaran. Aunque no podía ver su rostro, sentía su vileza, percibía la mirada depredadora de sus ojos, una maldad latente que acechaba cada uno de mis pasos.

El miedo me envolvió al darme cuenta de que me estaba observando, esos ojos invisibles perforando mi alma. Su ropa, un manto de sombras, lo hacía fundirse con la noche, y aun así, su presencia lo destacaba, un espectro demoníaco en medio de la belleza. Casi podía sentir su intención, el eco de aquella fatídica noche regresando con una inquietante familiaridad.

Aterrada, empujé levemente a Dominic, mi voz apenas un susurro, "Está aquí."

Dominic preguntó con urgencia: "¿Dónde?"

Parecía sorprendido. Me pregunté por qué él no había sentido la presencia del Moon Rogue también. Era un lobo. Debería haberlo detectado.

Tragué saliva con dificultad, me giré y señalé hacia donde el Moon Rogue estaba, ¡pero había desaparecido! ¿Qué?

"Te juro que estaba justo ahí," le dije a Dominic, buscando frenéticamente entre la

multitud. Espero que no piense que estoy loca.

Dominic colocó una mano sobre mi hombro. "Te creo. Este lugar está plagado de lobos rogue. Tenemos que irnos. ¡Ahora!"

Al salir del carnaval, los ojos de Dominic escudriñaban los alrededores, manteniendo a raya a los lobos rogue, como si los desafiara a atacarnos. Pero decidieron observar en lugar de enfrentarnos, una elección extraña que me dejó con más preguntas que respuestas.

"¿Por qué no atacan? ¿Te temen, o solo están curiosos?"

Antes de llamar un taxi, Dominic respondió, "Los lobos rogue tienden a temer a los alfas fuertes, o tal vez solo estén siguiendo las órdenes del Moon Rogue de no atacarnos."

"¿Por qué el Moon Rogue no querría atacarnos?"

"No me importa. Al menos estamos saliendo del carnaval ilesos. Ahora, vamos al Bosque Sombrío para estar a salvo."

Detuvo un taxi y ambos viajamos hasta la entrada del bosque. Luego de pagarle al conductor, nos adentramos en el bosque, buscando refugio en un lugar donde los lobos rogue no pudieran rastrearnos fácilmente.

Una vez instalados en el Bosque Sombrío, decidí preguntarle a Dominic: "Dominic, ¿por qué no pudiste sentir al Moon Rogue? ¿No deberías, como lobo, detectar una presencia tan poderosa?"

"El Moon Rogue es único. Dominó el arte de la magia mientras aún era un lobo, algo que ningún otro cambiaformas en la historia ha logrado. Por eso es casi invencible. En cuanto a que tú pudieras sentirlo, probablemente se deba a tu linaje. Tienes una conexión con el mundo mágico."

El miedo se instaló en mí, y lo presioné más. "Entonces, ¿eso significa que el Moon Rogue quería que lo viera?"

Dominic asintió. "Sí, el Moon Rogue es selectivo sobre a quién se muestra. No

aparece ante cualquiera. Es una elección deliberada de su parte. Así que tu encuentro con él no fue una simple coincidencia."

Las palabras de Dominic sobre la aparición del Moon Rogue no siendo una coincidencia me aterrorizaron. Era como un déjà vu de la pesadilla de la muerte de mis padres. El Moon Rogue era como una película de terror de la que no podía escapar.

No podía deshacerme de esa sensación espeluznante. ¿Por qué elegía ahora para jugar al escondite? ¿Intentaba asustarme hasta que me rindiera? ¿Estaba tratando de decirme: "No puedes vencerme, Isabella"?

Pues, sorpresa, señor Moon Rogue, no voy a retroceder. No estoy aquí para tus juegos macabros. Estoy aquí para salvar a mi hermano y devolverte a las sombras de donde viniste.

El miedo estaba ahí, claro, pero no era mi dueño. Voy a convertir este enfrentamiento en un baile de victoria, y el Moon Rogue ni siquiera sabrá qué lo golpeó.

"Pero estamos a salvo aquí, Isabella," decía Dominic. "Pasemos un par de horas en el Bosque Sombrío. Después de eso, volveremos a la casa de Adrian."

Me envolvió en su brazo en un gesto reconfortante que calmó mi miedo, y descansé mi cabeza sobre su hombro, encontrando consuelo en el hombre que realmente me ama.

CAPÍTULO DIECISÉIS - Dominic

Regresamos tambaleándonos a la casa de Adrian alrededor de las 3:00 AM, con mi mente aún atrapada en la repentina aparición del Moon Rogue en el carnaval. No podía sacudirme la sensación de que estaba tramando algo. Está planeando algo. Algo muy malvado.

Cuando llegamos al umbral de la puerta, Betty la abrió de golpe, sus ojos brillando de emoción. "¡Lo resolví! ¡Lo resolví!" exclamó, y Isabella y yo intercambiamos una mirada, sabiendo que Betty debía haber descifrado el código de esos objetos mágicos.

Dentro, Betty extendió los objetos místicos como si fuera una maga revelando secretos, y Adrian sonrió como si hubiera ganado la lotería. "Lo resolvió. Les dije que mi hija es muy inteligente," repitió.

"¿Qué encontraste, Betty?" preguntó Isabella, agachándose frente a la mesa y observando los objetos.

"Bien, prepárense, amigos," comenzó, señalando cada objeto. "Estas bellezas tienen símbolos, y me desconcertó cuando la varita aquí decidió ser la única diferente. No tiene ningún símbolo. Pero aquí está el giro: los símbolos en los otros objetos son la clave para desbloquear el lenguaje invisible en la varita."

Se sumergió en la historia de los símbolos, un relato que conectaba los puntos entre códigos antiguos y jeroglíficos mágicos.

"Pensé que estaba persiguiendo fantasmas hasta que me di cuenta de que estos símbolos son un rompecabezas. Miren aquí," dijo, levantando una piedra con símbolos grabados. "Cada uno de estos símbolos corresponde a una letra o un número. Es como un código secreto de los cambiaformas."

Betty tomó el frasco y lo abrió. "Descubrí que los símbolos en la tapa del frasco se parecen a los grabados en la llave. Es un poco complicado. No se ven iguales, pero si miras con atención, notarás que sí lo son."

Cuando colocó el símbolo de la tapa del frasco—una extraña ‘S’ atrapada en una vid

retorcida—junto al de la llave, el líquido brillante en el frasco reveló nuevos símbolos: una luna creciente y una serie de círculos entrelazados.

Dirigiendo su atención al antiguo libro encuadernado en cuero, Betty continuó: "Ah, estos textos en la página cinco corresponden con los símbolos en el líquido. Es como si estuvieran contando una historia," observó, sus dedos siguiendo los textos. "Aquí, se me indica que acaricie los textos y recite los símbolos en la parte trasera del libro al mismo tiempo."

Así lo hizo, y la arena en el reloj de arena de bolsillo comenzó a arremolinarse. Captó la atención de todos, sus arenas plateadas formando una secuencia mientras Betty comenzaba a girarlo. Para ser honesto, estaba fascinado.

"La secuencia de la arena... coincide con los grabados en el colgante. ¡Es un dragón! Un gran avance," exclamó Betty.

Mientras los ágiles dedos de Betty trazaban el símbolo en el colgante, añadió: "El resplandor lunar en la boca del dragón coincide con la secuencia en el reloj de arena, que es la pista final. Vamos a alinearlos," sugirió, con los ojos brillando de realización.

Pausando para dar efecto dramático, Betty conectó el símbolo en el colgante con los del reloj de arena. Conteniendo la respiración, observamos cómo Betty dio un paso atrás y dejó que los objetos hicieran su trabajo. Al principio, no ocurrió nada. Luego, la varita comenzó a brillar.

"¡Ta-da!" chilló Betty.

Los símbolos en la varita se encendieron, proyectando un resplandor luminoso que bañó la habitación con una luz surrealista.

Los ojos de Isabella se abrieron de asombro. "No puede ser. ¡Eso es increíble!"

"Pero espera, Betty, ¿qué significan estos símbolos?" pregunté.

Frunció el ceño. "Aún no lo sé. Pero he visto algo parecido antes." Betty examinó los símbolos en la varita. Entonces, sus ojos se iluminaron con emoción.

Tan pronto como hizo esa proclamación, Betty corrió hacia el antiguo libro. Hojeó

rápidamente las páginas, con su dedo siguiendo las líneas conectadas a los símbolos. "Lo tengo," dijo, con los ojos abiertos de sorpresa. "Los símbolos en la varita desbloquean un hechizo que solo una bruja puede desatar."

"¿Por qué no puede hacerlo Elara?" preguntó Isabella. Pude ver cómo su mirada permanecía fija en la varita, como si no quisiera perderla de vista.

"Porque los símbolos dicen que no es cualquier bruja," respondió Betty, chasqueando los dedos y comenzando a sonreír como si hubiera resuelto otro enigma que nosotros no podíamos ver. "Tengo una idea. La madre del Moon Rogue puede ayudarnos."

"¿Uh?" Esa fue Isabella. Esta vez, dejó de mirar la varita.

"¿Betty?" Adrian sonaba como si sospechara que su hija estaba enloqueciendo. "Esa mujer está muerta. Murió hace varios años."

"Les dije que tengo una idea," insistió Betty y pasó a otra página del antiguo libro. "Además, la madre del Moon Rogue creó la varita. Ella tendría las respuestas que necesitamos. ¡Abróchense los cinturones, chicos! ¡Esto va a ser un viaje rápido!"

Toda la atención se fijó en Betty mientras comenzaba a recitar los antiguos símbolos del libro. Justo entonces, la habitación empezó a girar. Era como estar en una atracción caótica de carnaval, como si estuviera de vuelta en la rueda de la fortuna, pero girando a la velocidad de la luz.

Tan repentinamente como comenzó, el giro se detuvo de golpe, dejándome ligeramente mareado. Y cuando logré recuperar el equilibrio, la escena frente a mí casi me dejó inconsciente otra vez.

Me encontré en un lugar familiar: el aquelarre donde Isabella y yo habíamos descubierto la bolsa con la cruz. A diferencia de nuestra visita anterior, el aquelarre no parecía abandonado. Mis sentidos captaban rastros de hechizos recientes, insinuando que el lugar había sido usado recientemente, o quizás aún lo estaba siendo.

Isabella estaba a mi lado, al igual que Adrian, pero ambos llevaban la misma

expresión de desconcierto. La única excepción era Betty, quien no parecía sorprendida, casi como si esperara que estuviéramos allí. Antes de que pudiera preguntarle qué estaba pasando, la puerta del aquelarre se abrió de golpe, revelando a tres mujeres... tres brujas.

Una de ellas llamó inmediatamente mi atención. Era Elara, la Bruja Gris. Estaba conversando con las otras dos mujeres.

Cuando miré a Isabella, vi que sus ojos estaban abiertos de incredulidad. "¿Qué pasó?" pregunté.

"Esa es mi madre," susurró.

Intrigado y aún desconcertado, observé a la madre de Isabella, María, una figura imponente con un vibrante cabello rojo que no pasaba de sus orejas. No la reconocí de inmediato porque cuando nos conocimos hace veintisiete años, estaba al borde de la muerte, su rostro pálido por la pérdida de sangre, y su cabello rojo era más largo.

La mujer estaba discutiendo con Elara y no parecía haber notado nuestra presencia.

"¡Suficiente!" ordenó la tercera mujer, y Elara y María dejaron de hablar casi de inmediato.

La tercera mujer parecía ser la líder, y no necesitaba que nadie me dijera quién era. Si estas eran las Brujas Grises, entonces la tercera mujer era Lena, la madre del Moon Rogue.

Lena caminó hacia el altar del aquelarre y se sentó en él. Tampoco nos veía. Tenía mechones de cabello plateado y un aire de "aquí mando yo".

Me giré hacia Betty. "¿Un símbolo de memoria? Eso fue lo que usaste."

Betty encontró mi mirada con una sonrisa de complicidad. "Usé un símbolo de memoria para traernos aquí, Dominic. Quería que presenciaras este momento: la creación de los objetos mágicos por parte de Lena. Podemos aprender de ella, indirectamente, cómo desbloquear el poder de la varita. Este fue el día en que Lena creó

la varita."

"¿Entonces estamos en un recuerdo?" intervino Adrian. "¿Qué año es este?"

"Shh, papá, está ocurriendo ahora," dijo Betty, llevándose un dedo a los labios.

Las lágrimas de Isabella captaron mi atención antes de que volviera a enfocar mi vista en el trío de brujas. Sabía por qué estaba llorando. Yo habría hecho lo mismo si estuviera en su lugar, transportado a un recuerdo donde mis padres y los miembros de mi manada seguían vivos. Isabella estaba viendo a su madre en un recuerdo, no en la vida real, y eso le estaba partiendo el corazón.

Me acerqué a ella y le limpié suavemente las lágrimas con el pulgar. "Está bien, Isabella, está bien."

Centrando mi atención en la conversación en curso entre las tres brujas, escuché a Lena, que seguía sentada en el altar, decir: "Tengo que hacer esto. El poder de mi hijo está fuera de control y representa una amenaza para todos los lobos. No puedo permitir que nos arrastre a la guerra y al caos."

María negó con la cabeza. "Lena, sabes que este plan conlleva riesgos. Debemos considerar otras alternativas."

Por otro lado, Elara apoyó la decisión de Lena. "Si esta es la única forma de frenar el desenfreno de Arthur, entonces dejémosla proceder. No podemos permitirnos dejarlo desatar el caos sin control."

Pero María no se rendía. "¡Esto es absurdo! Necesitamos otra solución, una que no implique... implique..." Parecía que las palabras eran demasiado pesadas para que las dijera.

Lena soltó una risa irónica. "¿Crees que consideraría alternativas después de haber visto el caos del que es capaz? No hay espacio para otras opciones, María. Y definitivamente no voy a hacer lo que tú hiciste para proteger el artefacto de mi hijo. Esa es una forma maldita de proteger algo, María."

Pero María no parecía arrepentida por lo que había hecho. "Sellar el artefacto con

la sangre de mi esposo y la mía fue la mejor decisión que he tomado. Ha evitado que el Moon Rogue lo encuentre."

Lena, levantándose del altar, colocó una mano en el hombro de María y le dedicó una sonrisa triste. "Espero que esto termine bien para ti. Espero que realmente logres mantenerlo alejado de mi hijo."

Elara le dijo a María: "Te habría preguntado dónde escondiste el artefacto, pero en estos días no sabemos quién es quién, ni quién está escuchando, así que no te lo preguntaré. Pero espero que logres mantener este secreto para siempre. No le digas a nadie dónde está el artefacto. Es mejor que siga siendo un secreto."

"Bien, chicas, es hora de crear el arma," anunció Lena.

Procedió a sacar los objetos mágicos de una bolsa con cruz que había recuperado de un caldero: el frasco, el colgante, el libro antiguo, el reloj de arena y la llave fueron cuidadosamente colocados en el altar. Mientras los organizaba, Lena dijo: "El arma que estamos a punto de crear requiere de una bruja o un hechicero poderoso. Deben haber desbloqueado su verdadero potencial y deben estar dispuestos a hacer cualquier sacrificio, incluso entregar su propia vida, para destruir al Moon Rogue."

Las tres brujas se tomaron de las manos y rodearon los objetos. Comenzaron a cantar.

A medida que sus cánticos resonaban en el aquelarre, Lena comenzó a temblar violentamente y luego se desplomó sobre el altar. El canto continuó implacablemente, y observé cómo Lena exhalaba su último aliento.

Las dos mujeres restantes, impasibles ante el destino de Lena, continuaron su invocación hasta que una varita se materializó sobre el pecho de Lena. En ese momento quedó claro que este era el instante de la creación, y que Lena había pagado el precio máximo por el arma poderosa que algún día mataría a su hijo.

Sentí tristeza al presenciar el sacrificio de Lena por el bien común. Pero también comencé a respetar lo que hizo. Ella entregó su vida para salvar el mundo de los

cambiaformas, y ahora dependía de nosotros asegurarnos de que su sacrificio no fuera en vano.

Observé cómo Elara sacaba un relicario de su bolsillo y declaraba: "El ritual ha terminado."

Mientras enterraban a Lena con los objetos mágicos y la varita dentro de su bolsa con cruz debajo del altar, todo a nuestro alrededor comenzó a desvanecerse.

Betty exclamó: "¡La memoria se está desvaneciendo! Es hora de volver."

Justo cuando la última parte del recuerdo se desvaneció con las tres brujas, María se giró y me miró directamente. Podría jurar que me vio.

CAPÍTULO DIECISIETE - Isabella

Me dejé caer en el sofá tan pronto como regresamos a la sala de estar de Adrian, con el rostro enterrado en mis manos, mientras la avalancha de recuerdos me golpeaba como una tonelada de ladrillos.

Habían pasado veintisiete años desde que vi a mi madre dar su último aliento, y ahora, verla en esa memoria era como reabrir una herida que nunca terminó de cerrar. Las lágrimas corrían sin control, y el peso del pasado caía sobre mí.

Dominic, percibiendo mi dolor, intentó consolarme. Se arrodilló frente a mí, me tocó los brazos y dijo:

—Isabella, estoy aquí contigo. Todo está bien. Tienes que estar bien.

Escuché a Adrian susurrarle algo a su hija, y no necesitaba esforzar mi oído para saber que le estaba informando que había visto a mi madre muerta en la memoria.

—Oh, Dios mío, Isabella, lo siento mucho. No pensé que te afectaría tanto. Ni siquiera consideré la posibilidad de que la vieras.

Tratando de aliviar la tensión, Adrian intervino:

—Oye, prepararé un poco de té. Tal vez eso ayude un poco.

Mientras Adrian se dirigía a la cocina, un gruñido bajo resonó en el fondo. Levanté la cabeza de golpe, más rápido de lo que se podía decir “A”.

—¿Qué es eso? —pregunté, con el corazón preparándose para empezar una maratón.

—Rogue— murmuró Dominic entre dientes, poniéndose de pie.

El inconfundible sonido de los lobos Rogue gruñendo se acercaba, y no era del tipo que se uniría a nuestra hora del té. La tensión aumentó de inmediato, y casi se podía saborear el miedo en el aire. Parecía que íbamos a recibir una visita de los secuaces del Moon Rogue, y las cosas estaban a punto de ponerse salvajes.

—¡Oh, mierda! —maldijo Betty.

—Esto no es bueno —gimió Adrian.

—Isabella, tenemos que irnos ya. ¡Puedo sentir a unos cincuenta de ellos! Recojan los objetos y pónganlos en la bolsa cruzada —exclamó Dominic, desenvainando sus garras y posicionándose en la puerta.

Comencé a recoger los objetos mágicos, metiéndolos a toda prisa en la bolsa cruzada.

—¡El libro! Necesitaré el libro —exclamó Betty.

Le pasé el libro. Comenzó a hojearlo frenéticamente, probablemente para lanzar algún hechizo. Adrian amartilló su escopeta.

—¿Y qué va a hacer la escopeta, papá? —preguntó Betty sin apartar los ojos de las páginas del libro antiguo.

—Bala de plata. Nunca fallo un disparo.

—¿Pero cómo nos encontraron? —le pregunté a Adrian con pánico—. Creí que podías ocultarte de ellos.

—El carnaval —respondió Dominic—. El Moon Rogue debe haberte marcado temporalmente con magia. Por eso quería que lo vieras. Ni siquiera el Bosque de Sombras puede salvar a alguien marcado de ser detectado.

Los lobos Rogue irrumpieron como un tornado golpeando la tierra, destrozando la paz en la sala de estar de Adrian. Dominic se lanzó contra ellos de inmediato. Se movía como si fuera una danza perfectamente coreografiada, esquivando y atacando sin esfuerzo. Betty desató una tormenta de símbolos mágicos al recitarlos del libro antiguo, convirtiendo a los lobos Rogue en cenizas. En un momento, gritó los símbolos incorrectos y un lobo Rogue se abalanzó sobre ella, inmune a su magia.

De repente, un fuerte estruendo resonó en la habitación, y el lobo Rogue cayó al suelo, su cabeza destrozada por una bala de plata.

—¡Muere, imbécil! —fue Adrian.

Adrian apuntó y continuó disparando contra la amenaza que se acercaba, pero no sin casi ser despedazado él mismo. Sin embargo, se levantó, resistente, y siguió

disparando.

En medio de la batalla, encontré refugio detrás de un sofá, con las manos presionadas contra mis oídos para silenciar los gruñidos guturales y los escalofriantes sonidos del combate. El aire estaba impregnado de tensión, gritos y el hedor de la sangre.

Los minutos se sintieron como una eternidad mientras me acurrucaba detrás del sofá, con la guerra rugiendo a mi alrededor. El ruido, el caos y el miedo se aferraban a mis sentidos. Era una pesadilla, y yo estaba paralizada por el terror absoluto.

Justo cuando empezaba a rendirme al miedo, Dominic apareció detrás del sofá, me tomó de la mano y gritó por encima del estruendo:

—¡Ahora! ¡Tenemos que irnos! ¡Vienen más!

Agarré su mano y me puse de pie. Mirando a mi alrededor, vi que era un baño de sangre: cuerpos desintegrados de lobos esparcidos por todas partes. Me aferré a Dominic y nos dirigimos hacia la salida.

Betty nos instó, con el libro antiguo todavía en sus manos:

—¡Suban a mi auto! ¡Puedo sacarnos de aquí! ¡Papá, vámonos!

Pero los gruñidos de más lobos acercándose rasgaron la noche. Había demasiados.

—No lo lograremos, pero puedo mantenerlos a raya. ¡Betty, sácales de aquí!

¿Mantenerlos alejados? Eso significaba que Adrian estaba listo para enfrentarse a la embestida, para sacrificarse y permitirnos escapar.

Betty protestó. El miedo en su voz era imposible de ignorar.

—¡Papá, no puedes hacer esto! ¡Te matarán!

Él la sujetó por los hombros, la miró a los ojos y dijo:

—No, Betty. Te vas con ellos. Es una orden. Y Dominic —se giró hacia él—, encuentra a Edward, el alfa de la Manada Creciente. Él sabrá cómo encontrar el escondite del Moon Rogue. Stephen me lo dijo.

Luego se volvió, tal vez para evitar que viéramos el conflicto reflejado en su rostro.

—¡Solo váyanse!

Betty, desgarrada entre salvarnos y el amor por su padre, se negó a aceptar el destino que él había elegido.

—Papá, por favor, ven con nosotros. Podemos encontrar otra manera.

Sus ojos reflejaban el profundo dolor de la decisión que ambos sabían que él había tomado. La tomé de los brazos y comencé a arrastrarla hacia la salida.

—¡Betty, vámonos!

—No, no, papá, por favor... —Betty sollozaba ahora.

Pero Adrian, con la convicción inquebrantable de un soldado, cargó balas de plata en su arma y la enfrentó una vez más.

—Te amo, Betty. Pero tienes que irte ahora. Les ganaré tiempo.

Los hombros de Betty se desplomaron en señal de rendición. Sabía que no había forma de hacer cambiar de opinión a su padre. Dominic y yo logramos sacarla de la casa. Mientras corríamos hacia su auto Ford negro, ella lanzó una última mirada al padre que quizás nunca volvería a ver. Murmuré un agradecido y lloroso “gracias” a Adrian antes de subirme al auto con los demás.

El coche se alejó a toda velocidad del peligro inminente, dejando atrás los aterradores ecos de los gritos de Adrian y los escalofriantes gemidos de los lobos Rogue siendo abatidos por las balas de plata. La noche engulló la escena de la batalla, pero no logró tragarse la tristeza de haber visto a Adrian entregarse voluntariamente a la muerte para salvarnos.

¿Cuántas personas más morirán en esta sangrienta guerra orquestada por el Moon Rogue?

Betty maniobraba el coche con destreza a través del Bosque de Sombras, la luz de la luna proyectando sombras inquietantes entre los densos árboles. Cuando llegamos a la entrada, estacionó el auto y nos adentramos en las sombras.

Dominic sugirió:

—Vamos a frotarnos el cuerpo con el lodo del Bosque de Sombras. Así será más difícil para los Rogue rastrearnos.

Nos aplicamos el lodo frío en la piel, pero mi atención se centró en Betty, que seguía derramando lágrimas. Dominic me susurró:

—Dale un poco de tiempo, Isabella. Necesita llorar.

Mientras continuábamos cubriéndonos de lodo, le pregunté a Dominic:

—¿Y qué pasa con el rastro que el Moon Rogue puso en mí?

Él respondió con calma:

—El rastro que el Moon Rogue dejó en ti es temporal. Ya debería haberse desvanecido.

Miré de nuevo a Betty. Seguía llorando. Podía sentir su dolor porque yo había pasado por algo similar: el dolor de perder a los padres. Dominic y yo respetamos su necesidad de un momento de silencio. El lodo se convirtió en nuestro escudo, una armadura terrenal contra los lobos Rogue, que probablemente aún nos buscaban.

Nos adentramos más en el Bosque de Sombras. Dominic iba al frente, atento a los sutiles sonidos del bosque. Después de un rato, sugirió:

—Deberíamos encontrar un lugar seguro para descansar, lejos de los senderos principales. Hay un claro no muy lejos de aquí. Podemos descansar allí y pensar en nuestros próximos pasos.

En el claro iluminado por la luna, nos acomodamos sobre el suelo cubierto de musgo. Betty fue la primera en hablar.

—¿Cómo están?

—Uh… —tartamudeé, completamente sorprendida de que nos hiciera una pregunta así—. Estamos bien.

—¿Y tú? —preguntó Dominic—. ¿Cómo lo estás llevando?

Betty logró esbozar una sonrisa débil.

—Lo siento por haber estado llorando. Perder a mi papá así… es difícil. Pero supongo que estaré bien.

En un intento de desviar nuestra atención de la reciente pérdida, decidí hacer una pregunta que llevaba rondando en mi mente.

—Betty, pareces conocer la magia. Te vi usarla para luchar contra los lobos. ¿Eso significa que eres como el Moon Rogue, tanto loba como hechicera?

Betty negó suavemente con la cabeza.

—No, no soy una verdadera maga. Un auténtico mago no necesitaría leer un libro para usar la magia. Así que, técnicamente, no se me puede llamar bruja.

Guardamos silencio durante unos minutos. Dominic lo rompió al girarse hacia Betty.

—¿Cuál es tu siguiente paso?

Betty tomó una respiración profunda, con una pesadez en la mirada.

—Necesito volver a Washington, D.C. —admitió—. Allí está mi otra familia. Tengo que decirle a mi madre que mi padre ha muerto, y no será fácil.

Dominic se inclinó hacia adelante y la abrazó.

—Gracias por todo, Betty. Tu ayuda significó mucho para nosotros.

Yo hice lo mismo, abrazando a Betty con fuerza.

—Te voy a extrañar. Gracias por todo lo que has hecho.

La luz del día comenzó a filtrarse entre los árboles, proyectando un resplandor suave sobre nosotros, aún sumidos en la tristeza.

—Tengo que irme ahora. Cuídense mucho —nos dijo Betty.

Mientras se preparaba para partir en su Ford negro, Dominic y yo nos quedamos de pie, uno al lado del otro, observando en silencio cómo se alejaba. En mi corazón, tenía la esperanza de que el tiempo sanaría sus heridas. Anhelaba el día en que volvería a verla.

Cuando el Ford desapareció en la distancia, pregunté a Dominic sin mirarlo:

—¿Y ahora qué? ¿A dónde vamos?

—A la Manada Creciente. Es allí donde nos dirigimos.

CAPÍTULO DIECIOCHO - Dominic

Cuando Al entrar en el territorio de la Manada Creciente, se sintió como si hubiéramos pisado el paraíso de los lobos.

Los árboles rodeaban el territorio de la Manada Creciente como centinelas ancestrales, sus imponentes formas erguidas como guardianes del refugio de los lobos. Sus ramas formaban un dosel natural, salpicando la luz del sol sobre el suelo del bosque en patrones juguetones.

La vegetación no era solo un telón de fondo; era un tapiz vivo, tejido con hojas que susurraban historias salvajes con la brisa suave. Lobos de todos los colores de pelaje se mezclaban, creando una esfera de camaradería. Era como un club social de lobos con un encanto rústico, y la guarida era el punto de encuentro donde la manada se reunía para intercambiar chismes—bueno, en la medida en que los lobos pudieran chismear.

Pronto, un lobo robusto se acercó a nosotros con una expresión de fastidio que rivalizaba con una tormenta. Refunfuñó sobre el hecho de que Edward había sentido nuestra llegada y quería vernos. Luego nos guió a través de la red de árboles y sombras hasta lo que él llamó la sala del trono, como si Edward fuera algún rey medieval con un gusto por las reuniones dramáticas.

Mientras seguíamos al lobo poco amigable a través de la Manada Creciente, mis instintos se agudizaron. Sabía que tenía que estar alerta; cualquier lobo podría representar una amenaza. Siempre había sido cauteloso con Edward y su manada. A veces podían ser irracionales.

La sala del trono era una curiosa mezcla de estética lobuna y opulencia mal entendida. Tallas de lobos feroces adornaban las paredes, atrapados en el dilema perpetuo de si gruñir o bostezar. Al entrar, casi esperaba que un gran anunciador declarara nuestros nombres de manera dramática. En su lugar, hubo un silencio incómodo, interrumpido solo por los aullidos lejanos de lobos que probablemente

tenían asuntos más urgentes que atender que nuestra llegada.

En el centro de la sala se alzaba un trono que podría haber sido considerado lujoso en un sentido kitsch y lobuno. Estaba decorado con gemas falsas que bien podrían haber sido saqueadas de una tienda de manualidades.

Edward, el alfa, descansaba en el trono con una arrogancia lobuna que de alguna manera coincidía con las cuestionables elecciones estéticas del lugar. Era una imagen que oscilaba entre lo majestuoso y lo absurdo.

Cuando nos vio, se puso de pie, extendió los brazos y dijo:

—Bienvenidos a mi morada, amigos.

Oh, no soy tonto, Edward. Sé que no nos consideras tus amigos.

Edward tenía una figura imponente, con un físico enorme y un pelaje que brillaba con destellos dorados. Era un auténtico fashionista, un atributo que solía engañar a la gente haciéndoles creer que era alguien con quien no debían meterse.

Pero yo sabía la verdad. La ferocidad de Edward se encontraba en sus ojos. Parecían brasas ardientes, llenas de una intensidad que dejaba claro a cualquiera que estaba frente a un lobo completamente loco.

Luego se acercó a Isabella, tomándola de las manos y besando el dorso de ellas. Un puñal de celos se clavó en mi corazón, pero no lo detuve.

—Debes ser Isabella Stones, la Luna de Dominic. Estoy muy complacido de finalmente conocerte —dijo Edward con una sonrisa encantadora.

—Gracias —respondió ella educadamente.

Entonces, Edward me miró de reojo.

—Dominic, lamento lo de tu manada. Pero debes saber que mis miembros y yo no somos responsables de lo que ocurrió.

No le respondí. Fue Isabella quien dijo:

—Oh, lo sabemos. Es el Moon Rogue. Sabemos que fue él.

—Gracias, querida —dijo Edward antes de girarse y volver a su trono con su

característico aire presuntuoso.

Isabella me susurró:

—No es tan malo. ¿Por qué lo odias tanto? Él no es…

Edward volvió a hablar, interrumpiéndola. Ahora estaba sentado en su trono, con una pierna cruzada sobre la otra.

—¿Qué los trae por aquí?

Cuando Isabella se dispuso a responder, le toqué el hombro, indicándole con la mirada que no dijera nada. Luego aclaré la garganta y dije:

—Buscamos refugio del Moon Rogue, Alfa Edward, y esperamos que nos brindes la protección que necesitamos.

—Está bien. Pero ya sabes cómo funcionan las cosas, Dominic. Cualquiera que quiera mi ayuda tiene que demostrar que la merece.

Una sonrisa se dibujó en su rostro.

—Tienen que jugar un juego.

—Oh, no será un juego tonto. Confía en mí —dijo Edward con una expresión astuta.

Suspiré.

—¿Qué tengo que hacer, Edward, para demostrar que merezco tu ayuda?

—Tienes que pelear conmigo. Si ganas, te ayudaré. Si no, te decapitaré y tomaré a tu Luna como mi esposa.

—¿Qué? Debes estar bromeando —exclamó Isabella.

—¿Todavía te agrada? —le pregunté.

Cuando entré en la Arena de Juegos de la Manada Creciente, los lobos me recibieron con abucheos que podían rivalizar con un concierto de rock.

Mis ojos recorrieron la multitud hasta encontrar a Isabella al fondo. Su mirada reflejaba la ansiedad que roía mis entrañas. Sus manos aferraban su ropa con tanta fuerza que sus nudillos estaban blancos, una súplica silenciosa por mi seguridad. La

incertidumbre luchaba contra la confianza dentro de mí. Creía en mis habilidades, pero no debía subestimar a Edward, el alfa loco.

La pelea entre Edward y yo se desarrolló con una ferocidad que solo los lobos podían aportar a un espectáculo así. Edward se lanzó con los dientes descubiertos, y yo lo contraataqué.

Cuando la lucha alcanzó su punto máximo, un golpe inesperado de Edward me impactó, sus garras se hundieron profundamente en mi pecho. Un dolor abrasador se extendió como fuego, y caí al suelo, dándome cuenta de que su ataque era fatal. La sangre brotó de la herida, y sentí mi vida escaparse lentamente.

Isabella dominó mis pensamientos.

Pero nuestro amor nunca había sido ordinario.

En mi aturdimiento cercano a la muerte, escuché su voz, tirando de mí, devolviéndome. Nuestro amor era más fuerte que el destino. Más fuerte que la muerte.

Con un repentino resurgir de energía, me puse de pie.

Gané.

Edward reconoció mi victoria y me alojó en una de las mejores habitaciones de la manada. Me sugirió que me refrescara mientras preparaba algo que quería mostrarnos a Isabella y a mí.

Mientras el agua caliente caía sobre mi cuerpo maltrecho, el peso de la pelea aún vibraba en mis venas. Mis músculos dolían, la adrenalina aún corría por mi sangre, pero nada me preparó para lo que ocurrió después.

Isabella irrumpió en el baño, su mirada salvaje, su pecho subiendo y bajando como si hubiera corrido kilómetros. Su ropa ya estaba empapada por el vapor, pegándose a su cuerpo de una manera que hizo que mi sangre hirviera de nuevo.

Sin decir una palabra, se lanzó sobre mí. Sus labios chocaron contra los míos con urgencia, con desesperación—nada suave, nada lento. No le importó que estuviera mojado y desnudo, ni que el agua empapara su vestido. Sus dedos se aferraron a mi piel

mientras me besaba con fuerza, su cuerpo presionándose contra el mío, la fricción encendiéndose como un incendio.

—Me asustaste, Dominic —susurró, su voz temblando con la emoción contenida—. Pensé que te había perdido.

Gruñí contra sus labios, enredando mis manos en su cabello húmedo.

—No lo hiciste —gruñí—. Estoy aquí. Y voy a demostrártelo.

Sin previo aviso, la tomé entre mis manos, cada toque reclamándola, cada beso dejándole claro que seguía con ella, que siempre estaría con ella.

El deseo se avivó entre nosotros, crudo y real. Su respiración temblaba, sus susurros se entremezclaban con el sonido del agua cayendo. La tensión de la batalla se transformó en otra cosa, en una necesidad más profunda, en una conexión más intensa.

El mundo fuera de ese baño dejó de existir. Solo éramos Isabella y yo, consumidos el uno por el otro.

Y esta vez, no había más miedo. Solo pasión, solo certeza. Solo nosotros.

CAPÍTULO DIECINUEVE: Isabella

Cuando mientras las brujas sacaban al lobo Rogue de la habitación, este luchaba furiosamente, pero sus intentos por liberarse eran en vano. Las brujas parecían ser más fuertes que él.

Encadenada al altar, Milena comenzó a recoger hierbas de un caldero, murmurando encantamientos que no podía descifrar. Me giré hacia Edward y pregunté:

—¿Por qué desbloquear la mente de un lobo Rogue?

—Si desbloqueamos la mente de este lobo Rogue, podríamos descubrir dónde se esconde el Moon Rogue. Ellos son los únicos que tienen esa información. Como el Moon Rogue ha bloqueado las mentes de sus secuaces, capturar a un Rogue sin este ritual no revelará su ubicación.

—Isabella, esto podría ayudarnos a tomar al Moon Rogue por sorpresa. Es un plan inteligente —dijo Dominic.

—Así que, un poco de lectura mental de lobos para darle emoción a nuestra búsqueda del Moon Rogue —les dije—. Estoy dentro. Veamos qué secretos esconde este tipo.

Mientras las brujas continuaban con el ritual, el lobo Rogue comenzó a convulsionar incontrolablemente. Milena parecía desconcertada y detuvo el ritual.

—No sé qué está pasando, Edward.

Edward se adelantó rápidamente.

—¿Qué quieres decir con que no sabes? ¿No es este el efecto del ritual?

—No, no lo es. Esto no es parte del ritual. Esto ni siquiera debería estar pasando.

De repente, el lobo Rogue se incorporó, sus ojos volviéndose de un negro azabache. Fijó su mirada en mí, y un escalofrío recorrió el aquelarre. Abrió la boca, y una voz susurrante emergió de él, aunque sus labios no se movían.

—Isabella.

Me sobresalté y di un paso atrás.

—¿Cómo sabe mi nombre?

Dominic y Edward fueron los únicos que se acercaron al lobo Rogue.

—Dominic, ¿qué está pasando? —preguntó Edward.

—No tengo idea.

El lobo Rogue habló de nuevo.

—Isabella, puedo verte.

Un escalofrío me recorrió la espalda al escuchar esa voz. ¡Dios mío! Ahora la reconocía: era la misma que había escuchado hace veintisiete años, la noche en que mis padres murieron.

—Es el Moon Rogue —murmuré con la voz temblorosa—. Está hablando a través del lobo.

—¡Oh, mierda! Sabe que tenemos a uno de sus lobos. ¡Hay un traidor entre nosotros!

Fue entonces cuando Carol, una de las brujas, comenzó a reír. Se colocó junto al lobo Rogue y nos miró con una expresión maliciosa.

El Moon Rogue habló de nuevo.

—Isabella, te he estado observando, y debo decir que estoy impresionado con lo que has logrado hasta ahora. ¿Quién hubiera imaginado que la niña que conocí en aquella casa hace veintisiete años sería quien ahora busca mi cabeza?

En ese momento, una furia ardiente se encendió dentro de mí. Era un infierno de odio, una tormenta emocional que crecía mientras enfrentaba la fuente misma de mi dolor.

—¿Por qué pensarías que no vendría tras de ti? ¡Tú mataste a mis padres!

—Oh, por favor. Maté a tus padres porque fueron unos necios. Tenían algo que me pertenecía y no lo entregaron.

—El artefacto pertenece a los miembros del consejo de cada manada, no a ti. Mataste a mis padres por proteger algo que no era tuyo.

—Los miembros del consejo crearon el artefacto para forjar un arma destinada a destruirme. Así como mi propia madre creó un arma para borrar sus propios errores. Yo. Y hablando de armas, tienes algo que te pertenece. Pero esta vez, ya sabes, no estoy realmente frente a ti para obligarte a entregar el arma. Solo estoy hablando a través de mi lobo Rogue.

Hubo una pausa.

—Te doy una opción. Ven a mi morada, entrégame el arma y te daré algo muy importante para ti.

Solté un siseo.

—No hay nada que puedas ofrecerme que sea importante para mí.

El Moon Rogue rió. Era una risa helada que resonó a través de la boca del lobo Rogue.

—¿No te gustaría ver a tu hermano otra vez? Creo que él es muy importante para ti.

No pude contener el jadeo que escapó de mis labios. ¿Mi hermano sigue vivo?

Dominic tocó mi hombro.

—No lo escuches, Isabella. Está tratando de atraerte a su trampa. No te dará a tu hermano. Solo te matará.

—¿Eres tú, Dominic? —preguntó el Moon Rogue—. No me sorprende que intentes convencer a Isabella de no entregar el arma. La terquedad corre por tu manada. Por eso no dudé en masacrarlos a todos.

Dominic, hirviendo de rabia, hizo un movimiento como si fuera a golpear al lobo Rogue, pero Edward lo sujetó.

—Ese no es el Moon Rogue. Solo desperdiciarías tus golpes en él.

Contuve la respiración por un segundo y luego la solté ruidosamente.

—Está bien, te llevaré el arma. Pero dime, ¿prometes que me devolverás a mi hermano?

Dominic reaccionó con horror y protestó:

—¡Isabella, no!

Evadí su mirada, sabiendo que su reacción podría hacerme dudar.

El Moon Rogue aseguró:

—Por supuesto, solo entrégame el arma y tu hermano será todo tuyo. Pero debes venir sola.

Desafiante, Dominic dio un paso al frente.

—No, ella no irá sola. Sé que deseas desesperadamente el arma, pero si realmente la quieres, tendré que acompañarla.

Me conmovió su postura protectora, y casi me hizo llorar.

El Moon Rogue respondió:

—Como quieras. Pero, Isabella, asegúrate de traer el arma. Mi leal sirvienta, Carol, te guiará hasta donde me encuentro.

El lobo Rogue, habiendo cumplido su propósito, cerró la boca y colapsó sobre el altar.

Edward dijo:

—Bien, 'Carol', ¿qué te parece si tenemos una pequeña charla?

—¿Quieren conocer al Señor o no?

—Por supuesto que sí —dijo Edward, dando un paso hacia ella—, pero primero...

—No eres tan listo como crees.

En un movimiento impactante, Carol sonrió, sacó un cuchillo y se apuñaló fatalmente en el cuello.

El grito de desesperación de Edward llenó el aire.

—¡No!

Se paró sobre su cuerpo sin vida.

—El Moon Rogue debió ordenar a Carol que se suicidara. Quería evitar que mis propias brujas le lanzaran un hechizo cuando los guiara hasta su guarida.

Dominic me miró con angustia.

—Isabella, por favor, no hagas esto. Es demasiado peligroso.

Mientras hablaba, noté que un relicario aparecía sobre el cuerpo inerte de Carol. Lo recogí.

—Mira esto, Dominic. Creo que este relicario está destinado a guiarnos hasta su morada.

—Ni siquiera me estás escuchando —respondió Dominic entre dientes—. Déjame enfrentarlo solo. Iré con los lobos de Edward. Lo mataremos y rescataremos a tu hermano.

—No, el relicario no funcionará. Yo tengo que usarlo. Recuerda que usamos un relicario similar para encontrar la tumba de Lena —le recordé.

—Y, perdón por meterme en esto —intervino Edward a nuestro lado, riendo—. Pero mis lobos definitivamente no van a ir contigo, Dominic. No quiero involucrarme en esto y prefiero que mis lobos vivan muchos años.

—Por favor, Edward. Isabella va a necesitar apoyo.

Edward negó con la cabeza.

—Lo siento. No puedo hacer nada. Aquí es donde dejo de ayudarlos. Nadie puede arrastrarme a una guerra en la que no quiero estar. La única persona que podría hacerlo es el Ultra Lobo, y créanme, eso es un maldito mito.

CAPÍTULO VEINTE - Dominic

La varita escogió a Isabella.

Tal como Lena había dicho: la varita solo respondería a una bruja o mago poderoso que hubiera desbloqueado su verdadero potencial y que estuviera dispuesto a usarla contra el Moon Rogue, incluso si eso significaba perder la vida en el proceso.

Cuando Isabella sacó la varita de su bolsa cruzada, esta comenzó a brillar en su mano.

—¿Qué está pasando?

Le preguntamos a Milena, y ella nos dijo que significaba que Isabella había desbloqueado su verdadero potencial.

—¿Pero cómo? —pregunté, mirando la varita en la mano de Isabella y esperando que eso no significara que tendría que sacrificar su vida para derrotar al Moon Rogue.

—Su verdadero potencial es darse cuenta del amor que siente por ti —respondió Milena—. Hay un vínculo entre ustedes dos. Puedo sentirlo.

Entonces, comprendí que lo que ocurrió en la arena de la Manada Creciente, cuando nuestro amor nos devolvió la vida, había desbloqueado el potencial de Isabella.

—Pero no sé ningún hechizo —dijo Isabella—. ¿Cómo se supone que debo usarla?

—Es una varita poderosa, Isabella —explicó Milena—. Responde a tu toque. Vamos, inténtalo. Piensa en abrir esa puerta y luego apunta la varita hacia ella.

En el tercer intento, Isabella logró abrir la puerta con la varita. Fue emocionante verla convertirse en lo que realmente era: una hechicera y no solo una profesora de historia. Pero eso también significaba que podía perderla. Y esa parte, no estaba dispuesto a aceptarla.

A la noche siguiente, salimos de la Manada Creciente y nos dirigimos hacia la guarida del Moon Rogue, donde enfrentaríamos a la muerte misma. Mientras

caminábamos hacia su escondite, siguiendo la guía del relicario, murmuré una oración silenciosa, esperando que saliéramos con vida.

Las brujas de la Manada Creciente habían realizado un hechizo de último minuto para hacer invisible la varita, después de que Isabella expresara su preocupación de que los lobos Rogue le arrebatarían la bolsa cruzada en cuanto entrara en la guarida.

—La varita solo puede ser vista por ti, Isabella, y por cualquier otro mago —nos dijo Milena.

—¿El Moon Rogue? —pregunté.

—Por supuesto —respondió la bruja.

Mientras seguíamos caminando hacia la guarida del Moon Rogue, metí la mano en mi bolsillo y le entregué a Isabella una daga.

—Por si acaso la varita invisible decide tomarse un descanso —dije—. Nunca se sabe.

Isabella soltó una risita, pero pude escuchar la tensión en su voz.

—La varita es suficiente.

—Insisto.

—Gracias, Dominic.

Tomó la daga y la deslizó en su bolsillo, donde también guardaba la varita.

La guarida del Moon Rogue era una caverna aterradora oculta en el frío corazón de una roca. Para entrar, atravesamos un túnel estrecho y amenazante que parecía tragarnos por completo. El exterior de la roca tenía cicatrices y marcas retorcidas, insinuando los oscuros secretos que albergaba en su interior.

Adentro, la guarida era un laberinto de pasadizos húmedos e irregulares que nos arrastraban cada vez más a su abismo. Las paredes rezumaban una sustancia viscosa y enfermiza, creando una atmósfera inquietante. El aire estaba impregnado de un hedor espantoso, una mezcla de podredumbre y maldad que se adhería a cada respiro.

A medida que descendíamos más, la débil luz revelaba símbolos grotescos

grabados en la superficie de la roca, proyectando sombras espeluznantes que danzaban de forma siniestra. Era un lugar donde el miedo y la oscuridad convergían, un refugio esculpido a partir de pesadillas, donde los límites entre lo natural y lo sobrenatural se desdibujaban en una grotesca exhibición de horror.

Mientras avanzábamos por las profundidades de la morada de los lobos Rogue, el eco escalofriante del goteo del agua marcaba cada uno de nuestros pasos. De repente, un silbido fantasmal perforó el aire, haciéndonos detenernos en seco.

Claus apareció de entre las sombras, acompañado por cuatro lobos Rogue, con una sonrisa maliciosa en el rostro. Con un saludo burlón, Claus declaró:

—Hola, querida. Qué lindo volver a ver a estos tortolitos.

Dando un paso adelante de manera protectora, me coloqué frente a Isabella y advertí a Claus:

—No la lastimes.

Claus soltó una carcajada.

—No tengo intención de hacerle daño. El Moon Rogue quiere verlos a ambos, pero antes que nada…

Ordenó a uno de los lobos Rogue que le arrebatara la bolsa cruzada a Isabella. A pesar de la resistencia de Isabella, el lobo se la arrancó de las manos.

—Ahora, vayamos a ver a mi jefe —dijo Claus.

Comenzó a caminar hacia el lugar de donde había venido, y lo seguimos. Tomé la mano de Isabella y la apreté con fuerza.

Entramos en una habitación grande y débilmente iluminada, tan vacía que el eco de nuestros pasos retumbaba en el aire. En el centro de la sala, un charco de agua se extendía dentro de una amplia grieta en el suelo.

Al otro lado de la grieta, una figura jugaba con el agua, su rostro oculto en la sombra. No necesitaba que nadie, ni siquiera Claus, me dijera quién era. Era él—el mismo ser maligno que había matado a mis padres, a los padres de Isabella y a mi

manada.

Mientras el Moon Rogue continuaba con su inquietante juego con el agua, mi furia creció, una tormenta dentro de mí, instándome a abalanzarme sobre él y desatar toda mi venganza. La imagen de romperle el cuello y apuñalarlo en el corazón una y otra vez se encendió en mi mente. Pero antes de que pudiera ceder a la rabia, el Moon Rogue comenzó a hablar, su voz cortando el silencio.

—¿Sabes que el agua es la forma más simple de magia, pero también la más difícil? —murmuró—. El agua expone la verdad, revela el corazón del hombre y desvela los misterios del mundo. Sin embargo, si no puedes controlar su poder, jamás te convertirás en la bruja o el mago que aspiras ser.

Isabella y yo permanecimos en silencio, absorbiendo las palabras del Moon Rogue. Claus se mantenía en las sombras, una presencia perturbadora en la ya inquietante habitación.

¿Por qué Claus está aquí? Los demás lobos Rogue están afuera.

El Moon Rogue continuó hablando:

—Pero para algunos, el agua no es lo que los convierte en la bruja o el mago que están destinados a ser. Algunos nacen poderosos porque provienen de un linaje destinado a la magia. Eso es lo que eres, Isabella. No necesitaste aprovechar el poder del agua ni soportar lo que yo pasé para convertirte en hechicera. Pero lo que no sabes es que puedo verlo todo. Así como sientes el poder recorriendo tus venas, nada está oculto para mí.

Levantándose, la profunda y furiosa voz del Moon Rogue resonó en la habitación.

—Entrégame la varita —exigió.

Isabella sacó la varita de su bolsillo. Esta vez se volvió visible.

—No, no voy a entregártela.

Anticipando un posible enfrentamiento, me preparé para transformarme en lobo, con los músculos tensándose.

El Moon Rogue, sin embargo, soltó una risa burlona.

—No te preocupes, Dominic. No tienes que convertirte en lobo ahora. Todavía tengo mucho de qué hablar con ustedes dos.

Comenzó a caminar hacia nosotros, sus pasos apenas audibles en la habitación. Contuve la respiración, preparándome para ver al hombre que había causado estragos en el mundo de los cambiantes por tanto tiempo.

Cuando el Moon Rogue emergió de las sombras, un escalofriante silencio barrió la habitación, y por primera vez vi su rostro. Su piel, de un blanco espectral, parecía carecer de vida, como si no corriera sangre por sus venas. Cada cicatriz grabada en su piel contaba historias de su propia perversidad retorcida.

Unos ojos hundidos y vacíos me devolvieron la mirada, proyectando sombras que parecían devorar cualquier atisbo de luz. Su cabello largo y lacio enmarcaba un semblante consumido por la oscuridad.

Alto y delgado, la presencia del Moon Rogue personificaba el terror. Su figura esquelética desafiaba las leyes del mundo natural, una distorsión grotesca entre la vida y la muerte.

Pronto, sus ojos mortecinos se posaron en la varita que Isabella sostenía.

—Ah, la Varita de Sangre. Típico de mi madre intentar crear una varita letal como la de Ruby, el amor de mi vida.

¿Qué? ¿El amor de su qué?

El Moon Rogue ahora me miró directamente. Debió haber sentido mi sorpresa, porque sus labios se curvaron en una sonrisa.

—Oh, ¿pensaste que eras el único capaz de enamorarse? Déjame contarte una pequeña historia, una que nunca has escuchado. Una que los miembros del consejo de cada manada han ocultado durante mucho tiempo, la verdadera razón de esta guerra.

Se movió hacia mi izquierda, cruzó las manos detrás de su espalda y comenzó:

—Hace mucho tiempo, yo estaba destinado a ser el Alfa de la Manada Luz de la Luna. Mi padre era su prestigioso Alfa, y mi madre, la estimada Luna, una Bruja Gris de gran

poder. La vida era buena hasta que me enamoré perdidamente de Ruby, la mujer que se convirtió en el sol de mi vida. Ruby y yo planeábamos un futuro juntos, con pequeños cachorros corriendo a nuestro alrededor. Pero aquí estaba el problema: Ruby, mi amada, era una hechicera que practicaba las artes oscuras. Por supuesto, eso no fue bien recibido por los siempre tan justos miembros del consejo. Para impedir nuestra unión, me arrebataron a Ruby. ¿Y qué pasó después? Bueno, digamos que la versión del consejo sobre consejos de pareja involucraba algo parecido a... un asesinato.

Hizo una pausa y nos miró con esos ojos oscuros, cargados de dolor.

—La mataron. Mataron al amor de mi vida y me destituyeron como el próximo alfa de la Manada Luz de la Luna, solo porque me atreví a amar.

—Antes de que se la llevaran, Ruby me hizo prometer algo: un juramento para continuar con su legado. Mi querida madre, en un intento por salvar su reputación, tejió una red de mentiras, afirmando que lamentaba haberme enseñado magia.

El Moon Rogue rió con amargura.

—Es bastante irónico que los miembros del consejo quisieran crear un Ultra Lobo. No estaban preparados para que la profecía se cumpliera. Sabían que era un mito que tal vez nunca se haría realidad, así que intentaron usar la magia para crear un Ultra Lobo, un lobo cuyo llamado ni siquiera yo podría ignorar. Comencé a buscarlo, pero para entonces, Isabella, tu madre ya lo había protegido. Se aferró a él, y aun en su muerte, lo mantuvo fuera de mi alcance. Pero no temas, porque mi búsqueda continúa.

Sus ojos brillaron con una intensidad amenazante cuando añadió:

—Y ahora, mi querida Isabella, el arma que tienes en tus manos debe ser destruida. Nada ni nadie me impedirá convertirme en el Ultra Lobo.

La voz de Isabella se quebró cuando dijo:

—¿Dónde está mi hermano? Necesito verlo. No te daré la varita hasta que me digas dónde está mi hermano.

Un destello malicioso apareció en los ojos sin vida del Moon Rogue.

—Ah, sí. Está aquí con nosotros.

Miré a mi alrededor, preguntándome qué quería decir con que el hermano de Isabella estaba allí con nosotros.

Fue entonces cuando Claus salió de las sombras.

Excepto que ya no era Claus… sino un hombre que se parecía muchísimo a Isabella.

—Permítanme presentarlo adecuadamente —dijo el Moon Rogue—. Lo llamé Raymond.

Raymond se paró frente a nosotros, y pude ver que era su hermano. Sus ojos verde mar no reflejaban belleza, sino oscuridad. Su cabello rojo no era largo, sino corto y áspero en los bordes, creando una versión menos refinada del hermoso cabello de Isabella.

—¿Qué le has hecho? —la voz de Isabella tembló. Sabía que estaba a punto de llorar.

—Tu hermano sigue bajo mi hechizo, y hará cualquier cosa que le ordene. Así que haz lo que es mejor para ambos, Isabella. Entrégame la varita, y entonces te lo devolveré.

—Está mintiendo —solté de inmediato—. El Moon Rogue no se rendirá tan fácilmente.

—Esa no es tu decisión, Dominic —gruñó el Moon Rogue.

Isabella me miró, y un entendimiento silencioso pasó entre nosotros. Supe que ella tampoco creía que el Moon Rogue cumpliría su palabra.

Sin previo aviso, Isabella apuntó la varita al Moon Rogue y lo atacó. Una energía brotó de la varita, lanzándolo hacia atrás, directo al charco de agua.

—¡Oh, eso estuvo genial! —exclamé.

Pero el Moon Rogue ya estaba de pie. Su cuerpo parecía vibrar con una energía feroz, una que amenazaba con consumirnos a todos. Lo habíamos enfurecido.

Gritó a Raymond:

—¡Atácala!

Raymond se movió para atacar a Isabella, pero me interpuse en su camino, transformándome en lobo.

—Dije que no la lastimes.

Una expresión hambrienta cruzó los ojos de Raymond antes de que también se transformara en lobo.

—Entonces sálvala.

Cuando Raymond se lanzó sobre Isabella, salté entre ambos, y nos enredamos en una pelea feroz. Nuestras garras chocaban mientras luchábamos en el espacio reducido. Esquivé sus ataques y logré morder su pata trasera, dándole a Isabella la oportunidad de ir tras el Moon Rogue.

Los lobos Rogue de afuera irrumpieron en la habitación, y tuve que luchar contra ellos, tratando de impedir que llegaran hasta Isabella. Por el rabillo del ojo, vi a Isabella y al Moon Rogue en una batalla encarnizada.

—¡No puedes derrotarme, Isabella Stones! —se burló el Moon Rogue.

Isabella le lanzaba hechizos, pero él los contrarrestaba con un simple movimiento de su mano. A veces, se transformaba en una oscura neblina para evadir los ataques.

—¡Ríndete, Isabella! —continuó burlándose el Moon Rogue.

Rodeado de lobos Rogue y de Raymond, sentí cómo la presión aumentaba. Sus gruñidos llenaban la caverna, creando una cacofonía amenazante. A pesar de estar en desventaja, me mantuve firme, usando toda mi fuerza para contenerlos. Las probabilidades estaban en mi contra, pero rendirme no era una opción.

Un grito fuerte de Isabella captó mi atención. Me congelé y miré en su dirección. El Moon Rogue la había herido, y ella presionaba su sangrante muslo mientras la varita caía de su mano.

El Moon Rogue recogió la varita y la apuntó hacia Isabella, listo para atacarla con

ella. Sin embargo, reuniendo toda la fuerza que me quedaba, atravesé la multitud de lobos Rogue y tomé a Isabella en mis brazos. Salimos rápidamente de la habitación, dejando atrás los gritos de frustración del Moon Rogue.

—¡Encuéntrenlos!

La urgencia de nuestra huida impulsó nuestros pasos por los oscuros pasillos de la guarida de los Moon Rogues.

—¡Bájame! —gritó Isabella.

La coloqué suavemente en el suelo, y ella se sentó contra la pared.

—¿Estás bien? ¿Te duele mucho? Tenemos que correr. Están viniendo. No podemos ganar esta pelea.

Con la respiración agitada, ella respondió:

—No. No nos vamos a rendir.

Mantuve la vista fija en el camino detrás de nosotros.

—No podemos huir de ellos. Están demasiado cerca.

—Bebe mi sangre.

—¿Qué?

—Dije que bebas mi sangre.

—¿Por qué?

Me agarró de los hombros y me miró directamente a los ojos.

—¿Confías en mí?

—Sí, confío en ti.

—Entonces, ¡bebe mi sangre!

Recogí un poco de la sangre de su herida y la lamí, pero no pasó nada.

Justo en ese momento, los lobos Rogue nos alcanzaron. Me preparé para pelear, pero eran demasiados.

—Déjalos que nos lleven de vuelta, Dominic, y haz exactamente lo que yo te diga.

Nos rendimos y dejamos que los lobos Rogue nos llevaran de regreso a la sala del

trono del Moon Rogue, donde él estaba sentado al borde de la grieta, acariciando la varita con sus largos dedos. Raymond estaba de pie a su lado, con una sonrisa de satisfacción grabada en su rostro. No había forma de salvar al hermano de Isabella. Estaba completamente bajo el control de su amo.

—Arthur —llamé al Moon Rogue por su verdadero nombre—. Si vas a hacer algo con nosotros, no lastimes a Isabella. Por favor, esto no es una guerra. Ella es solo una humana inocente que fue arrastrada a todo esto. Déjala ir.

El Moon Rogue se puso de pie de un salto, la furia ardiendo en sus ojos. Caminó rápidamente hacia adelante, se detuvo justo frente a mí y me fulminó con la mirada.

—¿Humana inocente? ¡Sus padres protegieron el artefacto que me habría convertido en el Ultra Lobo! ¡Ella es parte de todo esto!

Para mi sorpresa, Isabella comenzó a reír. Se rió con tanta fuerza que solo alimentó aún más la furia del Moon Rogue. Se acercó a ella, la sujetó por las mejillas y le gritó en la cara:

—¿Te parece gracioso, verdad?

Me estremecí al ver cómo el Moon Rogue sujetaba a Isabella con rudeza, pero los lobos Rogue detrás de mí gruñeron, advirtiéndome que atacarían si intentaba moverme.

—Oh, querido Arthur, eres tan ignorante, ¿no es así? —logró decir Isabella.

El Moon Rogue soltó su agarre de sus mejillas. Parecía interesado en lo que ella tenía que decir.

—Has estado buscando en el lugar equivocado. Creíste que podrías encontrar el artefacto, pero en realidad, ha estado justo frente a ti todo este tiempo.

El Moon Rogue frunció el ceño.

—¿De qué demonios estás hablando?

Estaba a punto de hacerle la misma pregunta.

—Cuando Dominic hizo una promesa de vida con mi madre —explicó Isabella—, ella le pasó el poder del artefacto, de la misma manera en que Ruby te convirtió en el

poseedor de su magia oscura al pedirte que le hicieras una promesa. Dominic es el artefacto, y el Ultra Lobo en él solo puede ser despertado con la sangre de alguien de mi familia.

El Moon Rogue quedó atónito, y yo también. La revelación de Isabella tenía sentido. El Moon Rogue me miró, con una expresión de triunfo en los ojos, dándose cuenta de que finalmente había encontrado el artefacto. Me pregunté por qué Isabella había revelado esa información.

El Moon Rogue le dijo a Raymond con una voz llena de confianza:

—Prepara el ritual. Debes hacer que beba tu sangre, y mientras el artefacto se manifiesta en él, yo intervendré y tomaré el poder para convertirme en el Ultra Lobo.

Isabella volvió a reír. El Moon Rogue le lanzó una mirada y preguntó:

—¿Ahora qué?

—Eres muy tonto, ¿no? Y también muy lento. ¿De verdad pensaste que no descubriría que Dominic era el artefacto y que no lo despertaría con mi propia sangre? Después de todo, soy la hija de mi madre.

Fue entonces cuando lo entendí, cuando me di cuenta de lo que Isabella había hecho. Comprendí por qué me había hecho beber su sangre.

El Moon Rogue también lo entendió en ese instante. Se dio cuenta de que era demasiado tarde: el Ultra Lobo dentro de mí había despertado.

—¡No! —gritó el Moon Rogue, levantando su varita y preparándose para atacarme.

Pero yo ya estaba aullando.

El sonido resonó por toda la guarida, vibrando con poder y fuerza.

A medida que continuaba, el aullido se intensificó. Los lobos Rogue, incluyendo a Raymond, cayeron de rodillas, incapaces de resistir la fuerza de mi llamado. Incluso el Moon Rogue luchó contra el poder, pero lo abrumó.

Con un último aullido majestuoso, me detuve.

El silencio se apoderó del lugar, solo roto por el sonido de cada lobo Rogue

inclinándose en reconocimiento a mi recién adquirida autoridad. La energía que recorría mi cuerpo era incomparable, una fuerza de poder y dominio absoluto.

El Moon Rogue cayó al suelo.

—Perdóname, Ultra Lobo.

Me acerqué a él, me agaché a su lado y le susurré al oído:

—Esto es por todos los que has matado.

Con un movimiento rápido, hundí mis dedos en su pecho y le arranqué el corazón.

El Moon Rogue se desplomó en el suelo, sin vida.

La guerra había terminado.

Cuando me giré para mirar detrás de mí, Isabella ya estaba abrazando a su hermano Raymond. Parecía que había logrado liberarse del hechizo del Moon Rogue, aunque no la reconocía, ya que había sido arrebatado cuando aún era un bebé.

Isabella repetía una y otra vez:

—Soy tu hermana, Raymond. Soy tu hermana.

Me acerqué a ellos y sugerí:

—Démosle tiempo.

Entonces, Isabella me abrazó, con lágrimas corriendo por su rostro.

Después de un momento, nuestras miradas se encontraron y la besé largamente.

Al separarnos, le susurré:

—Hemos ganado esta guerra, y estaré contigo por el resto de mi vida.

Acerca de Seraphina Wilderose

¡Saludos, soy Seraphina, una romántica de corazón sin remordimientos y una dedicada escritora de amor!

Con cada golpe de mi teclado, esculpo mundos donde el amor lo conquista todo. Prepárense para ser arrastrados y transportados a reinos donde el poder del amor no conoce límites. Mis historias son como un buen vino, destinado a ser saboreado y apreciado, así que por favor disfrútelo ;)

Tu opinión significa mucho para mí, si te gusta dejar un comentario por favor haz clic AQUÍ

Si te ha gustado el libro, espera también más libros de la serie

"Hombres lobo a la luz de la luna"

¡Gracias!